

DEL REY
Y DE LA
INSTITUCIÓN REAL

Juan de Mariana

Libro Segundo



CMC EDITOR
VALENCIA MMXIII

Valencia, 2013. Edición no venal.
e-mail: carlosmunozcaravaca@gmail.com.
<http://cmcort.wordpress.com/>

DEL REY Y DE LA INSTITUCIÓN REAL

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la educación de los niños.

Muchas y muy buenas cosas han pensado y decretado prudentes legisladores para la recta organización de la república, mas ningunas son de tanto valor como los preceptos para la perfecta educación de los niños. Es opinión generalmente recibida y dictada por los mismos principios de la naturaleza que si queremos la salud de la patria debemos poner nuestro principal y mayor cuidado en instruir a la generación que debe sucedernos. ¿Qué puedo haber en la vida de los hombres más dulce por sus frutos ni más acomodado a nuestra dignidad ni más saludable que el que existan en el estado excelentes ciudadanos? ¿Qué más triste ni más funesto que el que por no conocer a Dios ni su doctrina, feroces y precipitados manchen sus acciones con delitos? ¿Habrá alguien tan civilizado ni tan agreste y bárbaro que no confiese y entienda que de los primeros años depende el resto de la vida, que los medios están estrechamente unidos con los principios, los fines con los medios y están casi siempre acordes con los primeros todos nuestros actos? En la semilla descansa la esperanza de la cosecha, en la educación de la niñez la de la felicidad y cultura de los pueblos. Las semillas que se echan en los primeros años son las que más se extienden y echan profundas raíces, como vemos que acontece con las tierras nuevamente aradas. ¿Es acaso extraño que caiga en tropel sobre campos y ciudades todo género de calamidades y de daños, si se mira con menosprecio ese cuidado, que ya pública, ya privadamente habían de confiar los gobiernos a todo ciudadano? Corrompemos a los niños con deleites y placeres, debilitamos su cuerpo con el ocio, con la sensualidad su alma. Alimentamos su orgullo y su soberbia con la escarlata, la púrpura y el brillo de las piedras preciosas; irritamos su paladar con manjares exquisitos, atacamos sus fuerzas físicas y morales con nuestra fatal condescendencia. En casa oyen y ven lo que no se puede referir sin pudor ni sin vergüenza. Ven constantemente la imagen del vicio, oyen constantemente ejemplos de

debilidad e infamia; y ¿pretenderemos luego que salgan soldados de valor y esfuerzo o ciudadanos morigerados? ¿No hemos de temer mejor que luego de declararlos senadores o elevados a las altas magistraturas se entreguen con más desenfreno a los vicios y ocasionen mayores y más lamentables estragos? No se borran fácilmente los colores en que se convirtió la primitiva blancura de las lanas; la vasija conserva casi siempre el olor del primer líquido que recibió en su seno; y no sin razón dijo Virgilio:

Usque adeo a teneris assuescere multum est.

Es apenas creíble cuánto quedan impresas en el alma y cuánta fuerza tienen, ya para corromper, ya para depurar las costumbres, las imágenes y preceptos recibidos en los primeros años. Si unos consagran toda su vida a esclarecidos y altos hechos logrando reprimir sus malos instintos, si otros han logrado emanciparse de la liviandad o la desidia, se debe casi por completo a la primera educación que les ha sido dada. Es fácil enseñar a un perro de caza mientras es joven, ya a seguir por el olor la pista de la fiera, ya a presentar la presa sin lastimarla; fácil domar desde sus primeros años al caballo y acostumbrarle al jinete y enseñarle a mover acompasadamente los pies y hacerle obedecer al freno, al látigo y la espuela; fácil enderezar con rodrigones los árboles mientras están tiernos y corregirlos con la poda y trasplantarlos cuando se opone la naturaleza de la tierra a su crecimiento y desarrollo; fácil evitar que no crezcan desordenadamente como en un bosque y sea después todo trabajo inútil; mas difícil y muy difícil si se abandonan a sus propias fuerzas en los primeros tiempos de la vida y se pretende corregirlos cuando estén ya endurecidos, caso en que es ya más hacedero romperlos que doblarlos. ¿Habría ahora alguien tan falto de sentido común y tan poco cuidadoso de la salud pública que no crea la tierna edad de los niños digna de llamar toda nuestra atención y todo nuestro celo, que no crea que se les ha de ir formando para la justicia e instruyéndoles con ejemplos y preceptos para que conserven siempre puras sus costumbres? En aquella época de la vida mudan a nuestro antojo de forma y de figura del mismo modo que la blanda cera obedece a la mano del que la trabaja; en otra ya no admiten, por preceptos que se les dé, cambio alguno exterior, reforma alguna. Cuidamos sin cesar del aumento de la hacienda, cultivamos diligentemente los campos para que se multipliquen los frutos y correspondan a los trabajos de la labranza, levantamos vastos e imponentes edificios sobre profundos cimientos y los llevamos a su mayor altura, dividiéndolos por medio de pisos y de bóvedas, los embellecemos con amenos huertos, con preciosos tapices, con estatuas, con ricos y variados muebles, amontonamos grandes tesoros, y ¿hemos de mirar luego con indiferencia la educación y enseñanza de los hijos a quienes debemos legar toda esta fortuna, fortuna, que como puede ser un instrumento de salud en mano de sucesores honrados, se ha de convertir indudablemente en su daño y consumirse en breve si están aquellos

entregados desde su infancia al vicio? ¿No sería esto, como dijo ingeniosamente Plutarco, procurar la elegancia del zapato sin atender para nada al pie que ha de calzarlo? No hay ciertamente posesión ni alhaja alguna que pueda compararse con los hijos cuando buenos y modestos; mas ¿hay tampoco más triste azote que ellos cuando están mal educados? No sin razón Cornelia, la madre de los Gracos, contestó a una mujer que estaba haciendo gala de sus ricos vestidos y de su oro y pedrería con sólo enseñarles a sus hijos que volvían de la escuela y estaban educados en las más rígidas costumbres; comprendió como ninguna sus deberes y contribuyó no poco a la grande y enérgica elocuencia que aquellos desplegaron. ¿No es verdaderamente raro que busquemos para procurador de nuestros negocios un varón honrado, temamos confiar la puerta de nuestra casa a personas que no tengan su probidad acreditada, atendamos a que sean de buenas costumbres todos nuestros criados, y abandonemos luego a los hijos para que vivan a su antojo? Somos nosotros mimos los que corrompemos con nuestra condescendencia a nuestros hijos, condescendencia fatal, que tarde o temprano ha de ser para nosotros un motivo de dolor y para ellos la causa de su propia ruina. No serán el báculo de nuestra vejez, serán sí nuestros verdugos; no aumentarán la hacienda, sino que la destruirán; no serán el escudo de las familias, serán sí el azote. Sucederá esto tanto más, cuanto mayores sean las riquezas que deban a sus antepasados; su libertinaje no encontrará entonces límites; sus apetitos crecerán de día en día, y lo descuidarán todo para entregarse desenfrenadamente a los placeres, en que se enlodazarán con mengua propia, con mengua de sus hijos, con mengua de sus padres. La gloria de los antepasados es una luz que acompaña a los presentes, y no permite que estén ocultas ni sus virtudes ni sus vicios; cuanto más esclarecida fue la vida de los padres y la de los abuelos, tanto más vergonzosa es la baja de los hijos. ¡Oh poder sublime y grande de la educación infantil!

Oponen algunos a esto que con discursos y preceptos se logra inflamar en amor a la virtud el ánimo de los jóvenes y casi nunca corregirlos, fundándose en que los que mejor encarecen las virtudes son muchas veces los que llevan una vida desordenada, y han de destruir por fuerza con sus costumbres la fuerza de sus razones o argüir con sus razones la bondad de las costumbres, convirtiéndose en graves censores de sí mismos y entrando en las más graves cuestiones sobre su conducta. Mentiríamos a la verdad si dijéramos que los discursos y los preceptos de los filósofos tienen por sí la suficiente fuerza para extirpar el vicio de los ánimos y engendrar constantemente en ellos las virtudes. Opónese a ello el carácter de cada individuo, las impresiones recibidas, los hábitos adquiridos y sobre todo nuestra libertad acostumbrada a pasar por encima de todos los consejos del saber y de la prudencia. Muchas y muy grandes mercedes deberíamos ciertamente a los filósofos, como dice Teognes, si como Circe convertía los hombres en fieras con sus yerbas y conjuros, pudiesen ellos con sus palabras convertir las fieras en hombres, es

decir, llevar del vicio a la virtud, del delirio a la razón, y de la crueldad a la humanidad, a hombres muy parecidos a las fieras. Puede gloriarse la filosofía de haberlo alcanzado algunas veces y presentarnos, entre otros muchos cuyas malas prendas corrigió con sus preceptos, al famoso Polemon, que después de haber llevado una vida infame y tenido muy relajadas sus costumbres, llegó a ser uno de los hombres más severos de su tiempo, por haber oído una sola vez las sabias y virtuosas palabras de Jenócrates; mas aun cuando así no fuera, cabe siempre decir que es de tanto valor la virtud, que no debe perdonarse medio alguno para curar a unos pocos, y que siempre será mejor que empleemos nuestros esfuerzos en favor de los niños, pues serán mayores los frutos y más fundadas nuestras esperanzas.

Oponen también, y esto es más grave, que en ciertos niños se desarrolla desde un principio una maldad tal, que no se hace posible remediarla ni aun con el más saludable jugo, ni habrían de poder con ella, no decimos ya Hipócrates, príncipe de los médicos, pero ni el mismo Apolo, aun cuando empleara todos los preceptos del arte y echase mano de todos sus recursos. Sigue cada cual, dicen, las inclinaciones de su propia naturaleza; si templada, abraza todas las virtudes; si turbulenta, no procura más que su propio daño y el daño ajeno. Argumento es este a la verdad, no sólo ingenioso, sino fuerte, tanto, que no se hace del todo fácil destruirlo. Empiezo por deber conceder que hay genios incorregibles e inmutables, cosa que observamos hasta entre los demás seres animados. ¿Quién ha de acometer la empresa de domesticar una víbora, un escorpión o una pantera? ¿Quién ha de querer exponer la vida a tanta fiereza y sed de sangre? En cambio empero se dan ya ejemplos de haber sido amansados por su generosidad los leones y los elefantes, y hay animales mansos por naturaleza, como las ovejas, los jumentos y ciertas clases de aves, las cuales, bien son amigas de los hombres por instinto, bien cambian en mansedumbre su fiereza por el frecuente roce que con nosotros tienen. Como con los animales, sucede pues indudablemente con los hombres. Influye mucho en nuestra conducta y en nuestras costumbres el carácter que nos ha dado el cielo; mas influye no poco según ese mismo carácter la buena o mala educación que recibimos en nuestros primeros años y en los años posteriores. No negaré tampoco, porque no es posible, que nacen algunos de tan depravada índole, que rechazan toda corrección y hacen ineficaces todos los medios que se han puesto en juego para instruirles; pero sostengo también en cambio que con una mala educación se deprava el mejor carácter, del mismo modo que campos fértiles se erizan de espinas, jarales y yerbas inútiles si se suprime o se descuida su cultivo. Favorece la educación el desarrollo de las buenas cualidades que puso en nosotros la naturaleza y hacen que nazcan de ella admirables frutos en premio del trabajo que por ella se han tomado. Sabiamente contestó Nicias al que le preguntó cómo había podido salir un varón tal y tan grande, cuando «también con el arte, dijo, ayudé las dotes de la naturaleza». Pues qué, ¿puede creerse que no añadieron una esmerada

educación a sus dotes naturales todos los varones eminentes que celebró la antigüedad y ensalzó hasta el cielo, bien pertenecientes a los judíos, bien a los gentiles, bien al pueblo cristiano? Si la hermosa y casta Susana para defender su pudor contra viejos insolentes que ardían en el fuego de la lujuria se expuso al peligro de una ignominia y de una muerte cierta, ¿fue debido acaso más que al temor de Dios que le infundieron sus padres en la primera época de su vida, según aseguran las santas escrituras? ¿Qué no podremos, por otra parte, alcanzar cuando no sean muy vehementes nuestras malas inclinaciones, como sucede con los más de los hombres? ¿No hemos de poder esperar que con una educación rígida han de corregirse y hasta cambiarse en virtudes? El hierro con el frecuente roce se desgasta y muda el orín en esplendor y en brillo; los cayados de los pastores, rectos por su naturaleza, toman una forma curva merced a los esfuerzos del arte; ¿qué importa que no podamos reformar por completo un carácter, con tal que podamos con la educación atenuar y corregir sus vicios? Si los leones y otras fieras crueles llegan a deponer su fiereza, ¿hemos de desesperar que la deponga el hombre, capaz de deliberar y armado de la razón contra los más vehementes y depravados ímpetus de la naturaleza? No cogeremos nunca por cierto ni de la zarza uvas, ni del madroño higos ni granadas; pero lograremos sí que dé cada árbol más sazonados y suaves frutos si los cultivamos con actividad y en tiempo oportuno, trabajo que sólo será inútil cuando sea el terreno estéril, pedregoso, arenoso o esté vacía y corrompida la semilla. Pero hay más; ¿existe acaso una parte de la tierra de que no pueda percibirse más o menos fruto y cuyos inconvenientes no venza o cuando menos atenúe la labranza? Está fuera de toda duda que si a la excelencia del suelo y de la semilla se añade un esmerado cultivo, se han de obtener singulares y preciosos frutos; mas aun cuando la naturaleza no nos permita aspirar a tanto, no debemos despreciar lo poco que pueda concedernos, pues la idea de que nada podamos esperar acaba de echar a perder no pocas veces lo que es aun susceptible de corrección y mejora. No se explica casi de otro modo que de David haya nacido un Absalón, de Salomón un Roboán y por punto general degeneren en los hijos la raza de los padres. ¡Cuántos príncipes eminentes nos presenta la historia con depravados sucesores! Se ha dado a estos una educación ligera y se les ha viciado el carácter, se les han aumentado los vicios que en su misma organización estaban contenidos. Los mejores padres son muchas veces los que menos solícitos se muestran en castigar las faltas de sus hijos. Según son de buenos son de descuidados, creyendo que se les han de parecer sus descendientes, educados en palacios llenos de saber y de virtudes.

Cuánto pueda, por fin, la educación nos lo manifestó Licurgo con el ejemplo de los cachorros. Eran los dos gemelos, y acostumbró al uno a la caza, al otro al ocio. Presentólos tiempo después en la asamblea y les echó de que comiesen. Abalanzóse el segundo a la carne, desprecióla el primero por el ardor de seguir una liebre que acababa de soltarse. No sólo enseñó con esto

cuánto puede una costumbre tomada desde la infancia, les enseñó que aquella ejerce muchas veces más influencia que la naturaleza misma.

Mas volvamos otra vez a hablar de esos caracteres depravadísimos de que nos hemos insensiblemente separado. Es a menudo culpa nuestra que nazcan los niños con dañada índole. Nos casamos sin que influya en la elección de nuestras esposas más que el encanto de la hermosura o la cuantía de su capital o de su renta, sin advertir que nos hacemos de peor condición que los jumentos y los ganados, para cuya propagación cuidamos de que cubra siempre la hembra un ser de la misma especie, pero de más noble y de más pura raza. ¿Quién procuró jamás con el ahínco que exige la importancia del asunto que intervengan en nuestros enlaces ciudadanos de rectas costumbres, de excelente ingenio y distinguida índole? Aristóteles niega la facultad de casarse a los jóvenes, fundándose, además de otros inconvenientes, en que produce el consorcio de padres de menor edad hijos débiles de cuerpo y de mezquina talla. Quiere que no puedan casarse los varones hasta los treinta y seis años, ni las hembras antes de los diez y ocho, así como Platón exige en éstas veinte y en aquéllos sólo treinta. ¿Quién además buscó nunca por consejo de los médicos el tiempo y las horas aptas para la generación, cosa de tanta trascendencia? ¿Quién por él mismo motivo se esmeró en usar sólo de comidas sanas y saludables? El mismo Aristóteles estableció que debiese entregarse el hombre a la procreación durante los rigurosos fríos del invierno, época en que hay mayor vigor en nuestros cuerpos. ¿Quién, repito, observó estas y otras muchas cosas, que serían largas de referir en este libro? ¿No se dejan arrastrar los más por los ardores de su sangre, entregándose desenfrenadamente al placer, sin hacer absolutamente uso de la razón que les ha sido dada, cosa en que se rebajan al nivel del bruto y pagan tarde o temprano con daño suyo y mengua de sus hijos? Límpiense las fuentes si se quiere que corran limpios los arroyos; cúrense las raíces de los árboles si se quiere que sean frondosos sus ramajes; búsquense mejores semillas si se quieren obtener mejores frutos, y no se crea nunca que de otro modo pueda curarse la podredumbre que se haya apoderado de nuestras plantas productivas. Este es el único remedio aplicable a nuestra enferma y abatida república y a nuestras costumbres corrompidas por el vicio y la infamia de tantos ciudadanos. Si ni aun con él adelantamos, no esperemos ya que le haya para tan grandes males y calamidades como nos afligen. ¿Qué de extraño empero que faltando ese cuidado, de que depende principalmente la salud pública, crezca de día en día la venida de maldades y de crímenes, y azote todas las clases del Estado la sensualidad con su impureza, la crueldad con sus tormentos, con sus hurtos la avaricia, con sus ultrajes la soberbia? No hay en rigor probidad en quien mira con descuido la educación de sus hijos.

Pero hay más aun: de padres honrados y de virtudes reconocidas, no ya solamente de padres malvados, nacen niños que llegan a la adolescencia con un carácter rudo, adusto y fiero, y robustecidas sus fuerzas han de llegar a ser

la ruina de su familia y de su patria. ¿Qué institución puede haber después bastante eficaz para corregirles? ¿Qué leyes, aunque acompañadas de graves penas y armadas de la autoridad del príncipe? Las licenciosas costumbres adquiridas desde nuestros primeros años, gracias a la debilidad de nuestros padres que recibieron con sonrisas y besos aun nuestras palabras y hechos más vergonzosos y dignos de castigo, se depravarán, a no dudarlo, de año en año, y vendrán al fin a un extremo de que no podrá apartarnos ni ley ni freno alguno. ¿Quién ha de poder aplacar ya ni convertir en virtudes nuestras indómitas pasiones acostumbradas a no encontrar al paso ningún género de obstáculos? ¿No sería casi un milagro que alguien lo alcanzase? Hay desgraciadamente ejemplos de hombres que aun después de haber recibido la educación más severa, se han, corrompido y depravado, arrastrados por los ímpetus de nuestra naturaleza inclinada al mal para la eterna desventura del linaje humano; mas ¡cuán pocos se encontrarán que dotados desde su infancia de malas costumbres hayan llegado en edad más avanzada a reformarse! Repásense las antiguas historias, ábranse los antiguos monumentos literarios, tráiganse a la memoria sus repetidos ejemplos de maldades y de vicios: ¡qué de príncipes y súbditos, famosos hoy por sus crímenes, que se precipitaron a los abismos del mal por no haber sido castigados oportunamente sus vicios, en sus primeros tiempos tal vez insignificantes!

Previendo este gran peligro en épocas remotas varones llenos de saber y legisladores prudentes, creyeron principalmente de su incumbencia intervenir de una manera decidida en la educación de los niños, poniendo sobre todo el mayor cuidado en examinar a quién debían confiarla y entregarla. Licurgo la encargó al que entre sus nobles más se aventajaba por su probidad, su virtud y su prudencia, después de haberla arrancado de manos de los esclavos, a quien solían antes encomendarla los ciudadanos. Creyó que sólo así evitaría que sus súbditos adquiriesen costumbres serviles y alcanzaría en la educación la mayor igualdad posible, como era de esperar, poniéndola bajo la dirección de un solo hombre, a quien llamaba pedenomo. Insiguiendo Aristóteles la misma idea, estableció también que entre muchos magistrados se eligiese uno para tan importante cargo, con amplias facultades para mandar y vedar lo que mejor le pareciese. Los persas, según escribe Jenofonte, obraron aun en este punto con mayor acierto. Dividido el pueblo en cuatro partes, encargaron la educación de los niños a doce varones principales, elegidos entre los más virtuosos ancianos, para que fuesen más abundantes los frutos y, dividida la carga entre muchos, fuese el trabajo menor, mayor la actividad, mayor la industria. ¿Por qué no habían de imitarles nuestros príncipes y concejos, confiando la educación de nuestros niños a varones eminentes, ya del clero, ya del pueblo, y dándoles poder para examinar públicamente las costumbres y las dotes literarias de los que han de ser profesores, punto en que se cometen tantas y tan graves faltas? No puede ser nadie sastre ni zapatero sin acreditar

su pericia en el arte; y ¿hemos de confiar la educación e instrucción de nuestros hijos a cualquiera que sea bastante audaz para consagrarse a la enseñanza? Cuando nos sentimos enfermos, ¿llamamos acaso al médico que nos indican los amigos o al que es para nosotros más entendido en esa profesión difícil? y ¿hemos de ceder a las instancias de un tercero, precisamente cuando se trata de llamar a un maestro, a un hombre que ha de formar las costumbres y determinar el carácter de nuestros hijos? Lejos de nosotros tan grave debilidad y tan gran mengua; no han de influir en nosotros tanto los amigos que por ellos pongamos en peligro nuestras prendas más queridas.

A mi modo de ver, no sólo deberían tener esos inspectores derecho para examinar la vida privada de los maestros, deberían tenerlo además para vigilar la de los ciudadanos, como hacían los antiguos censores, para reprimir privadamente a los padres que descuidasen la educación de sus hijos, para castigar a los niños, para encerrar, si conviniese, a los que se mostrasen rebeldes y de tenaz carácter, principalmente si por haber muerto sus padres o haberse escapado de sus casas, anduviesen errantes por acá y acullá sin tener hogar donde albergarse, principio por donde suele tener entrada el crimen, la depravación y la contaminación de muchos por los placeres más hediondos. Si nuestros antepasados confiaron la instrucción a los clérigos desde los primeros tiempos de la Iglesia, ¿se cree acaso que fue por otro motivo que por estar persuadidos de cuánto interesa que los niños adquieran junto con la ciencia la piedad y saber, y de que estando entre sacerdotes la adquirirían sin sentirlo, ya por los preceptos que les daban, ya por los ejemplos que veían? Por esto imagino yo que los que se dedican a las letras se distinguen del resto del pueblo, vistiendo el traje sacerdotal, como vemos que sucede en las escuelas públicas, principalmente en España. En Francia se observa que el vulgo hasta da el nombre de clérigos a los que sobresalen por su erudición y por su ciencia, por más que no hayan recibido nunca ninguna de las órdenes sagradas.

Nuestros prelados, lejos de cuidar de la educación, conforme exigía su propia dignidad, la han mirado con descuido, y han dado con esto motivo a que monjes eminentes, tanto por su piedad como por sus estudios, se hayan apoderado de ella, llevados del noble deseo de ser útiles a la república, y sobre todo, persuadidos de que han de granjearse el favor divino consagrándose a un trabajo que consideran de grandísima importancia. Los antiguos monasterios de los benedictinos han sido especialmente escuelas públicas, fundadas por varones de gran santidad para instruir a la juventud y dirigirla por el verdadero camino de la virtud y de la ciencia. Han sido con esto utilísimos al Estado, y ellos por su parte se han hecho por este medio con grandes riquezas, pues todos los ciudadanos han querido favorecer a porfía sus nobles esfuerzos, ya con su hacienda, ya con sus servicios, ya con sus consejos. De estos monasterios salieron además, como de un alcázar de la

sabiduría, innumerables varones aventajados en el conocimiento de la filosofía humana y la divina, como acreditan los muchos y excelentes libros que de ellos han salido, dignos cada cual en su género de ser admirados por la generación presente y las futuras.

CAPÍTULO II.

De las nodrizas.

Debemos ahora examinar de qué carácter y costumbres deben ser las nodrizas y, sobre todo, si son indispensables para la educación de los niños, pues no pocas veces por su culpa, y sólo por su culpa, se vician las mejores índoles de modo que no basta luego arte ni cuidado alguno para remediar las faltas que han bebido junto con la leche que había de servirles de alimento. Fácil es dar sobre este punto preceptos, pero difícil que se observen. ¿Deberemos, sin embargo, despreciar cosa alguna por las dificultades que presente? Estoy en que no debería haber más nodrizas que las madres; mas ya que esto no se admita, creo que ha de buscárselas siempre de un carácter dulce y de costumbres intachables. Sería a la verdad muy saludable que las madres criasen a sus hijos, tanto porque así llenarían completamente sus deberes de madre, como porque continuando los hijos el uso del mismo alimento que les fue formando, saldrían más vigorosos, más robustos y sobre todo más puros, por no tener en su cuerpo mezcla alguna de ajeno jugo ni de ajena sangre. De otro modo se hace el cuerpo propenso a las enfermedades, mudable el carácter, vagas y poco decididas las costumbres, las cuales siguen casi siempre la suerte del cuerpo, con el cual está el alma estrechamente atada. ¿Es acaso la leche otra cosa que la misma sangre de que se alimentó el feto en el útero, por más que se presente de un color distinto? ¿Por qué ha hecho la provida naturaleza que inmediatamente después del parto crezcan y se llenen de leche los pechos de la madre? ¿Por qué ha adornado el seno de la mujer con dos pechos, sino para que abundando más la leche, sea la nutrición más fácil y expedita? Las madres no cumplen sino a medias con sus deberes entregando sus hijos a nodrizas; no logran, por otra parte, que se cree entre unos y otras el vínculo del amor mutuo, que es el más principal, es el más fuerte. Si los hijos profesan por punto general un amor más ardiente a sus madres que a sus padres, no creo que pueda ser sino porque, tanto en darles a luz como en criarles, sufren aquellas mayores molestias y dolores. Distribuida la carga entre la madre y la nodriza, mengua en gran parte aquel amor que han de compartir forzosamente los hijos con lo que les alimenta, no pudiendo considerar como padres sólo a los que los engendraron, concibieron y parieron. Separados los hijos del seno de sus madres, las van olvidando y no

puede menos de extinguirse en gran parte el fervoroso afecto que reinaría de otro modo entre los dos, atendidos los instintos de la naturaleza. ¿Ignoramos acaso que los niños expósitos no conservan recuerdo alguno de su madre ni abrigan una sola centella de amor para las que los arrojaron a la luz del mundo? No parece sino que todo el amor que tienen los hijos para los padres y los padres para los hijos nace del continuo roce y más que todo de que sabemos desde que nacemos, si padres, que son aquellos nuestros hijos; si hijos, que son aquellos nuestros padres. Dejemos pues que las mujeres sean madres por entero, y no consintamos que mengüe el amor por estar distribuida entre dos la educación de los hijos, cosa perniciosísima, así para la familia como para la república.

Si una mujer para evitar la deshonor hace abortar el feto, decimos que comete un crimen digno del odio público y del castigo de la justicia, y ¿ha de quedar impune que luego de dados los hijos a luz puedan las madres apartarlos de su seno? ¿Qué diferencia puede haber entre el hecho de arrojarlos del útero mientras los está formando la mano del Criador, y el de privarles de su alimento natural llamando una nodriza cuando han visto ya la luz del día? Creo que los grandes varones de todas las épocas históricas han sido alimentados con la propia leche de las madres, principalmente aquellos patriarcas del pueblo judío que disolvían por tres años los matrimonios, a contar desde el día en que les nacía un hijo, y sólo después de este plazo en que les destetaban volvían a reunirse con sus mujeres en un banquete destinado al efecto. ¿Fue acaso criado con menos tiempo ni menor cuidado el profeta Samuel, como atestiguan las escrituras?

Mas no ignoramos cuán dadas sean a deleite las nobles mujeres de Castilla; ¿quién va a persuadirlas de que han de añadir a los dolores del parto las molestias de la nutrición, tan largas como graves y enojosas? Con más facilidad pasarán por cualquier sacrificio que no prestar atento oído a preceptos saludables. Por esto y porque algunas veces se hace necesario llamar á las nodrizas o por haber muerto la madre o por haberle secado los pechos accidentes imprevistos, juzgo que se ha de procurar que sean de un carácter apacible, de un ánimo tranquilo y bien dispuesto, de una organización física perfecta y sobre todo adecuada en lo posible a la de la madre. No han de ser ni biliosas ni flemáticas, no han de ser propensas a la ira ni sujetas al temor ni al miedo, todo ha de guardar en ellas armonía, todo ha de respirar calma en sus costumbres, todo ha de ser en ellas prudentemente examinado para que experimente el feto el menor cambio posible y no se debiliten con la mudanza sus fuerzas morales ni las físicas. En las plantas, en los ganados y en todas las especies de animales se observa que sirve poco la bondad de la semilla para conservar la pureza de la raza si se las traslada a otra tierra y a distinto cielo; se fecundan y se desarrollan mejor donde han nacido, degeneran desde el momento en que se las pase a puntos donde cambia la naturaleza de las sustancias de que han de alimentarse.

Entre los grandes y los opulentos son pocas veces los hijos de la estatura y robustez de los padres; entre los labradores son siempre de menor talla y fuerza que sus hijos, no sólo por el ejercicio a que se entregan estos desde niños, hecho que no deja de ejercer su influencia, sino porque desde su nacimiento crecieron y se alimentaron en los pechos de sus madres. ¿No refiere, por otra parte, Tácito que si los germanos llegaron a ser de una estatura admirable fue por haber las madres tomado sobre sí los cuidados de la nutrición y no haberlos confiado nunca a esclavas ni a nodrizas?

¿Qué de extraño que entre nuestros nobles los hijos salgan tan poco parecidos a los padres y sean de mezquina estatura y tengan distintas costumbres y diferentes fuerzas y carácter si, alimentados con otra leche, ha de cambiar forzosamente todo? Así lo vemos en los demás animales. Si se nutre al cabrito con la leche de la oveja o al cordero con la de la cabra, el vellón de éste saldrá indudablemente más áspero, la lana de aquél más suave y delicada. Durante el imperio godo en Italia sabemos que hubo un tal Egisto que se alimentó con leche de cabras; pues qué, según Procopio, ¿no se distinguió por su velocidad y ligereza? Hace poco sabemos que se crió otro en los pechos de una perra; y qué, ¿no consta que estaba seco su cerebro y, no pudiendo conciliar de noche el sueño, andaba por las calles y las plazas arrojando plañideros gritos a manera de ladridos? Lo sabemos por quien lo vio, lo sabemos por el mismo señor del pueblo en que sucedió este suceso. Si es cierto lo que muchos autores cuentan y no merece ser relegado entre las fábulas, es a la verdad de admirar que Abido, rey de España en los primeros tiempos, haya sido amamantado por las fieras, Ciro por una perra, por una loba Rómulo y Remo, los fundadores de la ciudad eterna. Con razón dijo un elegante poeta al denunciar la crueldad de uno de sus personajes:

Hircanaeque admorunt ubera tigres.

Contribuye pues mucho al carácter del feto el primer alimento con que se ha nutrido.

Considero, además, que han de ser atentamente examinadas las costumbres de la nodriza y debe ponerse sobre todo un gran cuidado en saber si es mujer de pudor y de singular modestia. Es preciso hacerse cargo de que el niño ha de oír de ella las primeras palabras, tomar sus costumbres, imitar sus dichos; es preciso hacerse cargo de que se arraiga tenazmente en el ánimo lo que oímos y vemos en los primeros años de la infancia. Deseaba Crisipo que fuesen las nodrizas sabias y, en cuanto permitiese la naturaleza de las cosas, buenas y perfectas; yo las deseo dotadas de buen carácter, de probidad y de prudencia para que las semillas de esas virtudes pasen con la leche al corazón de sus alumnos y no vean éstos ni oigan sino acciones y palabras dignas de los hombres. Añade Platón que, puesto que es necesario entretener a los niños con fábulas y cuentos, debe examinarse el carácter de los que les refieran sus nodrizas, procurando que, lejos de contener nada obsceno, vicioso ni

insensato, sean simulacros e imágenes de las virtudes de que debemos estar adornados en el resto de la vida. Es ya sabido que cuando oímos relatar cuentos necios y ridículos acostumbramos a decir que los dejamos para las nodrizas. Paréceme que lo más adecuado a los oídos y a la inteligencia de los niños serían las fábulas de Esopo, principalmente si se escogiesen las mejores y se las explicasen en elegantes versos, cosa que ha hecho en nuestros tiempos Faerno traduciéndolas a la culta lengua del Lacio. Créese también que las nodrizas han de conciliar el sueño de los niños y hasta deleitarles con canciones vulgares recogidas en cualquier encrucijada; mas no deberían nunca arrullarles sino con versos llenos de bondad y de piedad para que con ellos les quedase impresa la semilla de todas las virtudes.

Se ha de procurar, por fin, que no oigan ni vean los niños cosa que no sea hija de las más depuradas costumbres y de la más severa disciplina. Aristóteles no consiente siquiera en que se expongan a los ojos de los niños imágenes ni cuadros obscenos; y pide, y con razón, que no se les lleve nunca al teatro, asqueroso taller de toda clase de torpezas: preceptos que quisiera siguiesen los hombres de nuestros tiempos.

Este cuidado deseáramos que se tuviese en criar y educar a los niños, cuidado que se calificará tal vez de supersticioso, atendida nuestra bajeza y la depravación de nuestras costumbres, pero que no ha de ser nunca tan grande como exige la importancia del asunto. Somos tan necios que, al paso que no perdonamos trabajo para que prosperen nuestros campos, nuestras viñas y nuestros olivares, entregamos los hijos al cuidado de los criados, de cuyo trato deberían estar toda la vida apartados para que no les corrompieran con el impuro hálito de sus costumbres. Tomamos las nodrizas que primero se nos presentan sin ninguna clase de discernimiento, sin atender más que a si tienen o no abundante leche, importándonos poco que traigan consigo un mal carácter con el cual pueda inficionarse el cuerpo y el alma de nuestros hijos, y corromperse con el contagio de malas costumbres, ejemplos y palabras. Admirado muchas veces de ver niños perversos que en nada se parecían a sus hermanos ni a sus padres, he preguntado y he sabido que sólo por los vicios de sus nodrizas han tenido aquellos tan depravadas costumbres y tan torpe índole. Podría citar principalmente dos hermanas tan distintas en carácter como en hábitos y en figura: la una, que es modestísima, se amamantó en los pechos de su madre; la otra, que es adusta y de malas inclinaciones, en los de una nodriza ebria y por demás agreste.

CAPÍTULO III.

De la primera educación del príncipe.

Hemos hablado ya de lo relativo a la nutrición y primera enseñanza de los hijos. Nada debemos añadir con respecto al que ha de ser un día príncipe, pues las mismas cosas indican que se ha de desplegar el mayor celo para que faltas nacidas de pequeños principios no vengán a resultar en daño general de la república. Está pues colocado el príncipe en la cumbre de las sociedades para que aparezca como una especie de deidad, como un héroe bajado del cielo, superior a la naturaleza de los demás mortales. Para aumentar su majestad y conciliarle el respeto de sus súbditos está casi siempre rodeado de lujo y de aparato, contribuyendo no poco a deslumbrar los ojos del pueblo y a contenerle en el círculo de los deberes sociales, por una parte sus vestidos de púrpura bordados de oro y pedrería, por otra la soberbia estructura de su palacio, por otra el gran número de sus cortesanos y sus guardias. Aprobamos como prudente y racional esta medida; mas creemos que a todo este fausto y pompa ha de añadirseles el esplendor y brillo de todas las virtudes, tales como la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, como también el que dan las letras y el cultivo del ingenio, con los cuales se concilia también mucho la veneración de los ciudadanos. Es preciso cultivar con solicitud el campo de que ha de vivir más tarde todo el pueblo, es decir, el ánimo de los príncipes que han de aparecer a nuestros ojos contemplando desde muy alto todas las clases del Estado y mirando sin distinción por todas, por la alta, por la baja, por la media. Es preciso cuidar mucho la cabeza sino se quiere que bajen de ella malos humores y se inficione con ellos lo demás del cuerpo; en la sociedad, como en los individuos, son graves las enfermedades que derivan de tan grave miembro.

Sería a la verdad de desear que aventajase el príncipe a todos sus súbditos, así en las prendas del alma como las del cuerpo, corriendo al par de su elevación sus brillantes cualidades, para que pudiese con ellas granjearse el amor del pueblo, que vale indudablemente más que el miedo. Sería de desear que respirase autoridad su figura, que ya en su semblante y en sus ojos brillase cierta gravedad, mezclada con una singular benevolencia, que fuese de nobles y aventajadas formas, alto y robusto de cuerpo, perspicaz, dispuesto para atar los ánimos de todos con los vínculos de su mismo favor y de su gracia. Pero deseo y fortuna son éstos dados por el cielo más bien que procurados por la prudencia de los hombres, principalmente siendo la monarquía, como es entre nosotros, hereditaria y debiendo tomar por rey al que tal vez fue engendrado infelizmente por sus padres. Contribuiría, sin embargo, a que se evitara este peligro que se escogiesen siempre para mujeres de los príncipes

mujeres dotadas de grandes facultades, nobles, hermosas, modestas y en lo posible ricas, mujeres en cuyas costumbres no hubiese nada de vil ni bajo, mujeres en que a su belleza física y a las virtudes de sus antepasados correspondiese la grandeza de sus almas, pues no es de poca monta que reúnan excelentes cualidades las que han de ser madres de hombres destinados a mandar a todos y a procurar la felicidad o la infelicidad de todos y de cada uno de los ciudadanos. Mucho puede adelantarse, por otra parte, si se hace todo lo posible para que aumenten las virtudes dadas por la naturaleza, se disminuyan los vicios existentes, y se ilustre y adorne la vida del futuro príncipe. Síganse los avisos de la naturaleza que dio dos pechos a las reinas como a las demás mujeres y se los llena en los días próximos al parto para que los hijos sustentados con la leche de sus madres salgan mejores y mucho más robustos. Mas, puesto que creció ya tanto en nosotros el amor a los deleites que apenas hay mujer de mediana fortuna que quiera tomarse el trabajo de alimentar a sus hijos, hemos de alcanzar cuando menos que se tomen todas las precauciones posibles al elegir las nodrizas y no se las tome para favorecer la ambición de nadie, como en el siglo pasado sucedió en Portugal, donde se confió la nutrición y la educación de un príncipe a la querida de un obispo que gozaba de mucha influencia en aquel reino: torpeza grave y lastimosa, llevada a cabo por los esfuerzos del prelado y la infame condescendencia de los que podían evitarlo. Cuál fuese el resultado, no hay para qué referirlo; baste decir que excedió las mayores esperanzas. Nos da vergüenza hasta publicar los nombres de los que intervinieron en tan fatal negocio. En nuestros tiempos ha corrido la voz, no sé si verdadera o falsamente, que otro príncipe en quien estaban puestas las esperanzas de un reino vastísimo padeció en sus primeros años, por causa de su nodriza, contagiada de malísimos humores, de grandes y deformes llagas: incuria a la verdad vergonzosa y detestable, si no hubiese muchas cosas que no pueden ser previstas por los hombres.

Procúrese, como es consiguiente, que no se escape nunca de la boca de la nodriza una sola palabra obscena ni lasciva, a fin de que por quedar impresa eternamente en el ánimo del niño, no se destruya desde un principio su pudor, cosa que no hay para qué decir si sería o no perniciosa. Por este medio se extingue todo el amor a la dignidad y a la honestidad, se sueltan los frenos al placer, se corrompen para toda la vida las costumbres. Procúrese además que, a medida que vaya el príncipe creciendo, reciba los preceptos con que pueda llegar a ser un gran rey, y la fuerza de su autoridad corresponda a la grandeza de su imperio. Elijase entre todos los ciudadanos un buen ayo, un maestro notable por su prudencia y famoso por su erudición y por virtudes, con que pueda el príncipe llegar a aparecer perfecto. Esté sobre todo exento éste de todo vicio para que con el frecuente roce no se trasmitan sus deseos al alumno y le queden para toda la vida, como sucedió con Alejandro, rey de

Macedonia, cuyos vicios que había recibido de su profesor Leónides, no se pudieron extinguir ni curar en sus más gloriosos días.

Mas no basta un solo maestro, se dirá tal vez; en muchas cosas ha de entender el príncipe que no será fácil que aprenda si no se le enseña en los primeros años de la infancia. Ha de administrar justicia al pueblo, nombrar magistrados, resolver negocios de paz y de guerra, hablar y juzgar de muchas cosas que a cada paso ocurren en la gobernación de un reino. No es común que uno sólo sobresalga en todas las ciencias de donde se han de tomar tan diversos conocimientos; y es a la verdad muy poco para un maestro del príncipe haberlas sólo tocado por la superficie y permanecer en una humilde medianía. Enseñará los elementos de cada arte el que fuere más profundo en ella; lo que sucede en la enseñanza de la lengua latina sucede en la de las demás artes liberales.

Mas, teniendo ya por base la latinidad y conociendo algún tanto las ciencias que se rozan con este estudio, ¿qué puede impedir al príncipe que oiga varones entendidos para administrar los negocios de la paz y de la guerra? Por instruido que esté, por grande que sea su ingenio, necesitará siempre de las luces de estos hombres, y será hasta saludable que use de consejo ajeno. No nos disgusta, sin embargo, la institución de los persas que confiaban a cuatro varones principales la instrucción del príncipe para que cada cual le enseñase con acierto el arte en que más se aventajase; el primero le instruyese en la literatura, el segundo en las leyes patrias, el tercero en las ceremonias y ritos religiosos, el cuarto en el arte de la guerra, en que tanto descansa la fuerza y la salud de la república. Entre nosotros, el padre suele designar para la educación del príncipe dos de sus mejores grandes, los más señalados por su honradez y por su prudencia, uno para la enseñanza, tan grave ya por su edad como por la fama de sus conocimientos, otro para que modere y temple las acciones del alumno, varón que no ha de desconocer lo que exigen las costumbres. Mas ¿qué importa el número con tal que entiendan esos preceptores que es gravísimo y principal el cargo que les han confiado y estén bien convencidos de que para llenarlo debidamente han de trabajar de día y noche? Cuentan que Policeto, un escultor de fama, publicó un libro sobre su arte, a que dio el título de *Canon*, es decir, de regla; que en este libro explicó con mucha detención todo lo que ha de observarse en hacer una estatua, cuál debe ser la figura de cada una de sus partes, cuál la actitud y la postura; y que al mismo tiempo expuso al público una obra suya, que llamó también *Canon* por haber seguido en ella escrupulosamente todos los preceptos que tenía dados. Quisiera yo que siguiesen esta costumbre los preceptores de los príncipes, que ya que no se aventajasen mucho en escribir el libro, procurasen con los actos de su vida fijar en el ánimo de su alumno para irle formando todas las reglas de la virtud y del saber que nos han sido dadas por los grandes filósofos. Deben, ante todo, para que sea acertada la educación, alejar del palacio todo ejemplo de perversidad y de torpeza, cerrar puertas y echar

cerrojos a todo género de vicios. No permitan que estén con el príncipe jóvenes sin pudor y sin vergüenza, para que la imagen de la liviandad no corrompa y destruya en un momento con el dañado soplo de su boca las virtudes arraigadas ya de mucho tiempo en su ánimo. Solicitan aquellos de una manera infame los honores y las riquezas; son aduladores, vanos, enemigos de la salud pública, contra la cual están sin cesar tendiendo asechanzas, y los hay por desgracia en gran número alentados por la excesiva prosperidad de muchos. ¿Cuántas fortunas, cuántos señoríos no vemos creados y fundados por hombres que, dejando a un lado todo pudor, se prestaron en distintas épocas a ser instrumentos de las maldades de los príncipes? No deberían sus nombres pasar siquiera a la posteridad; debería obligarse a sus descendientes y cognados a que los trocaran por otros más honrosos. Muchas veces, sin embargo, han caído también esos hombres y sido derribados en muy breve tiempo a la última miseria. Llega día en que el rey o se arrepiente de tenerles a su lado, o se sacia ya de verles; mengua entonces el favor, y se convierte al fin en odio, pues aquel empieza a mirarles como censores importunos, el pueblo como corruptores y malvados.

Procuren luego cultivar el ánimo del príncipe con verdaderas virtudes e instruirle, si es posible, con blandas palabras, que es el mejor sistema de enseñanza, con severidad, si es necesario. Repréndanle, y si no bastare la reprehensión, castíguenle, no sea que por la indulgencia de sus preceptores se deprave su buena índole o se robustezcan en él los vicios naturales. Al león, animal fiero y cruel, ni se le ha de gobernar con continuos golpes ni halagar con frecuentes caricias; es preciso mezclar a las amenazas los halagos para que se amanse, procurar que ni con los golpes se encrudezca su fiereza ni se ensoberbezca con las caricias, cosas todas que han de hacerle de todo punto intratable. Examínese atentamente el carácter del príncipe, obsérvese qué cosas más le agujonean y le mueven, y empléense siempre las que hayan de surtir mejor efecto. Si no le mueven las palabras y sí el freno, si necesita para andar de que se le apliquen las espuelas, apélese a estos medios: combátasele la cortedad si es demasiado corto, cúresele de su impudencia si impudente, y diríjanse siempre dondequiera que puedan contrariar sus vicios. Amonéstensele, mándenle, repréndanle, castíguenle de vez en cuando, resistan a sus inmoderados deseos, esmérense, por fin, en que no salga ni insolente ni tenaz, cualidades de que podrían ocasionarse graves perjuicios, así para él como para sus mismos súbditos. El gran Teodosio llamó a Roma a Arsenio para que se encargara de instruir a sus hijos, y le dijo terminantemente que les castigase siempre que lo creyese oportuno y no tolerase nunca la menor falta de sus hijos. ¡Varón grande y digno de gobernar el mundo! En todas las épocas encontramos profesores de príncipes que han adoptado un sistema contrario, ya por temor de exacerbarles, ya por el deseo de granjearse su amor con una injusta y fatal condescendencia. En Roma sucedió con Séneca, a pesar de ser un gran filósofo; en Castilla con Alonso de Alburquerque, que por

haber sido profesor de Pedro el Cruel, puede quizás ser acusado de haber aumentado con una mala educación los vicios que había dado a éste la naturaleza, vicios a que sin duda se añadieron después otros. La prueba de la falta de entrambos está en que fue cada cual el privado de su respectivo príncipe, y tuvo gran mano en todos los negocios, y acumuló riquezas inmensas, no sin excitar la envidia y la maledicencia de los demás que sospechaban que con perjuicio del pueblo, y sólo condescendiendo, habían alcanzado aquella gran fortuna; mal ciertamente grave, no sólo para el Estado, sino también para sus autores, pues las riquezas recogidas del crimen no suelen ser ni duraderas ni propias. Séneca murió a manos de Nerón, y este fue el pago que obtuvo de sus lecciones, pago impío y cruel, ¿quién lo niega? pero tal vez debido a la débil educación que dio a su alumno y a que el favor adquirido por este medio tuvo que trocarse al fin en odio. Alonso de Alburquerque se vio obligado a huir para salvar la vida, no siendo más feliz que el otro sino en que cuando menos murió en el mismo momento en que estaba preparándose a la venganza con las armas en la mano y el apoyo de otros próceres del reino, y no fue enterrado como había prevenido en su testamento, sino después de haber sido preso el Rey en la ciudad de Toro por el esfuerzo y la solicitud de sus ardientes partidarios. Ya que tenía parte de culpa en el mal, no quiso descansar en su sepulcro sin que antes se hubiese impedido a Pedro el Cruel que siguiera causando tan terribles daños.

Enséñesele al fin a no hacerse esclavo de la liviandad, de la avaricia ni de la fiereza, a no despreciar las leyes, a no imponer con el terror a sus súbditos, a no considerar como fruto natural del gobierno los placeres, a guardarse del estupro y del incesto, que podrán servir para él, pero que serán para los demás motivo de horror y de vergüenza. Amonéstesele a que siga todas las virtudes dignas de un rey; explíquesele en qué consiste ser príncipe y en qué consisten sus deberes. El rey pues, si es verdaderamente digno de este nombre, obedece a las leyes divinas, toma por guía la razón, hace igual para todos el derecho, reprime la liviandad, aborrece la maldad y el fraude, mide por la utilidad pública y no por sus antojos el poder que ha recibido, se esfuerza en aventajar a todos por su honradez y sus costumbres a proporción de lo que es mayor en autoridad y riqueza, no retrocede ante ningún peligro, no perdona medio para salvar la patria, es fuerte e impetuoso en la guerra, templado en la paz; no siente latir el corazón sino por la felicidad de los pueblos, a los cuales procura sin cesar todo género de bienes. Amparado así por la gracia de Dios, ensalzado universalmente por sus virtudes, se granjea la voluntad de todos, y viene a ser un cabal modelo de la majestad antigua, no pareciendo sino que es un hombre bajado del cielo para gobernar la tierra. Con ese amor y esa fama adquiridos entre sus mismos súbditos asegurará mucho más su imperio que con la fuerza y con las armas; lo hará fausto para sus ciudadanos y eterno para sus descendientes, lo dejará fuerte contra todo embate exterior, procurará que no puedan con él ni el fraude ni las

asechanzas de los próceres del reino. Esto es lo que se nos ha ocurrido decir sobre la educación del rey en general; vamos ahora a examinarla en cada una de sus partes.

CAPÍTULO IV.

Del porte exterior del rey, es decir, de la regla que debe guardar en comer y en vestir.

El exceso de los placeres ha alterado no pocas veces, ya pública, ya privadamente, la excelente índole de muchos hombres. El inmoderado lujo en el vestir y la demasiada delicadeza en el comer han cambiado la fortuna o la suerte de los españoles que habían nacido para las armas. Así es que desde la cumbre de la grandeza a que habían llegado han ido cayendo en diversas y grandísimas calamidades. Deleites que antes no conocíamos han quebrantado, a ejemplo de los romanos y con no menor peligro, ánimos grandes e invencibles que habían sabido sobrellevar el trabajo y el hambre, vencido por mar y por tierra gravísimas dificultades, fundado un imperio que se extendió más allá del sol y más allá de los linderos del Océano. Es esto certísimo, pero casi increíble. Más se gasta hoy en golosinas en una sola ciudad, más en postres y en azúcar que en tiempos de nuestros padres no se gastaba en toda España. Pues ¿y en vestidos de seda? ¡cuánto no se gasta, oh Dios! Más elegantemente visten hoy los sastres, los carniceros y los cerrajeros que en otros tiempos los grandes de las ciudades y los varones de más alta jerarquía, cosa que, sin embargo, interpretan muchos como un adelanto de esta época, sin advertir que por este punto nos amenazan gravísimos peligros. Y si esto acontece con los particulares, ¿qué no ha de suceder en la casa real donde hay tanta abundancia de placeres, donde están reunidos todos los deleites que se encuentran en las demás provincias? A la verdad que si no se pone en esto gran cuidado, se corre peligro de que el príncipe, corrompido desde sus más tiernos años con una educación tan débil y afeminada, pesado por su gordura y lleno de enfermedades, no sea al fin bueno ni para la paz ni para la guerra, lo que no hay para qué decir si será o no con grave perjuicio de la república. Así vemos hoy que los príncipes padecen de los nervios, llevan en sus propias carnes la más grave carga, pasan lo más del día entregados al sueño, consagran gran parte de la vida a los médicos y a los remedios, y mueren por fin en la flor de sus días, cosa que desgraciadamente no debemos atribuir a sus muchos trabajos ni a sus cuidados ni a sus desvelos, sino a su flojedad, al lujo y a los placeres. ¿Cómo se quiere que esos hombres puedan digerir la comida ni la bebida si comen y beben sin tasa? ¿Cómo no se quiere que existan en ellos graves causas de enfermedades y malos y corrompidos

humores? Toda la educación debe dirigirse a que se aumenten y robustezcan las fuerzas del alma y las del cuerpo; mas no parece sino que todo el talento de los cortesanos se emplea en que, quebrantadas unas y otras, sea al fin del todo inútil el príncipe para entregarse a los negocios. En primer lugar, le proporcionan mujeres para que le afeminen; procuran luego que no les dé el sol ni el aire si es un poco fuerte, que no haya para él trabajos y molestia alguna, que permanezca encerrado entre las paredes de su palacio como una doncella tierna y delicada, que evite la vista y el frecuente uso de los demás para que no se rebaje y se iguale con sus súbditos, sosteniendo con ellos conversaciones familiares, que no juegue ni haga ejercicio alguno que pueda aumentar ni conservar sus fuerzas. Como si no tuviesen más cargo que el de cebarle y satisfacer los caprichos de su apetito, instanle las mujeres a que coma disponiéndole platos hechos con raro arte que puedan excitar su apetito; y embotando así sus tiernas facultades, casi a cada hora le entran nuevas comidas haciéndose pesadas e importunas hasta que las prueba. Como si todo el toque consistiera en llenar al rey para que no pudiera moverse ni salir de su palacio, dirigen a conseguirlo todos sus esfuerzos, llevando hasta a mal que no coma tanto como piensan y pretenden. Añádense a esto los perfumes, los suaves olores, las fragantes pomadas con que excitan sus sentidos, el brillo de las piedras preciosas, lo muelle de sus adornos y sus trajes y los demás halagos con que se enervan hasta los más robustos, aun después de haber salido de la infancia. En medio de tantos placeres y de una vida tan afeminada, ¿quién podrá impedir que el príncipe se deje corromper por tan falsas dulzuras y debilite las fuerzas de su entendimiento? En cuerpos débiles y enervados no caben almas grandes ni fuertes; con el exceso del placer mengua el vigor de uno y otro como se derrite la cera al calor del fuego. Estando pues el cuerpo acostumbrado a los deleites, ¿cómo ha de sobrellevar sin quebranto los trabajos y las fatigas? ¿Cómo seguir el camino arduo de la virtud y no precipitarse al del vicio, que es más ancho y descansado? ¿Cómo se quiere que un cuerpo enfermo, inactivo, débil pueda emprender con calor una guerra ni dirigir, si conviene, sus ejércitos, ni ser el primero en arrostrar los trabajos, ni dedicarse siquiera con placer a los molestos y graves cuidados del gobierno? Dejará que se arruine la república antes que tomarse tan ímprobo trabajo. Educado en el ocio y a la sombra del palacio, es indispensable que huya de los negocios, que busque con afán los placeres, que crea que el principal fruto del mando y de la vida consiste en no tener cuidados y en no dejar pasar una hora sin que un nuevo deleite apague la sed de sus sentidos.

Podríamos citar muchos ejemplos de graves daños ocasionados al reino por príncipes que recibieron una educación tan afeminada y tan oscura: apenas ha habido época en España en que haya habido desordenes mayores que en tiempo de Juan II de Castilla, a pesar de reunir este Rey muchas y muy buenas facultades. Era este Rey alto y blanco de cuerpo, dulce de carácter,

amigo de la caza y de otros simulacros de guerra, bastante dado a las letras, pues compuso en romance versos de suave y fácil estructura. Estaba aun en sus primeros años cuando murió Enrique III, su padre; y para que no pudieran apoderarse de él los nobles, ni se ofreciesen ocasiones de innovar las cosas públicas, pasó más de seis años en el convento de San Pablo de Valladolid, es decir, hasta que murió su madre, que era su tutora. No sólo no se le permitió en todo este tiempo salir, no se le permitió siquiera admitir en su presencia otras personas que los individuos de su palacio y corte. Triste y miserable cosa, no ya sólo para el Rey, sino para el reino, que careciese de la vista de los pueblos el que había después de gobernarles, que no conociese siquiera a los grandes de su reino, que no tuviese libertad para oír ni para hablar a nadie, que hubiese de languidecer en una vida oscura y solitaria. ¿Qué puede haber ya más repugnante que el que nació para respirar el polvo de los campos de batalla esté como pollo en gallinero sin que los demás cuiden más que de cebarle y de engordarle? ¿Que viva a la sombra y entre mujeres el que debería tener el cuerpo endurecido por la sobriedad del trabajo, a fin de que pudiese resistir las causas de las enfermedades, sufrir en la guerra lo mismo el calor que el frío y estar siempre dispuesto para entender en los negocios públicos? ¿Cómo se entiende que se oculte a los súbditos el que desde niño debería estar acostumbrado a vivir en una gran celebridad y en medio de los pueblos, ya para que no temiese nunca a los hombres, ya para que se excitase y elevase a cosas altas su entendimiento, que en tan prolongado retiro o se debilita y enmohece o se llena de orgullo, teniéndose en mucho más de lo que es por no verse puesto con nadie en paralelo? ¿Cómo se entiende que se quebrante con deleites el ánimo del que noche y día debe presidir la república como desde una alta cumbre y mirar cuidadosamente por todas las clases del Estado? ¡Ay, que esa afeminación del Príncipe ha de redundar en mengua suya y en daño de sus súbditos! Como fue de niño y de joven será cuando llegue a mayor edad, y llevará siempre una vida tonta, lúbrica, entregada a la voluptuosidad y a los demás placeres. Nos lo enseña la historia de este mismo príncipe. Muerta su madre, tuvo que encargarse del gobierno del reino, y como si de las tinieblas o del seno de su madre hubiese pasado de repente a la luz, gobernó siempre deslumbrado, alucinado. Abrumábale la multitud de negocios, y estuvo siempre bajo el imperio de sus cortesanos, que es el mayor daño que puede venir a una república, y fue entonces causa de continuos y graves alborotos.

Pero denunciar los vicios es muy fácil; ¿quién podrá corregirlos? ¿Quién podrá persuadir al príncipe de que aun en la infancia los halagos son para la mujer y los trabajos para el hombre? ¿Quién se ha de atrever a decirle que es pernicioso una vida muelle y delicada delante de hombres que miden la majestad del imperio por la liviandad y los placeres y creen que el mayor premio del mando es poderse entregar a los deleites sensuales sin perdonar el estupro y el incesto, que creen hacer un grande obsequio a los príncipes

satisfaciendo sus antojos, o que ven por lo menos en esto una ancha entrada al honor y a la riqueza?

Decimos esto, no para que se escaseen al príncipe ni la comida ni el traje, cosa contraria a nuestras leyes españolas. Sígase el ejemplo general de la naturaleza, en la cual vemos a todos los demás seres animados procurando abundantes alimentos a sus hijos. No hay ciertamente cosa mejor para aumentar sus cuerpos y robustecer sus fuerzas. Cuídese, sin embargo, de que el príncipe no limite sus deseos a tener buena mesa y muy lucidos trajes, como sucede con los hijos de la gente pobre; procúrese hacerle levantar más alto el pensamiento y aspirar a mayores cosas, a fin de que, dejados a un lado los mayores cuidados, salga grande de espíritu y no se arredre ante las más difíciles empresas. Sea abundante la comida, y el vestido menos delicado que elegante, no sea que lejos de robustecer las fuerzas, languidezca el cuerpo en el deleite, y el alma se debilite entre la liviandad y el vicio. De la escasez como del exceso pueden resultar males y perjuicios graves para las naciones. Mas bastante llevarnos dicho ya sobre este punto; vamos a decir algo sobre el ejercicio del cuerpo.

CAPÍTULO V.

Del ejercicio del cuerpo.

Conviniendo ya en que no se deba dar a los príncipes una educación afeminada ni hacerles vivir oscuramente a la sombra de sus palacios, es innegable que se les debe ejercitar el cuerpo en continuos trabajos, a fin de que se robustezca, y excitar de continuo su alma haciéndole audaz e inflamándole en amor a las glorias militares, cosas todas con que se asegura la salud del cuerpo y se dispone el ánimo a cumplir todos los deberes que impone el pudor, la humanidad y la modestia. Nada hay más pernicioso que un príncipe perezoso y cobarde, consideración que movió al sabio y prudente legislador de los atenienses a dictar una ley por la cual habían de ser cuidadosamente instruidos sus súbditos en la lucha, en las letras y en la música. Vio ese eminente varón de la Grecia que para ser felices debían los ciudadanos procurar adquirir las fuerzas físicas y las intelectuales; vio que sólo conteniéndose dentro de los límites de la moderación y de la humanidad podían defender sus riquezas y sus libertades, bienes que así se pierden por flojedad y cobardía como por exceso de temeridad y atrevimiento; y para alcanzar que todos tuvieran aquellas dos virtudes estableció por un lado las luchas que habían de procurarles la fortaleza del cuerpo y la del alma, por otro ejercicios músicos y literarios que templasen sus costumbres y les

hiciesen buenos. No por otra razón estableció lo mismo Licurgo en la Lacedemonia, donde brilló la virtud más que en ninguna otra nación, por haber más que en ninguna otra un gran cuidado en ejercitar y en robustecer el cuerpo. Es admirable lo que nos cuentan acerca de la moderación y compostura de la juventud de Esparta. Estaban allí educados los jóvenes de modo que ni levantaban en público los ojos, ni volvían jamás la cara, ni daban señal alguna de ligereza y de inconstancia; miraban sólo lo que tenían delante, llevaban envueltas las manos en sus mismos trajes, cedían el paso a los ancianos, no pronunciaban palabra alguna obscena ni indecorosa, no oían en sus primeros años ni en sus coros ni en sus cánticos cosa alguna torpe ni lasciva. Conforme al pensamiento de Solón, prescribió también Aristóteles que se instruyese a los niños en las letras, en la gimnástica y en la música, añadiendo que se les enseñase el dibujo, no tan sólo para que no saliesen engañados cuando quisiesen comprar alhajas, pues a nadie conviene menos que al príncipe hacer servir los estudios en su provecho y adquirir sólo por espíritu de ahorro el conocimiento de las artes, sino también para que ocupasen sus ratos de ocio, que son los que más predisponen a los vicios, ya en pintar, ya en componer, ya en trabajar de algún modo los metales, y sobre todo, para que pudiesen conocer el mérito de las obras llenas de arte, de las imágenes que revelan ingenio, de los cuadros, de los vasos cincelados de oro y plata, de los grandes e imponentes edificios, cuya estructura parece haber debido superar las fuerzas de los hombres, mostrándose peritos en todos estos estudios no menos que en las demás artes que adornan la vida y sirven para gobernar bien la república, así en la paz como en la guerra.

Mas dejemos por ahora esto y no nos ocupemos aun de las letras ni de la música, de que hemos de tratar en otros capítulos. Por lo que toca al objeto de éste, digo que han de establecerse para el príncipe todo género de luchas entre iguales, en las que ha de intervenir, no ya sólo como espectador, sino como parte activa, procurando por de contado que sea sin mengua de su dignidad y su decoro. Elíjanse jóvenes, ya del mismo palacio, ya del resto de la nobleza, e invéntense simulacros a manera de luchas, donde, ya cuerpo a cuerpo, ya divididos en bandos, combatan entre sí, ora con palos, ora con espadas. Contiendan entre sí sobre quién ha de ser más veloz en la carrera o más diestro en gobernar un caballo, ora disparándole en línea recta, ora volviéndole y revolviéndole en mil variados giros; ténganse premios para el vencedor, a fin de encender más el certamen, y peleen a la manera de los moros, según la cual parte de uno de los dos bandos arremete contra el contrario, y después de haber disparado cañas, a manera de dardos, retrocede cediendo al empuje del enemigo, que es recibido por la parte del bando opuesto que quedó como de reserva, y se va así repitiendo la lucha hasta que se da uno de los bandos por vencido. Aprendan a montar además a caballo, poniéndose con ligereza en la silla, bien vayan sin armas, bien cubiertos de hierro, ejercicio que en las derrotas sirvió de mucho, no ya sólo a simples

soldados, sino también a príncipes y a grandes capitanes. Fernando el Joven, rey de Nápoles, después de haber sido vencidas y puestas en fuga sus tropas, perdió el caballo en que iba montado por haber sido herido; y a buen seguro que no hubiera salido tan fácilmente del peligro si armado como estaba de pies a cabeza, no hubiera podido pasar de un sallo a un caballo que le ofreció uno de sus súbditos, víctima de ese rasgo de desinterés, pero víctima noble, de grata memoria para los hombres y más para los dioses. En tiempos más antiguos, en el año 1208, Pedro, rey de Aragón, perdió el caballo peleando contra los moros en las fronteras de Valencia; y hubiera caído también indudablemente en poder del enemigo si Diego de Haro, que estaba con los infieles, olvidando en aquel momento las injurias recibidas del monarca de Aragón y de otros reyes cristianos, principalmente de los de León y de los de Castilla, no le hubiese prestado un caballo, a pesar de saber que había de atraerse con esto el odio de los moros.

No será menos útil que haya lucha sobre quién da más en el blanco, ya con flechas, ya con armas de fuego, señalando premios para el que primero acierte. Luchen entre sí a brazo partido y ostenten así sus fuerzas a la vista del príncipe; y siendo él el justipreciador, no estará oculta ni la cobardía ni la pericia de nadie. Son todos estos combates imitación y simulacro de la guerra, muy a propósito para ejercitar las fuerzas del cuerpo, muy útiles para fomentar la audacia, alejar de sí el temor y adquirir destreza. Conoció el elegante poeta latino cuán importantes son esas luchas cuando fingió que los hijos de los fundadores de Roma se dedicaban a estos ejercicios antes de fundarla, y nos dio en estos cuatro versos una viva y animada imagen de la juventud bien educada.

*Ante urbem pueri, et primaevo flore iuventus
Exercentur equis, domitantque in pulvere currus
Aut acres tendunt arcus, aut lenta lacertis
Spicula contorquent, cursuque ictuque laccessunt.*

Añádase a estos juegos la caza; enséñeseles a perseguir las fieras en campo abierto y a trepar por los montes; hágase que fatiguen el cuerpo con sed, con hambre, con trabajo. Procúrese que dediquen algún tiempo a danzas españolas, acostumbrándoles a tomar el compás al sonido de la flauta. Déjeseles jugar a la pelota y otros juegos, permítaseles que se diviertan y se rían con tal que no haya nada obsceno que pueda irritar su liviandad, nada cruel que desdiga de las costumbres y piedad cristianas. Con esas luchas fingidas se instruyen para las verdaderas; mas debe también procurarse que por querer ejercitar demasiado el cuerpo no se agoten las fuerzas de los niños, y menos las del príncipe. Deben ser los ejercicios más bien frecuentes que pesados; en estos, como en los demás actos de la vida, ha de haber siempre cierta moderación y regla. Así manda que se observe Aristóteles, asegurando que los que en su tierna edad ejercitaron violentamente el cuerpo han

adelantado poco por tener debilitada la salud y quebrantadas las fuerzas, como dejaban ver los juegos olímpicos, en los cuales era raro que alcanzasen el premio en su edad viril los que habían salido vencedores en su adolescencia.

De todas estas clases de luchas ha de escoger para sí el príncipe las que, además de ejercitar su cuerpo, pueden darle honra y fama por llevar en ellas ventaja a todos sus iguales, consideración que deberá guardar aun mucho más si ha de celebrarse el combate a presencia de muchos, pues ataca indudablemente el prestigio de la majestad real que salga el príncipe vencido y sea tenido por débil y cobarde. No entre nunca en certamen ni juego sino después de haber medido bien sus fuerzas, pues ha de evitar ante todo que en lugar de alabanzas no recoja el desprecio de sus súbditos. El príncipe y sus profesores deben además estar persuadidos de que no todos los juegos convienen a la dignidad real. Así, por ejemplo, no luchará mano a mano con sus rivales, ni permitirá que cualquiera pueda manosear su cuerpo ni torcerle ni derribarle, pues ha de ser considerado como cosa menos que santa y han de evitarse estos hechos por más que el juego los tolere y los consienta. En público no deberá tampoco el príncipe tomar parte en el baile ni aun con máscara, pues los hechos de los reyes no pueden nunca estar ocultos. ¿Cómo ha de convenir que mueva y agite sus miembros a manera de bacante? Mucho menos le ha de convenir aun salir a la escena, representar farsas, tocar el laúd ni tomarse ninguna de las libertades que tanto fueron acusadas en Domicio Nerón, cuya ruina apresuraron indudablemente, por creer sus pueblos inepto desde luego para el mando al que había degenerado en comediante. No debe tampoco asistir a representaciones ejecutadas por cómicos asalariados, porque sería invertir muy mal el tiempo y parecería olvidarse de su dignidad personal sancionando con su presencia un arte tan infame y pernicioso, de donde se recoge tan abundante cosecha de vicios. Sean pues los ejercicios del príncipe honestos, sean frecuentes, pero no violentos, y mírese por su salud, atiéndase a robustecer las fuerzas de su ánimo y de su cuerpo procurando que, lejos de rebajarse en nada su majestad, sirvan los mismos juegos para dar más brillo y grandeza a nuestra monarquía.

CAPÍTULO VI.

De las letras.

Conviene ejercitar el cuerpo del príncipe, robustecer con un trabajo asiduo su salud y sus fuerzas, alimentar en él la fortaleza y la audacia, hacerle perder en todo género de luchas el miedo a los peligros, de modo empero que no se descuide el cultivo de su alma, en que se ha de poner mayor cuidado por ser el espíritu de mejor condición y ser por consiguiente su cultivo de muchísima importancia. Nos esmeramos más en educar a nuestros hijos que a nuestros criados, cuidamos mucho más de nuestros caballos de regalo y de nuestras yuntas para la labranza que de nuestros perros, y acostumbramos dar a cada cosa su más o menos valor, según sea más o menos noble, o para nosotros más o menos útil. Nada hay en el hombre más excelente que su entendimiento; más y mayores cosas llevamos a cabo con nuestras facultades intelectuales que con nuestras fuerzas. Debe pues procurarse que ya desde la infancia vayan infiltrándose insensiblemente en el ánimo del príncipe los preceptos de nuestra santa religión y piedad cristiana, cuidando empero de que no se los den de golpe y no suceda que como todo vaso de boca estrecha rechace el líquido introducido en él con exceso. Procúrese que en sus criados y en cuantos le rodean no vea sino ejemplos de virtudes y no oiga más que las reglas de buen vivir, a fin de que permanezcan en su memoria impresas para toda la vida. Cuéntase de nuestra española doña Blanca, reina de Francia, que educó a su hijo Luis infundiéndole la idea de que vale mucho más morir que llegar a concebir un crimen; educación con que no es extraño que llegase aquél a ser santificado por la Iglesia. No hace muchos años he sabido por el mismo duque de Montpensier que cuando era niño no oía tampoco de boca de su madre otras palabras. Aunque pues sea aun el niño de tousco ingenio, enséñesele a conocer que hay un Dios en el cielo, por cuya voluntad se gobiernan las cosas de la tierra, que con él no son comparables en fuerzas ni en poder ni los reyes ni los más grandes emperadores, que es preciso obedecer sus santas leyes, que conviene que oiga y aprenda de memoria.

Excítense luego en su ánimo centellas de amor a la gloria, no a la gloria vana, pero sí a una gloria provechosa y duradera; hágasele ver cuán grande es el brillo de la virtud, cuán grande la fealdad del vicio. Háblese en su presencia y para que él lo oiga de lo bella que es la justicia, de lo repugnante de la maldad, de la vida futura, de la inmortalidad, de los premios y castigos que aguardan a los hombres según la vida que han llevado acá en la tierra.

Trascurridos ya los primeros años, se le debe dar una tintura de aquellas artes que, si empezase a conocer mientras es niño, aprendería con más facilidad

cuando ya joven; y no bien llegue a los siete, cuando se le podrá dar un maestro, que quisiera se escogiese entre los más grandes filósofos, pues para que un príncipe no tenga en todo sino una instrucción mediana, es preciso que el profesor sea de aventajada fama por la excelencia y severidad de sus doctrinas. Alcanzaríamos así más fácilmente lo que deseamos y es de todo punto necesario, alcanzaríamos que se redujese toda su enseñanza a un brevísimo compendio. Ha de ser este profesor, no sólo docto y elocuente sino muy morigerado para que pueda instruir al príncipe en lo mejor de las artes y en la más pura doctrina y le eduque en todos los deberes propios de los hombres de gobierno. No puedo menos de encarecer a la verdad la conducta de Filipo, rey de Macedonia, el cual puso tanto interés en educar a su hijo Alejandro, que escribió a Aristóteles, el gran filósofo de aquellos tiempos, que no agradecía tanto a los dioses inmortales haber tenido un hijo de su mujer Olimpia como haberle tenido en una época en que él le podría instruir en lo más selecto de las artes. No se contentó con escribirle, realizó además su pensamiento. Salió Alejandro de la escuela de Aristóteles tan gran varón como debe creerse que fuese el que unció bajo su yugo a todo el mundo, y dio leyes y gobierno a innumerables naciones, y las convirtió de salvajes en civilizadas. La doctrina de tan gran filósofo le templó el carácter, que era acre, violento y estaba inflamado de un modo extraordinario por el amor a la gloria. No debe atribuirse sino a la prudencia de su profesor el que haya llenado la tierra con la fama de su nombre, ni deben atribuirse más que a la vehemencia del carácter del alumno los actos de furor y de locura a que muchas veces se entregó, siendo generalmente más esclarecido durante la guerra que después de la victoria. Si no hay moderación en el valor, no es ya esta virtud, temeridad ha de llamarse.

En los primeros años de la juventud suelen despertarse los deseos; y para enfrenar la liviandad es indudable que ha de servir de mucho el estudio, pues es tanto el recreo que experimenta el ánimo cuando se eleva al conocimiento de las cosas, que ni se sienten las molestias del trabajo, ni los halagos de los placeres que tanto nos distraen y enajenan. No sin razón los poetas, después de haber sujetado a los dioses al imperio de Venus, quisieron que nada pudiese Cupido ni con Minerva ni con las musas que presiden todo género de estudio. Sería cosa larga y enojosa querer descender a detalles; mas a la temeridad, a la avaricia, a la ambición, a toda clase de liviandades y torpezas ¿qué les ha de poner freno sino son las letras? Hágase que el príncipe oiga y lea ejemplos, y se irá fortificando su ánimo en las verdaderas virtudes.

Deben pues echarse con el mayor cuidado los primeros fundamentos de la enseñanza. Aprenda el niño a leer con desembarazo cualquier género de letra, ya esté bien, ya mal escrita; adquiera el conocimiento de los nexos y hasta de las abreviaturas para que no tenga nunca necesidad de que otro le lea las cartas ni los expedientes que de todas partes vayan a sus manos, cosa que le ha de ser muy útil para que no haya de vender nunca sus secretos. Aprenda a

escribir, y no descuidadamente, como acostumbraron a hacer la mayor parte de los nobles, sino elegantemente y con gracia, para que haciéndolo con más gusto y sin fatiga, no deje de escribir por pereza en los días de su vida. Por más que parezca esta enseñanza de poca importancia, es preciso que ponga en ella el profesor toda su habilidad y cuidado, y aun si conviniere, que consulte a los peritos en el arte y hasta implore la ayuda ajena para que correspondan los frutos al trabajo y no queden burladas sobre la erudición del príncipe las esperanzas de los ciudadanos. Désele los primeros rudimentos de la gramática, sin cargarle la memoria con las inoportunas sutilezas de los que de ella han escrito, pues sólo así se evitarán la dilación y el tedio; déjense a un lado los preceptos inútiles, y no se le haga aprender sino lo necesario, procurando aun que esto lo haga movido por la dulzura de los elogios y la cortesía de sus profesores. En lo que debe ponerse más ahínco es en explicar los autores y en hacerle escribir y hablar en latín, pues con ejercicios más que con preceptos, y sólo con un uso nunca interrumpido se ha de lograr que le sea la lengua latina tan familiar como la de Castilla. Entre los autores históricos creo que podrán explicarse con ventaja al príncipe a César, Salustio y Tito Livio, que en la narración de los hechos suelen ilustrar con muchas y muy luminosas sentencias la elegancia del estilo. Fortalecido ya en el estudio, y cuando tenga mayor pericia, añádase a la explicación de los autores dichos la de Tácito, de difícil y erizado lenguaje, pero lleno de ingenio, que contiene un gran caudal de sentencias y consejos excelentes para príncipes, y revela las mañas y los fraudes de la corte. En los males y peligros ajenos que describe podemos contemplar casi como en un espejo la imagen de nuestras propias cosas; así que es autor que no deberían dejar nunca de la mano ni los príncipes ni los cortesanos, y le habrían de estar repasando día y noche.

No deberá tampoco el príncipe dejar de leer los poetas. Aprenda a admirar el ingenio y los graves y elegantes conceptos de Virgilio; aprenda a admirar las sentencias, urbanidad y finos y admirables chistes de Horacio, evite tan sólo leer y oír a los que pueden corromper las costumbres, por recordar cosas feas y lascivas, y son obscenos e insolentes, a pesar de escribir con mucha elegancia y dulzura, poetas que desgraciadamente abundan y han de dañarle si les presta atento oído. El veneno de los versos lascivos gana pronto los ánimos; envuelto bajo hermosas formas, antes produce la muerte que pueda pensarse en el remedio. Si grandes filósofos han prescrito que se alejen de la vista de los jóvenes todas las pinturas que puedan excitar sus torpes apetitos, ¿qué no deberemos decir de los versos obscenos? Porque una poesía es una pintura viva, que nos impele mucho más al vicio que los cuadros de los más eminentes artistas. Los poetas que consagran su pluma a cantar sólo placeres, no sólo del palacio, sino de todo el reino, serían alejados si se me creyese a mí, que los tengo por el peor contagio que puede existir, así para corromper las virtudes como para depravar el ánimo.

No hay ahora para qué hablar de los escritos de Cicerón. Es sabido que este grande hombre, sobre ser el padre de la elocuencia romana, dejó a la posteridad muy saludables preceptos para el gobierno del Estado. Se han perdido sus libros *De republica*; pero en otras muchas de sus obras se conservan aun importantísimos consejos para la dirección de los negocios, y sobre todo en aquella carta que dirige a su hermano Quinto, y empieza *Etsi non dubitabam*, admirable en su género y digna de ser apreciada como una explicación la más amplia y juiciosa. El príncipe debe esmerarse en imitar la gracia y elegancia de esos autores, y como en todas las cosas de su vida levantar muy alto sus deseos, pues adelantará así mucho más que si aspira a una simple medianía, desesperando de hacer grandes progresos. Escriba mucho y muy distintas cosas, ya cartas, ya discursos, ya versos, si se lo permiten sus disposiciones intelectuales y sus horas de ocio, procurando puntuarlo todo bien y no escribir letras mayúsculas sino donde lo pidiere la significación de las palabras y el lugar que ocupen, pues no se ha de mirar con descuido en aquella edad nada que no pueda enmendarse en las siguientes. Traduzca del latín al español y del español al latín, que le servirá de mucho para aumentar su facilidad y soltura en hablar las dos lenguas; le dará las verdaderas formas del discurso, en que estará versado, le proporcionará facundia de lenguaje, y le enseñará a componer y a usar figuras, que lejos de ser rebuscadas, nazcan con espontaneidad del tesoro de su entendimiento; se conformará así, por fin, tanto en el escribir como en el hablar, a los buenos modelos de la gravedad y de la elegancia antiguas. Quiero que no se contente con escribir, que oiga hablar latín y tome parte en eruditas conversaciones, que hable no poco ni pocas veces con sus iguales, medios con que podrá adquirir facilidad para revolver las historias antiguas, entender a los oradores extranjeros, que hablan casi siempre el latín, contestar en pocas palabras, pero graves y selectas. No quisiéramos a la verdad que el príncipe perdiese mucho tiempo, ni languideciese en los estudios; mas esto podrá alcanzarse fácilmente, con tal que el profesor cuide de que por una constante práctica llegue a ser para él la lengua latina una lengua familiar, cuasi su lengua patria. Para esto convendría no poco que se le diesen en número no escaso compañeros de escuela, pues no apruebo que aprenda solo ni con pocos; y a mi modo de ver, sería de desear que ya desde un principio se acostumbrase a estar con muchos y a no temer los juicios de los hombres para que no se deslumbrase ni cegase, como es necesario que suceda, al pasar de las tinieblas a la luz del trono. Si recibe la enseñanza solo, no aprenderá sino lo que directamente le enseñen; mas si en la escuela, aprenderá lo que se enseñe a él y a los que le rodeen. Procúrese que todos los días se aprueben unas cosas en unos, y se corrijan otras en otros, y no dejará de servirle de provecho ver alabada por una parte la aplicación, reprendida por otra la desidia. Se despertará en él la emulación, empezará a tener por indecoroso saber menos que sus iguales, por glorioso aventajarles, y se irá así encendiendo y levantando su ánimo. Es la ambición un vicio; mas, como dice elegantemente

Fabio, vicio que es frecuentemente causa de virtudes. Llamó Augusto, dice Suetonio, a Verrio Flaco para que fuese profesor de sus nietos, y Flaco se trasladó con toda su escuela al palacio de los emperadores. Tiene esto, además de las dichas, otras muchas ventajas. Apenas conviene azotar al príncipe, por ser ya esto servil y vergonzoso; mas ¿será tan malo que oiga y vea como ya se reprende a los demás, ya se les castiga en casos necesarios con golpes o de otra manera, capaz de atormentar el cuerpo? Con las faltas ajenas ¿cómo no ha de hacerse más instruido y cauto? Podrá suceder además que entre sus compañeros haya uno que otro práctico en hablar latín; y es indudable que si se les hace emplear esta lengua en todas las conversaciones familiares, se tendrá mucho adelantado para que hable el príncipe en latín como podría hablar en castellano. Es extraordinario lo que se puede adelantar por este medio.

Persuádase, por fin, al alumno de que las letras no desdican de la dignidad de un príncipe; procúrese hacerle ver que con ellas, sobre todo si se las adquiere en los primeros años, puede granjearse una grande ayuda para administrar los negocios en el resto de su vida. No ignoramos a la verdad que principalmente en España han existido grandes príncipes, que en su menor edad han cultivado poco o nada las letras. Tenemos ahora recientemente el ejemplo de Fernando el Católico, que no sólo ha logrado arrojar a los moros de toda España, sino también sujetar a su imperio muchas naciones; mas ¿quién duda que si a su excelente índole se hubiese añadido el estudio hubiera salido mucho más grande y aventajado? Justa y prudentemente su tío Alfonso, rey de Aragón y Nápoles, honra y lumbrera de España, habiendo oído de cierto monarca español que no convenía el estudio de las letras a los príncipes, dijo que aquellas no eran palabras de rey, sino de buey, y conociendo de cada día más la importancia de las ciencias, no sólo las tuvo en mucho, sino que tuvo también en mucho a los que en ellas se aventajaban; y aunque ya de edad muy avanzada, se ponía en sus manos para que le corrigieran y enmendaran. Trató familiarmente a Lorenzo Valla, a Antonio Panhormita, a Jorge Trapezunto, varones inmortales, y sintió mucho la muerte del malogrado Bartolomé Faccio, de quien existen aun los comentarios sobre el reinado de ese mismo Alfonso.

CAPÍTULO VII.

De la música.

Tiene además la música grande influencia, ya para deleitar los ánimos, ya para excitar en nosotros los más contrapuestos deseos, cosa nada extraña si se atiende a que estamos musicalmente organizados, como consta por las pulsaciones de las arterias, la formación del feto en el útero, el parto mismo y otros fenómenos constantes de la vida. Se recitan versos; y sujetas las palabras a compás y a medida, halagan con increíble suavidad nuestros oídos. A la manera del aire que pasa comprimido por las estrechuras de la flauta, se desarrollan con placer los conceptos de nuestro entendimiento por entre las angosturas del verso y de la rima. Se canta expresando los variados afectos y movimientos de nuestra alma, y nos sentimos al instante bañados en una gran dulzura, y se nos mitigan con aquel deleite los cuidados, y se nos suavizan las más ásperas costumbres del mismo modo que se ablanda el hierro con el calor del fuego.

Refiere Polibio en el lib. iv de su *Historia Romana* que los árcades, pueblo del Peloponeso, trataron de dulcificar con la música la dureza que imprimía en sus costumbres el rigor del clima, la tristeza de su horizonte y los grandes trabajos a que debían dedicarse para cultivar los campos; que para este objeto se ejercitaban en ella los ciudadanos hasta la edad de treinta años, y que los cinetenses, parte de ese mismo pueblo, por haber despreciado ese medio se precipitaron a grandes crímenes y se atrajeron por la fiereza de sus costumbres un gran número de calamidades. No quisieron, por otra parte, sino significar esta misma influencia de la música los antiguos poetas, cuando supusieron que Orfeo amansaba las fieras con el canto, y Amfion con su cítara había hecho concurrir las piedras a la construcción de los muros de la ciudad de Tebas. Como llevamos dicho ya, no sólo sirve la música para el deleite, sino también para excitar de diversa manera los afectos, fenómeno de que tenemos una prueba en lo que cuentan sucedió a Alejandro el Grande, que estando un día en la mesa oyendo a Timoteo que cantaba las hazañas de Ortio, entrando de repente en furor, al arma, al arma, exclamó, y se salió dejando olvidados los platos que para él había preparados. Añádese que le calmó al instante Timoteo mudando de tema y tono, cosa que no me detendré ahora en averiguar si debemos tener por fabulosa o cuando menos por exagerada. Conviene, sin embargo, recordar que Plutarco, en su libro último sobre la música, asegura que tumultos populares y enfermedades agudas han sido más de una vez calmadas con el auxilio de la música. ¿No consta, por otra parte, en la Escritura que con sólo tocar David el arpa redujo a la sana razón el entendimiento del rey Saúl, poseído de malos y funestos arrebatos? Calmado

a la verdad su afán con la dulzura de la música, ¿cómo habían de tener igual poder los espíritus malignos para atormentarle? Las imágenes de nuestros afectos están expresadas por los distintos compases de la música de una manera mucho más viva que por la pintura muda, inmóvil, inerte, sin grande influencia en nuestros ánimos. La imagen de un hombre airado pintada en una tabla no nos inflamará por cierto en ira, cosa que podemos afirmar hasta de las demás figuras, por grande que sea la destreza con que están representadas en el lienzo; mas con la música se expresan de una manera tal nuestros afectos, que se excitan a la vez por cierto poder admirable en los ánimos de todos los oyentes.

Por uno y otro motivo creo que la música debe ser tenida en mucho, y como tal enseñada al joven príncipe, a no ser que se apruebe la fiereza de aquel rey de los escitas, que estando en la mesa y habiendo mandado cantar a Ismenia, dijo a los demás que la oían con sumo placer y encarecían las altas facultades del artista que para él era mucho más agradable el relincho del caballo que todos los cantos de Ismenia, palabras con que no hizo más que revelar cuán rudos y fieros habían de ser su ánimo y carácter. No sin razón grandes filósofos, autores de instituciones públicas, quisieron que se ejercitase la juventud en aquel arte para que, suavizadas las costumbres con la dulzura de la armonía, fuese aquella más social y humanitaria. Conviene pues que se enseñe la música a los príncipes, primero para que sus asiduos trabajos vayan mezclados con suaves y agradables placeres y puedan mezclar lo festivo con lo grave, único medio de alcanzar que no les rindan el cansancio ni la fatiga. Abrumado además el ánimo por graves cuidados y acostumbrado el cuerpo a los ejercicios de la caza y de la guerra, sería muy fácil que se hiciesen los reyes ásperos y crueles si las armonías de la música no resucitaran en ellos esa benignidad y mansedumbre que tan útiles son para que se capten la benevolencia de los ciudadanos. Pero hay aun más, porque en el canto pueden aprender los príncipes cuán fuerte es la influencia de las leyes, cuán útil el orden en la vida, cuán suave y dulce la moderación del ánimo. Así como pues unidos de una manera casi indefinida por sonidos medios los sonidos graves y los agudos resulta una música suave, y una voz despedida sin compás hiere desagradablemente el tímpano del oído, haciendo conspirar a un solo punto todos los afectos sin reprimirlos más de lo que conviene ni relajarlos fuera de medida resulta también una admirable armonía, que arrebatada los ánimos de cuantos nos rodean. Si en la organización general de la república, y sobre todo en la constitución de las leyes, guardan unas disposiciones con otras el debido acuerdo, creemos, no sólo que ha de existir esa admirable armonía, sino también que ha de ser esta más suave que la que resulta de la dulzura de las voces y de la combinación de los sonidos. No sólo pues ha de cultivar el rey la música para distraer el ánimo, templar la violencia de su carácter y armonizar sus afectos, sino también para que con la música comprenda que el estado

feliz de una república consiste en la moderación y la debida proporción y acuerdo de sus partes.

Deben, sin embargo, evitarse sobre este punto tres vicios capitales. Evítese, sobre todo, que mientras el príncipe busque en la música un deleite, no se destruya la armonía de su ánimo por ser lascivas y obscenas, ya la letra de los cantares que la acompañan, ya la misma combinación de los sonidos, como acontece en nuestros tiempos, donde está tan afeada por la liviandad la más hermosa arte que se ha conocido, que no hay ya casi honestos oídos que puedan tolerarla y escucharla. Corrompen por sí solos el ánimo los discursos torpes y afeminados, y es evidente que si van sujetos a medida y compás, han de ejercer una más fuerte y perniciosa influencia, pudiéndose casi asegurar que no haya quien resista el mal si son dulces y suaves las armonías en que van envueltos. Pensamientos expresados en bellos versos aguzados por la música ¿cómo no han de adherirse con más violencia que el dardo que dispare la más robusta y vigorosa mano? Por esto Aristóteles y Platón establecieron sabiamente que no fuese cada cual libre para cantar las canciones que quisiere, sino tan sólo para cantar las que despertasen piadosos afectos y fuesen propias de pechos varoniles y constantes; por esto Alejandro, llevado a Troya para que viese los monumentos de los que murieron en aquel vasto campo de batalla, rechazó lejos de sí la cítara de Paris, diciendo: no es esa la que quisiera yo; quisiera sí la de Aquiles. Palabras notables y dignas de Alejandro, con las que manifestó cuán impropio es de un rey todo lo lánguido y afeminado, aun hablándose de cantos y de instrumentos músicos, por ser siempre motivo de mayores males. La música lasciva y disoluta debe pues ser desterrada, no sólo del palacio de los príncipes, sino también del reino, si queremos que se conserven puras las costumbres y no mengüen la fortaleza ni la constancia en el pecho de los ciudadanos. ¿No es cosa vergonzosa que en un pueblo cristiano se celebren con la música y el canto las hazañas e intrigas de Venus y resuenen hasta en los mismos templos tan obscenos himnos?

No debe, por otra parte, poner el príncipe tanto cuidado en la música, que parezca olvidar las demás artes con que debe ser gobernada la república. Todas, con tal que sean útiles, deben estar bajo su tutela y patrocinio; mas no debe entregarse entra éstas a las que sean bajas, serviles y propias sólo de esclavos a no ser que se le haya de enseñar a evitar con honestos ejercicios el ocio, que puede traer consigo todo género de vicios. Convendrá que estudie algunas moderadamente, sobre todo si producen placeres inocentes y excitan nobles pensamientos; mas nunca de modo que consuma en ellas toda su atención y un tiempo debido exclusivamente a la república, cosa que, además de ser un gran crimen, no se hace generalmente sin perjuicio del Estado. Hay, en cambio, otras artes, a que deberá consagrar todas sus facultades, y son las que sirven para defender la nación y colmarla de los más pingües beneficios. La música no es un arte vil, sino liberal y noble, mas no tampoco tan importante que en ella pueda ponerse la salud y la dignidad de los imperios.

Dedíquese algún tiempo, más por vía de recreo, es decir, para sazonar los trabajos y desvelos, no tomándolo como una cosa seria. Ha de examinar, por fin, el príncipe qué parte de la música ha de oír y si hay alguna que pueda ejercitar él mismo. Creo muy oportuno seguir la costumbre de los medos y de los persas, cuyos reyes se deleitaban con oír tocar o cantar, sin hacerlo nunca ellos mismos ni manifestar en este arte su pericia. Entre los dioses de la gentilidad no se ha pintado nunca a Júpiter cantando ni tocando la cítara con el plectro, aun cuando se le haya supuesto rodeado de las nueve musas, hecho que se dirige a probar que el príncipe no debe ejercer nunca el arte por sí mismo. No doy yo a la verdad grande importancia a que se piense del uno o del otro modo; mas no podré nunca convenir en que el príncipe se dedique a tocar ciertos instrumentos, que son para un hombre de su clase poco decorosos y dignos. No tocará nunca, por ejemplo, la flauta, que se dice haber sido rechazada por su misma inventora Minerva, quizás por ver cuán fea pone la boca; y a mi modo de ver, no ha de tocar nunca instrumento alguno de viento. No debe tampoco cantar, principalmente delante de otros, cosa que apenas puede tener lugar sin que su majestad se mengüe; concederé cuando más que se satisfagan en este punto sus inclinaciones cuando no haya jueces ni esté sino delante de unos pocos criados de su casa y corte. No creo tampoco que desdiga de un príncipe tocar instrumentos de cuerda, tales como la cítara o el laúd, ya con la mano, ya con el plectro, con tal que no invierta en este ejercicio mucho tiempo ni se jacte de tener en él mucha destreza. Bellamente un noble cantor antiguo, oyendo al rey de Macedonia Filipo, que hablaba de lo ingeniosísima que es la música, nunca, oh rey, le dijo, te quieran tan mal los dioses que llegues a vencerme tú en el canto. Palabras con que el Rey dejó aquella inoportuna ambición y aspiró por vías enteramente contrarias a alcanzar elogios. Del grande emperador Alejandro Severo decía por otra parte Lampridio: Conoció y ejerció la geometría, pintó admirablemente, cantó con singular habilidad e ingenio, mas no teniendo nunca por testigos sino a sus mismos hijos. Y en otra parte: Tocó la lira, la flauta, el órgano y hasta la trompeta; mas no lo dio nunca a conocer al pueblo.

CAPÍTULO VIII.

De otras artes.

Concluida ya la primera época de la vida y echados los cimientos del estudio de la lengua latina, habrá de pensarse en las demás artes liberales, sobre todo en las que más están conformes con la dignidad y nobleza de los reyes. Convendrá mucho que el príncipe se instruya en todas ellas o en la mayor parte, si el tiempo da de sí para ello y no faltaren al alumno facultades

naturales robustecidas por una buena educación desde la infancia. Cuanto más alto es el lugar que los reyes ocupan, tanto más debe presentarse a los ojos de la república con grande abundancia de conocimientos, a fin de que sea tenido por los súbditos como una especie de deidad superior a la condición humana. No quisiéramos, en verdad, que en una reunión dada pidiese el príncipe que se sentase una cuestión y se echase a disputar sobre cualquier tema como hacen los sofistas, pues no ha tampoco de consumir mucho tiempo a la sombra y en el ocio de las letras el que tiene a su cargo la salud pública y lleva sobre sus hombros el peso de tantos y tan gravísimos negocios. Si empero pudiese recorrer el círculo de todas estas ciencias de modo que no se detuviese mucho en cada una de ellas y abrazase sólo sus puntos más capitales e importantes, es indudable que sería mucho más esclarecido y grande. Así como los que para conocer muchas instituciones y costumbres salen a recorrer lejanos países pasan en cada ciudad sólo el tiempo suficiente para adquirir ese tacto que dan el uso y el conocimiento de las cosas, conviene que tome el príncipe de cada ciencia cuanto pueda servirle para el uso de la virtud y el perfecto conocimiento del desempeño de su cargo. Si se diese pues a querer investigar todos los pormenores de las ciencias, no hallaría para su enseñanza término posible; y es de todo punto indispensable que dé a su estudio los límites que la utilidad aconseje, renunciando a aprender y tratar con mayor cuidado aquellas cosas que requieren ya mucho más tiempo. Sólo así podrá sacar de la instrucción grandes e importantes frutos.

No ha de envidiar nunca el príncipe los elogios de Crisipo, que encontraba tanto placer en el estudio, que no pocas veces llegaba a olvidarse del alimento de su cuerpo, ni los del siracusano Arquímedes, tan absorbido en trazar líneas en la arena, que sintió sobre sí la espada del enemigo antes de saber que fuese su nobilísima ciudad tomada y devastada. Cosa ciertamente muy digna de la admiración de todos los siglos, mas sólo en los particulares, no en los príncipes, en quienes sería una aplicación tal vergonzosísima. No todas las cosas convienen siempre a todos. Guárdese aun más de imitar la fatuidad de Alfonso el Sabio, que, hinchado por la fama de su sabiduría, cuentan que acusó a la divina Providencia de no haber sabido construir el cuerpo humano; palabras necias que castigó Dios llevándole al sepulcro entre continuas calamidades. Esta conducta ha de repugnarle, y aun más la del marqués de Villena, tan adelantado en los estudios, que no se abstuvo siquiera de entrar en la magia sagrada; falta que debe hallar siempre castigo en el brazo de Dios y en la infamia que los hombres han de hacer recaer sobre su frente. Parecían sabios los dos, mas ni uno ni otro supieron mirar por lo que convenía a sus grandes intereses. Enséñense, pues al príncipe todas las artes liberales o la mayor parte, pero sólo en resumen, evitando la prolijidad, la pérdida de tiempo.

Póngase mucho cuidado en que aprenda la retórica, que puede servirle de adorno y no de poca ayuda para todos los negocios del Estado. Ya pues que

nos distinguimos de los demás animales por la razón y por el uso de la palabra, es evidente que ha de ser muy digno de grandes príncipes aventajarse mucho en ésta a los demás hombres. ¿Por qué hemos de consentir que los reyes, que deben ser en todo lo más esclarecidos e ilustres posible y no tienen en su palacio nada que no sea perfecto y elegante, sean toscos e incultos precisamente en sus palabras? ¿Hay acaso púrpura que tenga más hermosura, ni oro ni piedras preciosas que más brillen que las galas de la elocuencia? ¿Qué puede haber más elegante que un discurso lleno de brillantes palabras y luminosas sentencias? Es preciso que resplandezca en todo el que ha de dar luz a todo un reino. Conviene que el alma esté adornada de ciertas virtudes, pues sólo así pueden brotar de ella discursos llenos de esplendor y brío. Tienen además estas prendas del alma una fuerza increíble para atraer los ánimos de los súbditos y llevar adonde quiera la voluntad del pueblo. Sin ellas ¿qué sería el gobierno? No manda el príncipe a sus súbditos como esclavos, sino como hombres libres; y éstos no han de ser gobernados tanto por las amenazas y el miedo cuanto por la convicción de que han de redundar los hechos de sus reyes en beneficio público. Debe pues dirigírseles de vez en cuando la palabra para que hagan con mayor ímpetu y ardor lo que deba hacerse y no consientan en que otros les ganen en actividad y celo. El príncipe que no tiene bien expedito el uso de su palabra, ¿cómo podrá arengar a sus tropas ni encenderlas en deseo de entrar en batalla, facultad que constituye una de las principales cualidades de los grandes capitanes? ¿Cómo ha de persuadir en tiempo de paz a los ciudadanos que no deben pensar más que en ayudar la república y vivir entre sí acorde y fraternalmente unidos? Sabemos cuán saludable fue la elocuencia de muchos príncipes, cuán perjudicial a no pocos la dificultad en arengar al pueblo. No pudieron querer significar otra cosa los antiguos cuando fingieron que el Hércules céltico traía unida a sí a la multitud con ciertas cadenas que iban desde su boca a los oídos de sus espectadores, cadenas en que vienen simbolizadas la fuerza de la palabra y la facundia. Propondríanse con esto indicar que debían dejarse a un lado los medios materiales. ¿Qué es lo que contrarió la suerte de Juan II de Castilla, envolviéndole en todo género de calamidades, sino su dificultad en hablar, con que se enajenó la mayor parte de los ciudadanos y ofendió a los portugueses, a cuyo gobierno aspiraba, dificultad natural, pero que hubiera podido indudablemente corregir en sus primeros años? A medida que se van adquiriendo conocimientos va creciendo el caudal de las palabras y haciéndose más fácil organizar discursos. Los príncipes no pueden pública ni privadamente hacer mercedes a todos, ni aun dejando del todo exhausto el erario; y han de procurar que, ya que no con beneficios materiales, puedan a lo menos con palabras, cosa de que tan abundantemente nos ha provisto la naturaleza, conciliarse las voluntades de los súbditos e inflamarles en el deseo de agradar y merecer bien del príncipe. Y no me parece a la verdad difícil adquirir un arma tan ventajosa, pues la elocuencia se alcanza más fácilmente

con la práctica que con muchos preceptos. Exige facultades naturales, pero poco arte.

Quisiera además que se ejercitara al príncipe en el arte que explica las cosas definiéndolas, las divide en partes, las confirma con razones y argumentos, y examina agudamente qué es lo que hay en toda cuestión de verdadero, qué de falso, qué de probable, qué de inverosímil, arte llamada dialéctica porque nos da armas para la discusión y la disputa. Y lo quisiera, no para que imitase la inoportuna locuacidad de los sofistas ni vocease ni declamase aun entre sus iguales, cosa contraria a la dignidad, a la sinceridad y a la sencillez propias de los reyes, sino para que aprendiese a discernir en toda deliberación lo verdadero de lo falso, y supiese ilustrar las cosas oscuras, y ordenar lo confuso, y refutar la ficción y la mentira, y probar su opinión con sólidas razones, y eludir, por fin, los argumentos de los adversarios. Para cumplir con el principal deber de un rey, que consiste en aborrecer de muerte la falsedad y defender la verdad con todas sus fuerzas, ¿qué puede haber más a propósito que aquella ciencia que se opone a todo fraude e investiga generalmente la verdad en todos los negocios de la vida? Debe proponerse ante todo el rey que vivan felices los que están bajo su imperio, y es sabido que la felicidad de la vida sólo está contenida en los verdaderos bienes. Sin el estudio de esa ciencia, ¿no es fácil que se deje engañar por falsas apariencias? Abraza pues y cultive la dialéctica, que suele distinguir de la verdad su falsa imagen, poner en claro el fraude y el engañoso brillo del discurso, inutilizar las asechanzas de los sofistas y dar en el blanco de la dificultad en toda cuestión que se suscite. Es además la dialéctica el fundamento de la elocuencia, porque el fin del orador es persuadir, y la razón no se alcanza sino con fuerza y copia de razones, y las fuentes de esas razones sólo las descubre el ojo de esa ciencia. Enseña la dialéctica el modo cómo se han de presentar los ejemplos, enlazar unas con otras las pruebas, sacar las consecuencias, y es evidente que sin ella todo discurso ha de parecer débil y enervado. Sirve admirablemente a todas las ciencias que proceden con razón y método, ora se trate de la naturaleza de las cosas, ora de Dios y de las cuestiones sagradas. Aguza, por fin, el ingenio y mueve a examinar y juzgar con precisión de todo, bien se estudien otras artes, bien se haya de constituir la república, bien organizarla y regirla como exige la prudencia.

Entre las ciencias matemáticas, que son también contadas en el número de las artes liberales, llevan a todas ventaja por su nobleza y certidumbre la geometría y la aritmética, que son de grande aplicación para toda clase de estudios y negocios. Sirve la geometría para medir los campos, colocar los árboles al tresbolillo, construir edificios, fortificar según la ciencia castillos y baluartes. ¿Quién ha de poder sin ella enlazar de improviso con puentes las orillas de los ríos, construir parapetos y galerías, organizar, por fin, máquinas de guerra?

En todo lo que se refiere además al embellecimiento de la vida domina la pintura, la escultura y el arte de la joyería; y en todas éstas lo bello no se distingue de lo feo sino en la armonía o falta de armonía que hay entre las partes y el todo, es decir, en la unidad o falta de unidad que presentan. Es propio de artistas procurar estos resultados, mas nunca debería tomarse a mal que el príncipe se dedicase a esa industria, según lo permitieren las circunstancias. Si por sí mismo pudiese llegar a juzgar de cada una de esas artes, habría conseguido indudablemente un gran medio, ya para deleitar el ánimo, ya para resolver lo que relativamente a ellas ocurriere. Deben empero guardarse bien de no consumir en esos adornos el tiempo que exigen de él los negocios de la república, y discernir, por lo contrario, los tiempos de ocio de los tiempos de trabajo.

Sin la ciencia de los números ¿cómo contará el ejército en la guerra? ¿Con qué orden sentará sus reales? ¿En virtud de qué reglas distribuirá sus soldados en orden de batalla según sea el número a que asciendan? ¿Cómo podrá saber qué refuerzos puede mandar a los puntos que flaqueen por el mayor empuje de los enemigos? Sin esta ciencia no podrá siquiera distribuir premios según los méritos relativos de cada uno de sus súbditos, pues la equidad y la justicia en distribuirlos depende en gran parte de que los dé a prorrata y según el número de los agraciados; sin esta ciencia no puede siquiera observar constantemente el derecho. Pues y en tiempo de paz ¿qué cuenta llevará de los tributos el que ignore absolutamente la aritmética? Un padre de familia no puede cumplir con su deber si en su casa no examina atentamente para cuánto dan los ingresos, cuántos son los gastos, qué diferencia resulta entre su activo y su pasivo; y es evidente que un rey, si no tiene bien examinado a cuánto ascienden sus rentas, faltará a cada paso, y en medio de los armamentos tendrá que abandonar la empresa por falta de dinero, y dará más de lo que puede, y negará tal vez lo que puede conceder sin dificultad alguna. No es pues justo que lo que se ha de gastar para tranquilidad del Estado se invierta para usos particulares o para una magnificencia inútil o para cosas de pura fiesta y de recreo; ni lo es que los recursos de la república se empleen para aumentar el poder y las riquezas de unos pocos hombres. Conviene pues que el rey sea muy celoso en el examen de las rentas y en la conservación del erario público. Sepa y entienda que los tributos pagados por el pueblo no son suyos, que no van a parar a sus manos sino para que los consuma en la salud del reino.

Hemos de hablar, por fin, de aquella ciencia que tiene por objeto contemplar los astros. ¿Permitiremos acaso que el príncipe carezca de tan ilustre conocimiento? ¿Es acaso poca la utilidad que resulta de la contemplación del cielo? Se eleva el ánimo a cosas más grandes, se temple el orgullo, se es más prudente en los actos de la vida. El que observa pues la grandeza de las cosas celestiales mira con desdén lo que tiene en la tierra mayor importancia a los ojos de los hombres; el que observa atentamente con qué regularidad

describen sus curvas las estrellas se eleva fácilmente al conocimiento de Dios y al de su sabiduría. Conoce el poder del Criador de cuyas manos salieron tan inmensas moles, conoce lo bueno que ha sido para la especie humana destinando para nuestra utilidad todas las maravillas del cielo. En virtud de estas consideraciones, crece más y más todos los días en piedad, rinde todos los días a nuestra santísima religión un más sentido culto, se persuade todos los días nuevamente de que hay un Dios que creó y gobierna aun por su mano la naturaleza. Levante el hombre los ojos al firmamento, vea cuán anchamente se extiende la bóveda del cielo, qué inmensos y seguros círculos describe desde que el mundo es mundo; el tiempo que tarda el sol en recorrer su órbita es de un año, de un mes el de la luna; la luz y las tinieblas se suceden, y siguen en todas partes y en todos tiempos unos mismos períodos; tras el movimiento viene el reposo, tras el reposo el movimiento. Mas no era este lugar a propósito para hablar de cosas tan altas; dejemos que los astrólogos discurran con más latitud sobre este punto y expliquen qué astros sirven para la navegación, qué astros determinan el tiempo en que se ha de arar los campos, sembrarlos y segar las mieses. Me contentaré con añadir que los rudimentos de esta ciencia parecen del todo necesarios para que el príncipe conozca las diversas regiones del cielo y pueda apreciar las diferencias entre las provincias del reino por razones geográficas y por lo que arroja de sí la descripción de aquellas mismas regiones, cosa necesaria para el gobierno de tan vasto imperio, pues no pocas veces se falta vergonzosamente por ignorarlo, como podríamos probar con multitud de ejemplos. Le servirán además de mucho estos conocimientos para conocer por la historia los hechos de los antepasados, unir al conocimiento de los climas el de las diversas épocas y divisiones de tiempo que constituyen el estudio de la cronografía, ciencias con cuya ayuda retendrá más fácilmente en la memoria los sucesos por poderlos representar de una manera casi material, por poder darles hasta cierto punto cuerpo y vida. ¿Deberé ahora manifestar cuánto sirva todo esto para adquirir la prudencia y el acierto en el gobierno? *Est enim historia, dice elegantemente Cicerón, testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis.* Sabemos, por otra parte, que distinguen pocos lo honesto de lo torpe y lo útil de lo dañoso, dejándose llevar sólo de la fuerza de sus raciocinios; y muchos, y son los más, aprenden lo que debe hacerse y lo que debe evitarse en la marcha de la vida sólo por lo que ha pasado y por los ejemplos que más les impresionan. No deje pues nunca de la mano el príncipe la lectura de la historia, revuelva constantemente y con afán los anales nacionales y extranjeros, y encontrará mucho bueno que imitar de ciertos príncipes, mucho malo que evitar, si no quiere llevar una triste y desgraciada vida. Verá cómo comienzan los tiranos, cómo siguen, cómo acaban viéndose envueltos en terribles males; aprenderá en pocos años lo que ha sido confirmado por los hechos de tantos siglos y viene consignado en los eternos escritos de los sabios; conseguirá esa experiencia, cuya adquisición es tan difícil y penosa si ha de buscarse en cabeza propia; conocerá que el éxito

es siempre conforme a la naturaleza de nuestras acciones y a la conducta que guardamos. Comprenderá de una manera palpable que si quedan hoy impunes las maldades de los príncipes, son castigadas mañana con el odio de la posteridad y una perpetua infamia, que es necio pensar en que con el poder presente pueda nadie detener el pensamiento ni la palabra de la generación futura. Necesita tanto más el príncipe del conocimiento de la historia, cuanto que está siempre rodeado de cortesanos que, o no se atreven a hablar, o hablan sólo para adularle. En la vida de los reyes sus antecesores contemplará sus costumbres como en un espejo, y las verá una que otra vez alabadas, casi siempre castigadas. Cuando no hubiese otra razón, esta bastaría para que nos esforzásemos en curar la ignorancia del príncipe tanto como sus enfermedades; es grande, grandísimo el fruto que puede recoger de conocer la historia. Cierta tocador de flauta recomendaba a sus discípulos que oyesen a buenos y malos flautistas a fin de que así pudiesen aprender lo que debía seguirse y evitarse.

CAPÍTULO IX.

De los compañeros.

Dése a los príncipes por compañeros de estudios y ministros de su cámara jóvenes escogidos entre toda la nobleza, en los que brillen más virtudes naturales robustecidas por una educación sin tacha. En nada se falta más gravemente que en no poner cuidado sobre qué clase de jóvenes se admiten para familiarizarse con el príncipe y entrar a gozar de los derechos que da el vivir a la sombra de un mismo hogar doméstico. No pensaría el príncipe que pudiese cometerse una maldad si no viese desmanes en sus compañeros, ni la cometería si no encontrase en sus mismos servidores hombres que se prestasen a servirle de instrumento, hombres viles y perniciosos que conocen todas las sendas del engaño y no retroceden ante ninguna afrenta, con tal que puedan cautivar la voluntad de sus señores. Con tal que se proceda con acierto en la elección, no sólo creo que deban admitirse algunos nobles como compañeros del príncipe, sino también que lo han de ser en gran número y aun llamados y solicitados. Sería muy conveniente que muchos hijos de grandes fuesen instruidos con él en las ciencias que permitiese el ingenio de cada uno; muy conveniente que se les educase a todos en las mejores y más útiles costumbres. Crecerían juntos y a la vez en edad y en virtudes, y nacería de ahí indudablemente ese amor recíproco que es el más seguro medio para adquirir la felicidad de la república. Sería el palacio del príncipe desde un principio un abundante semillero de valientes capitanes, sabios magistrados y excelentes jefes, de donde podrían salir con el tiempo como de una escuela de

probidad, de erudición y de prudencia varones esclarecidísimos en todo género de virtudes, así par los períodos de paz como para los de la guerra. Aprendería el príncipe con el largo y frecuente trato cuánto puede confiar en cada uno de sus compañeros, no se vería obligado como ahora a proveer los destinos del Estado por consejo de los que o recomiendan por interés, o vituperan por odio, hombres charlatanes, aduladores, falaces, que están siempre pegados en gran número al oído de los reyes. Formada una especie de corte pretoriana de estos jóvenes, lucharían a porfía por aventajarse en más preclaros hechos, y se alcanzarían muchas veces por su destreza y valor nobles y grandes victorias contra sus enemigos. ¿Qué no se atreverían a hacer entonces jóvenes de ánimo levantado, descendientes de antepasados ilustres, instruidos en las mejores y más importantes ciencias? ¿Qué no podrían unidos fraternalmente desde sus primeros años hombres en quienes no harían mella los peligros, se arrojarían fieros y formidables en medio de las llamas y arrollarían todo género de obstáculos a manera de torrente? ¿Por qué Benadad, rey de Siria, tuvo que levantar el cerco de Samaria, sino por haber perdido muchos de los suyos, gracias al valor de jóvenes que habían sido educados en el palacio del rey Achab y eran hijos de los príncipes de las diversas provincias del Estado? Puestos estos jóvenes en la vanguardia en número de doscientos treinta, arremetieron con tal ímpetu contra el enemigo, que alcanzaron pronto la victoria, libertando por su esfuerzo a su patria de la servidumbre y ruina que la amenazaba, haciéndose acreedores a alabanzas inmortales, llevando a cabo una hazaña que está consignada para toda una eternidad en las páginas de las historias sagradas: tanto puede influir uno o muy pocos en cambiar la faz de los sucesos. Publio Cornelio Escipion, a quien por haber destruido a Cartago se dio el nombre de Africano, fue, siendo cónsul, enviado a España contra los desgraciados numantinos. Escogió de entre la nobleza romana y de entre los muchos que habían sido mandados por los reyes una cohorte, que llamó Filónida, nombre que indicaba la unión mutua de aquellos individuos, cohorte que no dejó de serle tampoco de eficaz auxilio para llevar a cabo la empresa que le traía a España. ¿Ignoramos además que entre los godos, cuando dueños de nuestro territorio, tenían la costumbre de educar a los hijos de los magnates en el palacio de los reyes? Destinábase a los varones a custodiar y cuidar de la persona del príncipe, a servirle en la mesa, a acompañarle en la caza cuando ya la edad lo permitía, a seguirle armado de sus armas en la guerra, a educarse por este camino para ser más tarde gobernadores de provincia y capitanes del ejército. Las mujeres servían en la cámara de la reina, donde se las enseñaba las artes de Minerva, el canto, el baile, cuanto es, al fin, necesario para la educación de las mujeres. Cuando llegaban a cierta edad conocían ya todas las costumbres de los hombres de gobierno, y se enlazaban con esos compañeros mismos del rey, con esos servidores de palacio. Por esto crecieron tanto los godos en riquezas y en poder y dilataron tanto su imperio y arrebataron la España a los romanos, que por espacio de siglos la poseían.

¡Ah! Puede apenas concebirse cuánto amor hacia el príncipe excitaría una institución como esta en el ánimo del pueblo. Sería, sobre todo, saludabilísima para mantener en el círculo de sus deberes a los grandes, a impedir que por afán de innovar alterasen la paz de las provincias, pues estarían sus más queridos hijos en poder del príncipe, y les tendría el príncipe como en rehenes, aparentando honrarles y estimarles. Convendría empero para que fuese la institución más provechosa que no fuesen escogidos solamente estos jóvenes en una provincia, sino en todas las que componen nuestra dilatada monarquía, para que entendiesen todos los súbditos que son todos tenidos en igual estima, y amando con igual amor al príncipe, le estuviesen material y moralmente unidos, se sintiesen más y más obligados por aquel beneficio, y no rehusasen trabajo ni peligro alguno para sostener la dignidad del rey y procurar la conservación y prosperidad del reino. Nacerían de esto muchas y muy grandes ventajas. El príncipe con el frecuente trato de unos y otros conocería los diversos institutos y costumbres de todas las naciones de que la nuestra se compone, se haría cargo de las virtudes y los vicios en cada una dominantes, entendería sin ningún trabajo y sólo a fuerza de conversación las lenguas de todos, se familiarizaría con ellas, y no tendría necesidad de valerse de intérpretes para contestarles, cosa que no deja de hacerse enojosa a las naciones conquistadas. No debería permitirse que los niños de provincias extrañas hablasen en el idioma del príncipe sino en el de sus padres, y así se lograría que los adquiriese y los hablase todos.

Podríamos con muchos ejemplos sacados de nuestra historia probar de cuánta importancia es este precepto, mas voy a aducir otros extranjeros y a hablar en particular de cuatro reyes, esclarecidísimos cada cual en su país, que merced a esa educación y a esas instituciones, salieron tan grandes príncipes, que pueden en verdad ser puestos en cotejo con muy pocos. Es sabido cuán grande fue Sesostris, rey de Egipto. Su padre, al nacer él, dispuso que fuesen llamados a palacio cuantos niños hubiesen sido dados a luz aquel día, fundándose en que educados e instruidos juntamente, estarían ligados con mayor amor unos a otros y estarían más dispuestos a arrostrar por él todo los peligros de la guerra. Refiérello así por lo menos Diodoro en el cap. 1.º, lib. II de su *Historia*. No encuentro mal aquí sino la elección, pues fiaba el Rey al capricho de la suerte cuáles habían de ser los futuros ministros de su hijo, que podían estar faltos de buenas facultades naturales. En medio del error brilla, sin embargo, la luz de la verdad, pues miraba indudablemente aquel Príncipe por la salud pública disponiendo que fuesen educados e instruidos por igual todos aquellos niños y por igual también fuesen fortalecidos con su hijo en todas las virtudes, en el valor militar y en la prudencia civil conforme permitiesen el carácter y las condiciones de cada uno. Ciro, fundador del imperio persa, fue también educado con otros, con quienes vivió bajo el imperio de un mismo derecho; y siendo más tarde iguales en valor, pudo aumentar la riqueza de su pueblo. Tuvo para con todos estos compañeros de

infancia las mayores deferencias, les hizo a todos iguales mercedes, fue con todos generoso, los consultó, los llevó a sus cacerías, les procuró juegos donde pudiesen ejercitar el cuerpo para las luchas verdaderas, uniéndolos con los lazos del amor, y con los mismos lazos les unió consigo. No creían aquellos jóvenes que hubiese nada mejor que merecer la gracia de su Príncipe, así que aspiraban a alcanzarla con todos sus esfuerzos. Testigo de ello Jenofonte en los libros que escribió sobre la vida y educación de Ciro, ya con el objeto de darnos una verdadera historia, ya con el de presentarnos el dechado de un buen príncipe, libros dignos a la verdad de que los reyes no los dejen de la mano, pues no está omitido en ellos nada de lo que puede contribuir a su prudencia y su templanza. No puede uno menos de admirarse luego de que un imperio tan grande, constituido por el valor de Ciro, aparezca a poco en decadencia y ruina por las faltas de su hijo Cambises. Mas como hace observar Platón en el lib. III de *Las Leyes*, la verdadera causa fue la diversa educación dada a los dos príncipes, pues alterada la costumbre que con el primero se había observado, nacieron como de viciada y corrompida fuente hábitos distintos, una política distinta y distintos y hasta contrarios resultados. Había nacido Ciro en país áspero y sido educado frugalmente entre pastores; así que endurecido el cuerpo con la fatiga y engrandecido el ánimo, venció muchas veces a sus enemigos y holló con firme planta la cabeza de los vicios domésticos. Más esclarecido durante la guerra que después de la victoria, no considerando suficientemente cuántos males nacen de una educación afeminada, y distraído, por otra parte, en las muchas y continuas guerras que se le originaban sin querer, nacidas unas de otras, tuvo la debilidad de confiar la educación de su hijo a eunucos y mujeres, con las cuales, debilitado Cambises por el exceso de los placeres y depravadas sus buenas cualidades, fue orgulloso para sus súbditos, cobarde para sus enemigos, intolerable para los pueblos, que empezaron por odiarle, y acabaron por tenerle en el mayor desprecio. Afortunadamente Darío aprendió en esta lección severa, y con su valor e industria restituyó a su primera grandeza aquel mismo imperio que había destruido Cambises y estaba a la sazón en poder de los magos. Mas no aprendió aun lo bastante, pues tuvo también una educación tosca y no era hijo de reyes, y permitió que su hijo Jerjes pasase sus primeros años en la molición y en los placeres, lo más pernicioso y perjudicial del mundo. Es grande el poder de los placeres, increíbles sus fuerzas, tanto más de temer cuanto que invaden suave y blandamente el ánimo y destruyen el entendimiento antes que pueda pensarse en el remedio. Enervan las fuerzas del cuerpo y las del alma, minan el imperio de la razón y lo trastornan todo, semejantes a esos bandidos que eran conocidos entre los egipcios con el nombre de filistas, y abrazaban a los que pretendían por medio de la estrangulación quitar la vida. Grande es el poder de los placeres y grande el peligro que por ellos amenaza a los príncipes, que, rodeados por todas partes de deleites, colocados en la mayor abundancia de cosas posible y sin tener quien contradiga sus deseos, es

verdaderamente un milagro que no se corrompan y sucumban a la fuerza de la impureza y de los vicios. Es difícil, difícilísimo que pueda subsistir un imperio ni que salgan buenos y prudentes los que le gobiernan si no se corta enteramente el paso a todos los placeres. De otro modo, del ocio y de los placeres nacerá la deshonestidad y la avaricia, delitos que se repetirán a cada paso, el hurto y el latrocinio. Los príncipes y los particulares que piensen poco en la salud de la república y en el común peligro han de dedicarse por fuerza a aumentar inmoderadamente sus riquezas, a fin de que nunca pueda faltarles con qué satisfacer su gula y sus torpes apetitos, a cuyo servicio se entregaron. ¿No era acaso este el estado de las cosas en España cuando Rodrigo, último rey de los godos, tomó las riendas del gobierno? Los españoles no podían entonces ni crecer en medio de la paz ni sostener la guerra; estaban enervados por el hábito de los mayores vicios, pasaban lo más del día en los banquetes, vivían debilitados por la comida y el vino, corrompidos por el estupro y los demás delitos sensuales, en que pasaban una vida infame a ejemplo de sus príncipes, sin temple ya en sus almas, sin fuerzas que no estuviesen ya gastadas por el exceso del deleite, tanto, que en el mundo no había ya hábitos que pudiesen compararse con nuestras depravadas costumbres nacionales. ¿Pudieron acaso resistir el empuje de un pueblo joven cuando se precipitó a su ruina toda la república? El imperio que el valor había alcanzado la opulencia lo perdió, y con ella sus compañeros los placeres.

Mas es fuerza que volvamos ya al punto de donde hemos salido. Era costumbre entre los nobles de Macedonia entregar sus hijos adultos a los reyes para servicios que no distaban mucho de los de los esclavos. Hacían centinela a la puerta de la cámara en que el rey dormía, le llevaban cuando había de montar los caballos que recibían de los palafreneros, le acompañaban en la caza y en la guerra, y eran entre tanto instruidos en todas las artes liberales. La mayor honra que les podían dispensar era dejarles comer a la mesa del príncipe; y nadie sino éste tenía derecho de castigarles, por grandes que fuesen sus faltas y delitos. Esta corte del rey fue, como era de esperar, entre los macedonios un abundante semillero de capitanes y de hombres de gobierno. Así lo asegura Quinto Curcio en el lib. VIII de las hazañas de Alejandro, constando además que solían dar al hijo del rey, cuando niño, los hijos de los magnates para que se instruyeran con él en todo género de artes y de ciencias. Por este medio armado Alejandro con el valor y el amor de esos sus camaradas, venció lejanos enemigos y dio por límites a su imperio los últimos confines de la tierra.

Este es pues nuestro parecer, que ojalá se hiciese tan agradable a los hombres prudentes como lo considero yo saludable a la república. Creo que con el que ha de ser un día nuestro rey deben ser criados desde sus tiernos años y educados en la ciencia y en la virtud gran número de hijos de grandes, escogidos entre todas las provincias del imperio, procurando mucho, sin embargo, que entre estos no haya ninguno que gane con especialidad la gracia

de su príncipe ni por sus buenas mañas ni por la semejanza de carácter ni por la identidad de vicios, cosa que sería mucho más sensible. No debe haber ninguno que sea partícipe y árbitro de todos los secretos de los reyes ni hable mucho con él sin testigos, circunstancia que basta para ofender a los demás y aun para encender en sus pechos el rencor y el odio. Una intimidación tomada desde los primeros años y confirmada en épocas posteriores iqué de trastornos no ha de producir en el corazón de un reino, principalmente si el monarca por debilidad de carácter no puede entregarse a los graves cuidados del gobierno y está enteramente entregado a los placeres! Crecen entonces en poder los palaciegos, y sobre todo el que se ha ganado la gracia del príncipe, de cuyo arbitrio dependen en adelante los negocios de la paz y de la guerra, sin que se atienda a lo que más aconsejan la razón y el derecho, hecho de que nacen grandes daños, como declaran muchos y muy funestos ejemplos. En Castilla, y no es muy larga la fecha, tuvimos un don Álvaro de Luna, que llegó a dominar tanto en palacio, que el Rey no cambiaba sino por su voluntad de comida, de trajes, de criados: condición por cierto bien triste para el Rey, para el reino y para entrambos. Verdad es que don Álvaro pagó con la cabeza los males que había ocasionado. Habíalo ya previsto la Reina, madre de don Juan, y deseando evitarlo, había desterrado a Álvaro de palacio, separándole de la compañía de su hijo para trasladarle a Aragón, de donde había venido. Una fuerza superior, sin embargo, desbarató lo que tan prudente y perfectamente había sido pensado. Murió la Reina joven aun, y Álvaro entró otra vez en palacio haciéndose un indispensable compañero del Rey y granjeándose en breve ese favor, de que nacieron tan graves alteraciones y tan graves males, males que no podemos explicar aquí particularmente. Debe pues recomendarse a los que eduquen al príncipe que en cuanto lo permitan las circunstancias no consientan en que uno captive el ánimo del rey con preferencia a los demás, y acostumbren y hasta amonesten al príncipe cuando niño que manifieste el mismo amor a todos sus compañeros, a todos los individuos de su corte.

CAPÍTULO X.

De la mentira.

Varones de grande y de excelente ingenio y que tienen fama de muy circunspectos sostienen que el príncipe debe usar de mucha ficción para gobernar los pueblos. Dicen que los demás hombres han de dirigirse por el camino ancho y trillado a lo que es honesto y útil, pero no los príncipes a quienes está confiada la salud de una muchedumbre variable, múltiple, inconstante y que no siempre tiene la misma voluntad ni juzga de las cosas

con el mismo acierto. Tome el príncipe, añaden, todas las formas a manera de Proteo, presente, si puede, los más contrarios caracteres, pues a todos debe agradar y de todos debe aprobar las palabras y los hechos. Con tal que el rey ame en su interior la equidad, y se manifieste benigno y tratable, y reciba con singular amor a cuantos se le acerquen, puede concebir en su ánimo los mayores fraudes y hasta alimentar vicios y ejecutar maldades que crea le han de servir para contener a los súbditos en el círculo de sus deberes y difundir el espanto y el terror en el corazón de sus contrarios.

Componen así estos varones al príncipe de dolo, de fraude y de mentira, mandan que aparente probidad y le conceden que, según las circunstancias, pueda entregarse a todo género de liviandades y a la crueldad y a la avaricia, cosas todas que pueden afrentar a los particulares, pero que, según ellos, han sido y son motivos de alabanza cuando se trata de emperadores y de reyes. No siempre deben los príncipes seguir un mismo camino, dicen, sino amoldarse a la naturaleza de las personas, de las cosas y de los tiempos. Háganlo todo para el bien público y la estabilidad del imperio, e importa poco que digan verdad o mientan. En los tiempos antiguos ha venido ya esta opinión envuelta en la red brillante de la fábula, pues se dice que Aquiles fue entregado al centauro Quiron para que le educara, y era este centauro un monstruo horrible y cruel que tenía cara de hombre, pero que de la cintura abajo tenía el cuerpo de toro o de caballo. ¿Qué quisieron significar con esto sino que el príncipe para gobernar el pueblo basta que ostente la humanidad en su rostro, importando poco que dé a sus costumbres varias y desusadas formas, según las circunstancias lo exigieren? Tenemos además de fecha reciente un Luis XI, rey de Francia, que confió la educación de su hijo Carlos al cardenal de Amboesa sin dar facultades a nadie para que se le acercara, y andando el tiempo, no consintió en que le entregaran a las ciencias ni a las letras, asegurando que todos los preceptos para el gobierno se reducían a uno: «El que no sabe fingir no sabe reinar». Es, por otra parte, indudable que muchos príncipes se hicieron la misma cuenta y conservaron el poder que habían recibido más con la destreza que con verdaderas virtudes. Debemos contar entre ellos a Tiberio, sucesor de Augusto, que siempre aparentaba lo que menos sentía, y que entre sus facultades ninguna apreciaba tanto como la de saber fingir, llevando muy a mal que llegase a traslucirse lo que él quería que estuviese oculto, como con estas mismas palabras nos lo refiere Tácito.

Este es el parecer de muchos, parecer confirmado muy pocas veces con palabras, porque el pudor lo impide, pero sí con ejemplos. Es decir, que sienten que el rey ha de cultivar por igual los vicios y las virtudes, medirlo todo por la utilidad y no hacer caso para nada de la honradez, si esta se opone en cierto modo a lo que puede ser útil para el rey y para el pueblo.

Otros con más razón consideran como necesarias al príncipe la equidad y las demás virtudes, sin concederle que pueda faltar a ellas por su antojo ni

separarse de lo que exige la justicia, y sí tan sólo que pueda mentir y usar de fraude, obligado por lo apremiante de las circunstancias, pues si fuese demasiado tenaz en seguir el debido camino, se vería envuelto en graves peligros y sumergiría en graves daños la república. Añaden estos que Hércules no llevaba cubierto todo el cuerpo con la piel de león, y sí parte de él con piel de zorra, hecho que sirvió a Lisandro, rey de los lacedemonios, para contestar a los que le exigían mayor sencillez en las costumbres y en todos los actos de la vida, vituperándole porque apelaba al dolo. Use, dice, el príncipe según convenga del fraude y la mentira, pero sólo raras veces y como por medicina, como concedió Platón a los príncipes y a los magistrados para llevar la muchedumbre adonde fuese justo, pues la luz de la verdad ciega muchas veces al pueblo, que se espanta de cualquier cosa y hasta de su misma sombra. ¿Cuántos ejemplos, preguntan por fin, no encontraremos en las sagradas escrituras de hombres que con el fraude y la mentira y sin que nadie les vituperara llevaron a cabo grandes y preclaros hechos?

Mas no nos habíamos propuesto en este lugar cuestionar sobre la mentira ni el fraude, y sí sólo sobre si es lícito usar algunas veces de ellos exigiéndolo las circunstancias. Tengo para mí que desde sus primeros años debe ya inculcarse al príncipe el amor a la verdad y el odio a la mentira hasta que crea que nada hay más torpe que esta ni más contrario a la dignidad del rey. Es pues la verdad un bien permanente muy agradable a Dios, muy a propósito para conciliar el amor y para procurarse todo género de recursos. ¿Quién pues se ha de negar a prestarse ni a prestar lo suyo al que creen que no ha de faltar a su palabra y ha de poner antes en peligro su vida, su hacienda y hasta su mismo gobierno? No sin razón los romanos consagraron en el Capitolio la Fe junto al Padre de los dioses, queriendo dar a entender que las reglas de buen gobierno descansan en la sinceridad. Es la mentira cosa torpe e indigna de la excelencia del hombre, como es fácil de ver por los mismos que mienten por costumbre, los cuales han de poner gran cuidado en cubrir el fraude, y se sonrojan gravemente al verle descubierto. Hay por de contado otros crímenes mucho mayores, mas pocos que afrenten tanto a los que lo cometen, tanto, que está ya admitido que debe vengarse con sangre la injuria que se recibe cuando se nos echa en cara que mentimos, y no cuando se nos llama adúlteros, avaros ni homicidas. Es en verdad vituperable esta venganza, y está prohibida por las leyes divinas, según las cuales nadie puede volver mal por mal, aunque sea provocado; mas es indudable que esta preocupación de que la mayor injuria está en que se nos acuse de embusteros no hubiera prevalecido nunca a no ser por lo fea que se ha presentado siempre la mentira. ¿Qué más vergonzoso que ella? ¿Qué más ajeno de la nobleza y de la dignidad del hombre que desea siempre ponerse a la luz y a los ojos de todos? Ama la mentira las tinieblas, busca lugares ocultos donde pueda esconderse su torpeza; ¿qué ya más indigno de almas generosas y elevadas? No nos obliga a mentir sino el temor de que se nos reprenda, se nos infame o se nos

castigue; y el temor es sólo propio de ánimos quebrantados, abyectos y acostumbrados a una rigurosa servidumbre; nunca de almas levantadas y libres, sí siempre de esclavos, que obran siempre en vista del látigo que les amenaza. Nada hay en la vida humana más excelente que la buena fe, con la cual se establecen las relaciones comerciales y se constituye la sociedad entre los hombres; y es evidente que a este bien divino nada hay más contrario que el fraude y la mentira. No puede haber cosa estable sin que lo guarde la confianza, y ésta no puede de ningún modo existir si no es recíproca. Hay que considerar, por fin, que toda la felicidad de la vida está encerrada en la verdad, es decir, en gozar de verdaderos bienes. La desgracia, hija no pocas veces de haber empañado la hermosura de la verdad misma, abraza los males por bienes y va abriendo su fosa con sus propias manos. Quien pues acusa a otro de decir mentira, dispara contra él en una sola palabra todo género de oprobios, tales como el de que está cercado de tinieblas, el de que todos los vicios hallan en él abrigo, el de que es de condición servil, el de que es indigno de que se le crea en cuanto diga.

Se dirá tal vez que los negocios de la república exigen algunas veces que engañe el príncipe y mienta, pues la verdad y la sencillez traen no pocas consigo graves daños. Mas en esta objeción ¡oh Dios, cuánto mal no viene encerrado! No hay, en primer lugar ninguna cosa útil que pueda estar acorde con otra vergonzosa; y esta mezcla más bien ha de ocasionar daño que provecho, pues ha de destruir forzosamente la dignidad y la honradez; y como no hay nada mejor que estas dos dotes, no hay nada más necio que trocar por hierro el oro. Acostumbrado luego el rey a mentir, cobrará fama de pérfido y de injusto; y ¡cuánto no han de sufrir de ella todos los negocios particulares, y sobre todo los negocios públicos! ¿Quién ha de ser entonces su aliado? ¿Quién ha de fiarse en su palabra? Mas qué, ¿cómo puede decirse que lleve ventaja alguna mintiendo, si llega a dudarse de su buena fe, de su exactitud en el cumplimiento de sus promesas? Nadie ha de creerle después, aunque lo afirme con juramento; todos han de mirarle con desconfianza y aborrecerle. Así como el mercader que por afán de lucrarse engaña no puede conservar lo que justamente adquirió por el fraude y rompe sin sentirlo las relaciones comerciales que con los demás tenía, así el príncipe fraudulento no podrá tampoco conservar lo que sólo por el fraude hizo suyo, y tarde o temprano ha de enajenarse las voluntades de sus súbditos, que son para un rey la mayor y la más ventajosa de las armas. Abandonarán todos al príncipe cuya lealtad se haya hecho sospechosa, y se unirán con gusto a la causa del que vean que les es fiel y crean que lo ha de ser eternamente.

Engaña algunas veces a los príncipes la esperanza de poder ocultar sus fraudes; mas la ficción y la mentira se hacen traición a sí mismas, y no permite Dios que goce por mucho tiempo el hombre falso de la felicidad que conquistó por medio de su misma falsedad y el dolo. Es cierto que muchos consiguieron el nombre de sabios por el arte y habilidad con que mintieron,

mas los resultados probaron al fin cuán injusta era la opinión que de ellos se tenía. Las conquistas que estaban basadas en la mentira perecieron, las que en la verdad permanecieron firmes y seguras. Descubrióse después el fraude, cayó la venda de los ojos de la muchedumbre, y los que anduvieron algún tiempo en boca de todos envueltos en las mayores alabanzas no merecieron luego de todos sino vituperios y desprecios. Las palabras de Lisandro han sido celebradas en verdad, pero sólo por lo ingeniosas y festivas: ¿ignoramos acaso que en breve tiempo produjeron, no la sonrisa en los labios de los ciudadanos, sino lágrimas amargas y abundantes en sus ojos? Enajenadas muchas ciudades a la redonda, cayeron los lacedemonios en muchas calamidades, de que no se pudieron reponer ni aun después de la batalla de Leuctra, que parecía deber restituir a aquel imperio sus antiguos recursos y anterior grandeza. Los príncipes que recientemente han usado de fraudes y mentiras, no hay para qué decir si ofendieron su buen nombre y atrajeron daños a sus pueblos. No pudo ser nunca sincera la alegría ni la felicidad que tuvo por raíces la mentira. La educación de Aquiles no debe, por otra parte, apartarnos de esta idea, pues es mucho mejor creer que con la doble naturaleza del centauro quisieron significar los antiguos la prudencia y la fortaleza que han de tener los príncipes. ¿Por qué, si no, colocaron en la entrada de los templos como si fuese la imagen de Dios la figura de un esfinge? Los egipcios simbolizaban con más razón la divinidad en un joven sentado en el regazo de un anciano. Hay además que advertir que los antiguos poetas dijeron muchas cosas sabiamente, y mintieron en otras sin razón ni tino, dejándose llevar de la costumbre de su época. No negaremos que el príncipe deba ser cauto y guardar esa reserva, que el pueblo suele llamar astucia y fraude, dando a la virtud un nombre que está muy cerca de significar el vicio. Aseguran los mismos poetas que la educación de Aquiles fue confiada a Fénix, varón muy prudente y muy ejercitado en el arte de bien decir, dotes entrambas que debe reunir, como hemos dicho anteriormente, el que más tarde ha de gobernar los pueblos, defender la patria y ponerse a la cabeza de sus tropas.

Acostúmbrese pues al príncipe desde sus más tiernos años a que aborrezca la mentira más que ningún otro vicio, y sobre todo a que sea enemigo acérrimo de los hombres mentirosos, porque si así lo hiciere, desbaratará los proyectos de los aduladores, que son el peor y más constante mal que existe en los palacios de los reyes. Las fuerzas de los reyes no las pierden tanto los enemigos como los aduladores; así que, vencido este peligro y evitado este escollo, se procurará el ayuda de Dios con su amor a la sencillez y la verdad. Libertado entonces del constante asedio y de las asechanzas de hombres perdidos, rodeado de todas las virtudes, defendido por la misma justicia, administrará felizmente los negocios de su casa y los de la república.

Mas ya hablaremos en otro capítulo de los aduladores. Por lo que al presente toca, debemos encargar al ayo del príncipe que le inculque a un tiempo el amor a la verdad y el odio a la mentira, que nada reprenda con tanta acritud

como esas faltas, por propias que aparezcan de los niños, que perdone fácilmente las demás, con tal que las confiese y no altere en lo más mínimo la verdad del hecho, que ya que no conviene castigar a los príncipes sino muy raras veces por no confundirles con sus criados, castigue la mentira en los que le rodean con palabras amargas y hasta con azotes, para que cuando menos aprenda su deber en el dolor y lágrimas ajenas, y la idea de que no puede mentir quede impresa e indeleble para toda su vida en lo más íntimo del alma.

CAPÍTULO XI.

De los aduladores.

Grande es la hermosura de la verdad que está en completa armonía consigo misma y hace que dirijamos a un mismo fin todos los actos de la vida; increíbles las fuerzas de la sencillez y el candor, feísimas en cuanto cabe la doblez y el engaño. Nada más ajeno de la dignidad y de la excelencia del hombre que manifestar una cosa en su exterior y en sus palabras y sentir y obrar de otra manera. Podrán, sin embargo, algunas veces los príncipes disimular y ocultar sus resoluciones, pues mientras están guardadas tienen mayor fuerza, y la pierden a medida que se van sabiendo; y sería hasta necio que comunicasen a todos lo que piensan hacer para la salud del reino. En Roma tenía Conso, es decir, Neptuno, un templo subterráneo debajo del circo para que creyéndose, como se creía, que inspiraba este Dios las resoluciones de aquel pueblo, se comprendiese con sólo ver el lugar que habían de estar ocultas y guardadas en lo íntimo del pecho. Siguió prudentemente esta conducta Pedro de Aragón cuando con la esperanza de ocupar la Sicilia por una conjuración de los ciudadanos reunió y equipó una escuadra, con la que afectó que quería invadir la costa de África. Alarmóse el Papa, hacia cuyos estados se dirigía aquel aparato de guerra, y le envió un legado suyo, que no acababa nunca de hacerle preguntas sobre lo que pensaba hacer con aquella escuadra. Irritado entonces el Rey, quemaría, dijo, mi camisa si creyese que sabe mis resoluciones: respuesta dignísima de un gran príncipe; pues así como es de ánimos abyectos mentir y engañar, es de mezquinas almas no saber encubrir sus proyectos y designios. No puede a la verdad tomar grandes cosas sobre sí el que tiene por pesada carga el silencio que tan fácil hizo la naturaleza al hombre. Entre los persas era costumbre castigar más las faltas de lengua que otras cualesquiera, tanto, que llegaban a imponer pena de muerte al que violase un secreto.

Ahora bien, si nada hay más vergonzoso que la mentira ni más honesto que la verdad, preciso será que confesemos que son perniciosísimos los aduladores, que por desgracia nuestra abundan tanto en los palacios de los príncipes. No puede, a la verdad, imaginarse peste más terrible, ni fiera más cruel, ni monstruo más espantoso ni inhumano. Aunque reuniéramos en un solo lugar los tigres, las panteras y los leones y evocáramos por la fuerza de la imaginación las quimeras, las arpías y los esfinges, no podríamos formarnos siquiera una idea aproximada de lo que son esos infames. No nos quitan la luz del sol, pero se esfuerzan, y esto es mucho más funesto, en apagar la luz de la verdad y en cegar a los que gobiernan las repúblicas, hombres que colocó Dios en las cumbres de las sociedades humanas para que velasen sin cesar y mirasen por la salud de todos. Se empeñan estos aduladores nada menos que en envenenar las fuentes en que ha de beber todo el pueblo, hecho el más perjudicial del mundo. No se dirigen nunca a los hombres débiles y pobres, no arman sus asechanzas sino a los que están en toda su lozanía, circuidos de todo género de bienes. Las hormigas no van nunca a graneros desprovistos, la oruga no va nunca a los árboles secos sino a los verdes. Son a la verdad estos hombres como los piojos, que abandonan los cuerpos luego que no tienen sangre de que chupen.

¿Cuán dañoso no ha de ser pues tomar por blanco de sus tiros a los príncipes, cabeza como son de la república, y procurar la ruina de los que son la base de la salud y la felicidad del reino? ¿Qué enfermedad puede haber más grave que la que deriva de la cabeza? No hay en la vida humana nada más bello, más útil ni de más sazonados frutos que la amistad sincera, nada que cause más estragos que engañar a los hombres aparentando esta misma amistad cuando no la abrigan ni la sienten. Fíngense pues los aduladores amigos; afectan cumplir con los deberes que la amistad impone, deleitando a los que quieren ganar con sus torpes adulaciones, aconsejando una que otra vez cosas, en la apariencia saludables, y en la realidad perniciosas, para que haya más dificultad en conocer y evitar los terribles males que acarrea su conducta. No hablamos aquí de esos mezquinos aduladores ni de esos parásitos charlatanes, que aunque en su género no dejan de ser malos e infames, carecen de talento y fuerzas para que puedan producir muy graves daños; hablamos sólo de aquellos que cubiertos con las bellas formas de la virtud, no perdonan medio para alcanzar la gracia de sus príncipes, ni hay maldad ni infamia que no estén dispuestos a cometer con tal que lo consigan.

Conviene ante todo considerar cómo empiezan sus ingeniosísimos ataques. Lo que primero contribuye a pervertir el entendimiento del hombre es su mismo amor propio, es decir, ese amor natural con que cada cual aplaude sus obras y se adula. ¿Quién pues ha de haber de tanta circunspección que no se agrade a sí mismo y no se alabe y no se anteponga por lo menos a muchos de sus semejantes? En este amor está fundado el principio de toda nuestra temeridad y arrogancia; y es evidente que ha de obrar aquél con mayor fuerza

en el ánimo de príncipes que desde niños van cubiertos de púrpura y oro, y apenas tienen alguna más edad cuando no salen a la calle sin llevar escolta de infantes y caballos, y ven arremolinarse en torno suyo el pueblo, y oír a su alrededor faustas aclamaciones, y ser objeto de adoración adonde quiera que vuelvan los ojos: cosas todas que les ensoberbecen y hacen que miren con desdén a los demás, creyéndose poco menos que dioses. Aumentado su amor propio con una educación afeminada por el lujoso aparato de su palacio y de su corte y por los aplausos de la muchedumbre, viene a ser una especie de adulator, que desconcierta sin cesar su ánimo. Añádase ahora a este, es decir, a la locura y ambición del rey un adulator externo, y se comprenderá fácilmente si ha de producir lamentables estragos y pervertirlo y confundirlo todo y hacer de un príncipe necio un demente o un mentecato. Empieza este adulator por acomodarse del todo a la voluntad del monarca, por olfatear con gran sagacidad como un perro de caza qué es lo que deleita más al que pretende servir y hacer caer en sus bien tendidos lazos. Cuando lo ha averiguado ya, deja por algún tiempo su carácter y se transforma en otra persona afectando todo lo que al príncipe le agrada, y aparentando siempre que es su gusto el suyo. Si ama el príncipe la caza, cría perros; si es dado a la liviandad y a los amores, confiesa que está perdidamente enamorado, y lo llena todo de blandas quejas y tiernísimos suspiros. Viste como el camaleón todos los colores menos el blanco, a cualquier lado se inclina fácilmente menos al de la honestidad y a la justicia. ¿Es ardiente y arrebatado el príncipe? Le incita con cuidados discursos y grandes razones a que emprenda injustas guerras, cosa que no hay para qué decir si realizará o no con grave riesgo de la república, pues se impondrán como es natural onerosos tributos para cubrir los gastos de la campaña, y se agotará a los que poco posean, y se concederá todo al ejército, sin que sirva la equidad de luz ni guía. ¿Es el príncipe lascivo? Excusará entonces todo género de liviandades, fundándose en que los reyes han de templar con placeres los graves trabajos del gobierno. A las virtudes verdaderas dará el nombre de vicios, y levantará y alabará estos vicios, dándoles el nombre de las virtudes a que más se acerquen. Llamará, por ejemplo, al que es cruel severo, frugal al que es avaro, placentero y jovial al que sea dado a la lujuria, cauto y prudente al que sea tímido y dejado. Si es que pueda servirle, dará a la fortaleza el nombre de temeridad, y a la prudencia el de timidez y cobardía; arreglará, por fin, siempre sus palabras de modo que puedan agradar al príncipe sin tener para nada en cuenta ni lo que exige la virtud ni lo que reclama la salud del reino. Robusteceránse los vicios de los reyes y se aumentarán aun con otros que serán tal vez peores. Es tal la condición del hombre que da siempre más crédito a los pocos que aprueban sus hechos que a su conciencia y a los muchos que se los condenan. Verdad es que entre los aplausos de los aduladores y las lisonjeras palabras de los cortesanos, que no cesan de admirar y levantar al cielo los hechos de los príncipes, no sólo no es de maravillar que estos dejen engañarse, sino que hasta sería un milagro que no perdiesen del todo la razón y el buen sentido.

¿Qué es lo que perdió en todos tiempos a los grandes príncipes sino los continuos elogios de los aduladores, que les hablaban sólo para conquistar su gracia y alababan con mucho cuidado todas sus inclinaciones naturales, malas generalmente en los hombres, por ser propensos a oír con placer a los que se hacen de su opinión y favorecen sus deseos y a odiar y juzgar ineptos a los que les oponen una decidida resistencia? ¿Qué es lo que pudo impeler a Nerón a convertirse en cómico y a salir públicamente al escenario sino los exagerados encomios de los aduladores, que admiraban su voz, su ingenio y su destreza? Llegó a tanto el hecho que sirvió de perjuicio a muchos haberle dejado de alabar mientras estaba representando o pulsando las cuerdas de la lira, por ser ya de rigor que cada cual expresase su admiración, o de palabra o con algún movimiento de cabeza o con otro cualquier gesto significativo. Triste estado por cierto, no sé si decir de la república o del príncipe. Pues, y al macedonio Alejandro, ¿qué es lo que pudo hacerle fatuo hasta el punto de creerse hijo de Júpiter y querer que le tributasen honores divinos, y castigar con el más cruel género de muerte a Calístenes que lo resistía, sino las adulaciones de muchos que con incesantes alabanzas aumentaban de día en día su temeridad y su locura? Sería largo ir refiriendo todos los ejemplos de una demencia semejante: un Calígula, un Domiciano y tantos otros; mas, dejando aparte los extranjeros y viniendo a los que tenemos en nuestra patria, ¿se cree acaso que Pedro el Cruel y Enrique IV y otros reyes de Castilla, infamia y mengua de España, llegaron a trastornar la república por otro camino que por el fraude de amigos fingidos que alababan sus dichos, sus hechos y sus proyectos como favorables a la felicidad del reino? Y en éstos ha de haber obrado la adulación con mucha más fuerza, pues siendo príncipes ya de un carácter depravado y de ánimo mezquino, son más impetuosos y no pueden ver las asechanzas de hombres agudos y sumamente astutos a fuerza de usar de fraudes y mentiras.

El que desea pues alcanzar la gracia de su príncipe es necesario, de toda necesidad, que goce de un ingenio grande y sobre todo vivo. No debe aprobarlo todo, no sea que se le tenga luego por un manifiesto adulador y pierdan la eficacia debida sus palabras. Debe de vez en cuando amonestar al príncipe y hasta reprenderle, a fin de engañar mejor bajo esta forma de amistad que permite generalmente ciertas libertades, mas siempre de manera que existan y se descubran fácilmente las huellas de la condescendencia aun en el fondo de las reprensiones en la apariencia más amargas.

Es también, por otra parte, de advertir que no merecen ser contados en el número de los aduladores todos los que viven con los príncipes y alaban sus hechos, sus discursos y aun sus proyectos; muchas veces pues se ven obligados a transigir con lo que en su interior califican de pernicioso y necio. Hay muchos hombres apocados que no quieren que se falte, pero que no tienen bastante fuerza de voluntad para resistir al que delinque; hay otros que, desesperando ya de alcanzar algo, por más que les repugne la maldad, no

se atreven a provocar la cólera de los que son dueños y árbitros de la vida y de la muerte. Para que se distinga mejor el adulator pernicioso del amigo verdadero y del palaciego cauto o tímido es preciso que nos hagamos cargo de la conducta que lleva y del objeto a que incesantemente aspira. Es, en primer lugar, el adulator de una avaricia inmensa, no hay riquezas que puedan satisfacer su sed y su codicia. Agítale luego la ambición que no le da lugar ni tregua; se humilla para alcanzar lo que desea, modifica cien veces su carácter, si ve que ha de hacerse con oro, con poder y con honores; no piensa nunca en conservar su dignidad ni su decoro; se prosterna a los pies de los poderosos, se muestra obsequioso y servidor de los que son queridos de sus reyes; no perdona trabajo, no perdona bajeza alguna, con tal que, reconciliado y unido con estos, pueda abrirse paso hasta la cámara del príncipe. Si corresponde el éxito a la esperanza, despliega entonces su habilidad, acomete al monarca con claras y manifiestas tramas, o, si no se siente aun fuerte, mina ocultamente el terreno para que apenas pueda conocerse su malicia. Ha vencido ya al príncipe y le tiene engañado con sus malas artes: ¡ah! entonces, olvidado de su primera fortuna, trueca de repente la humildad en fausto y en orgullo, acumula grandes riquezas, aspira a los más altos honores y destinos, y no los ha conseguido, cuando mira ya con desprecio a hombres que valen mucho más, y con detestable perfidia ataca a los mismos que le allanaron el camino para llegar hasta los pies del trono. Nadie hay en un principio más humilde que un adulator; pero luego que ve asegurada su fortuna, ¿quién de más arrogancia que él ni más orgullo? Si para engañar mejor a los hombres había tomado cuando menos la apariencia de virtuoso y hombre honrado, disipado ya todo miedo, se quita la careta y se entrega a todo género de vicios. Desconocido por mucho tiempo y ahora de improviso noble y grande, no sabe dominarse ni enfrenar deseos encendidos y avivados por una larga falta de medios y recursos. Arde en voluptuosidad, bulle en placeres, se ostenta cruel, atrae al fondo de sus arcas las riquezas privadas y las públicas, pretende dominar solo en las fortunas de todos, y hacer que parezca que reina él sólo, aunque con nombre ajeno. Todo lo acomoda a sus intereses; la salud del reino es para él una palabra que nada significa, y no más que una palabra.

Por estas costumbres creo que es fácil conocer al adulator, y distinguirle del verdadero amigo; pero donde más se le conoce es en sus amonestaciones y reprensiones, en que se vende tanto más cuanto más quiera afectar la sencillez y la amistad sincera, pues no imita tampoco el fraude a la verdad hasta el punto de que no se dejen traslucir las huellas de la ficción y de la mentira. Como que mide por su utilidad todos los deseos de su vida y no lleva más objeto que alcanzar de cualquier modo que sea la gracia de su príncipe, procura siempre con mucha cautela que no pueda éste resentirse ni de sus amonestaciones ni de su manera de denunciar los vicios; así que dispone todas sus palabras de manera que la misma reprensión venga a convertirse en alabanza. Podría citar muchos ejemplos de esta adulación artificiosa, pero me

limitaré a los que ofrece el emperador Tiberio, sucesor de Augusto, durante cuyo reinado estuvo en su mayor apogeo la disimulación y la adulación más torpe. Oponíase fraude a fraude, y a la mentira del cortesano la ficción del príncipe. Aconteció un día que al entrar aquel emperador en el Senado se levantó uno de sus aduladores manifestando en muy alta voz que los hombres libres habían de hablar con libertad y no callar nunca lo que pudiese ser de utilidad para la salud de la república. Hubo, al oír estas palabras, un silencio profundo, y estuvieron suspensos los ánimos de todos hasta oír lo que decían, que, como era natural, se esperaba había de ser grande y atrevido. «Oye, César, exclamó entonces aquél, he aquí en lo que todos te culpamos, sin que nadie se atreva a decirlo en tu presencia: estás consumiendo tu vida en continuos cuidados y trabajos; ¿cómo no consideras que ha de morir lo que no goza de descanso?» Declamó sobre este punto mucho y muy ridículamente, tanto, que Casio Severo, ofendido por la vaciedad de sus palabras: «Esta libertad, añadió, es la que mata al hombre». Así lo leemos en Plutarco. Ennio, caballero romano, se había atrevido a hacer del príncipe una estatua de plata, y Tiberio prohibió que se le acusase de crimen de lesa majestad en el Senado. Ateyo Cápito, afectando deseo de libertad y celo por la salud pública, pretendió también un día que no debía quitarse al Senado la facultad de deliberar ni dejar impune tan gran delito si se mostraba el César lento en remediar sus apuros por no molestar ni gravar a los súbditos de su vasto imperio, vanidad y deseo de agradar ciertamente vergonzoso, que nos ha dejado consignado Tácito con su elocuente pluma. Mas he de referir aun, sacada del mismo autor, una adulación más torpe y más indigna. Hablábase en el Senado de los funerales de Augusto recientemente muerto. Decretábansele grandes honores, estando el sucesor presente, acordándose, entre otras cosas, que se levantase un arco de triunfo donde se escribiesen los títulos de las leyes que él había promulgado, y los nombres de las naciones que había vencido. En esto se levantó Mesala Valerio, y añadió que debiese renovarse anualmente el juramento de fidelidad que había de prestarse a Tiberio. Preguntado luego por éste si había manifestado aquella opinión porque él se lo hubiese encargado, contestó que lo había hecho espontáneamente, y que en cosas que perteneciesen al bien de la república no escuchaba nunca sino la voz de su conciencia, aunque supiese que había de atraerse con ella la cólera del príncipe. No faltaba ya sino esta especie de adulación, no faltaba ya sino que aun cuando se aparentase amonestar o reprender, no se llevase más objeto que el de aumentar la alabanza y granjearse la gracia del rey con el ánimo dispuesto a toda clase de servidumbre.

He aquí las mañas de esos hombres necios, tan fáciles de conocer, que basta querer para evitarlas. El príncipe, sobre todo cuando ha entrado ya en edad, puede distinguirla de continuo, sin que jamás se engañe. Ve que uno de sus cortesanos es de depravadas costumbres, que habla para agradarle, aun

cuando parezca reprender sus vicios, que desea aumentar al infinito sus honores y sus riquezas y los de su familia, ¿cómo ha de creerle de sencillo carácter ni pensar que mire con interés su dignidad y la salud del reino? ¿Cómo no ha de calcular, por lo contrario, que está fingiendo para engañar a los incautos y que no abriga en su corazón sino el fraude y el dolo ni tiene más prendas que la astucia, la ficción y la mentira? Un solo remedio hay para este mal, y es que no se admita en palacio sino a varones de reconocida probidad y fama, ni se dé entrada a los demás por mucho que parezcan sobresalir en destreza, en prudencia y en ingenio. Desde sus más tiernos años va inoculándose en el príncipe un odio profundo a esa clase de hombres; procúrese que aborrezca, al par de los aduladores, los parásitos, ni se deje vencer por sus caricias. Manifiéstesele la necesidad de esta conducta con sólidas razones, con ejemplos y con frecuentes pláticas, persuádasele de que son aquellos hombres la más perniciosa peste de la república, la ruina de las costumbres, el torbellino y las borrascas de la patria, los trastornadores de las más santas leyes, los destructores de la paz, los perturbadores de todos los afectos de la probidad y de la vida, el monstruo horrible y grande que debemos aplacar con todo género de sacrificios y arrojar del palacio para que con su envenenado soplo no contamine cruelmente el cuerpo de la república desde las plantas hasta la cabeza.

CAPÍTULO XII.

De las demás virtudes del príncipe.

Sepan y entiendan los príncipes que hablan para ellos como para los demás hombres los preceptos dados por los filósofos acerca de cada virtud y las decisiones de los teólogos sobre la naturaleza de nuestros recíprocos deberes. Procuren en lo posible que cuanto mayores son sus facultades y más alto el lugar que ocupan, tanto más aventajen a todos en probidad y en las demás prendas de la vida. El que ha de alumbrar a todo un pueblo para que le siga, no es lícito que se revuelque en la inmundicia ni en el cieno de los vicios; ciña antes al cuerpo su espada, rodéese de tropas y aterre al enemigo, vístase de virtudes, adórnese con la hermosura de la honestidad y la justicia y captive el amor de sus vasallos. Ponga en esto mayor confianza y créalo de más realce para su dignidad que verse rodeado de alabardas y del faustoso aparato de su palacio y de su corte. Sea parco en el comer y en el beber para que no le reduzca la glotonería a la condición del bruto, y obstruido el estómago no deba ocupar gran parte del tiempo en cuidar de la salud del cuerpo, ni esta ocupación pase a ser para él tan grave como los mismos cuidados del gobierno. Huya de la liviandad, no se deje corromper por los placeres de la

impúdica Venus. Guárdese, sobre todo, de armar asechanzas contra el pudor ajeno, maldad infame y cruel, que no es posible ejecutar sin atraerse el odio del pueblo ni ofender a muchos. Luche con tanto ardor contra los placeres y deleites de la vida como contra sus más temibles enemigos interiores. ¿Será acaso justo que se manche con el estupro ni ataque el honor ajeno el que ha de castigar y refrenar con leyes y con penas el libertinaje de sus súbditos?

Ármese de circunspección y prudencia para que no le engañen sus cortesanos, que están acechando todas las ocasiones para cegarle y arrancar de sus manos honores y riquezas, tomando tal vez por juguete a la inocencia ajena y abusando de la sencillez del hombre que verdaderamente vale. No se deje nunca desviar de las leyes de la equidad, no podrá mantener unidos a los altos con los bajos, ni con estos a los del orden medio si no los tiene a todos persuadidos de que más pueden con él las prescripciones de la justicia que los afectos personales ni la privanza de los que le rodean. Sería indigno del nombre de rey el que, siendo por su condición el brazo vengador de la justicia, consintiese en apartarse de la más estricta equidad por poderosas que fuesen las razones que a esto le impeliesen. Esté ante todo convencido de que sólo con el favor de Dios se fundan los imperios y crecen y abundan en todo género de bienes. Procure pues adorar a Dios con el más puro culto, procure hacérsele propicio con virtuosas y frecuentes oraciones. Profese desde los primeros años la opinión de que sólo por la Providencia divina se gobiernan las cosas humanas, y por lo tanto las naciones; confíe más para el buen éxito de sus negocios en la benevolencia de Dios y en los actos de piedad que en la astucia, en el poder y en la fuerza de las armas; crea firmemente que nunca ha de ser mayor su autoridad que cuando se sienta querido de Dios y guardado por su divino escudo. ¿Qué podría haber más confuso ni más pernicioso que la vida del hombre si se creyese que los sucesos de la tierra son todos fortuitos y no hay una Providencia superior que los dirija? ¿Qué podría haber más cruel que un hombre que perdiese el temor de Dios y no se creyese sujeto a sus santas e inescrutables leyes? ¿Qué estragos no causaría? Debe siempre procurarse el aumento del culto religioso, y es indudable que sirven mucho para esto las costumbres de los príncipes. Con su ejemplo mejor que con la severidad y con las leyes se afirman los pueblos en esta opinión eminentemente salvadora. Viendo pues que el que tanto puede implora el favor divino y está en el templo hincada la rodilla, extendidas las manos, bañados en lágrimas sus ojos implorando la misericordia del Altísimo: ¿cómo han de dejar de hacer lo mismo, sobre todo cuando se encuentren en gravísimos apuros?

Mas sobre la religión hemos de hablar detenidamente en otra parte; hagámonos ahora cargo de las virtudes propias de un rey, virtudes de que ha de mostrarse adornado en todos los actos de su vida. Ha de poner, en primer lugar, mucho cuidado en que ya desde sus primeros años sea inaccesible a la ira, enemigo de toda prudente resolución y perturbadora de nuestro

entendimiento, pasión impropia de todo hombre cuerdo, como manifiestan los mismos movimientos y gestos con que se declara, tales como los de torcer la boca, agitar violentamente los brazos, perder el color de los labios, levantar descompasadamente la voz, desgañitarse. Es ya este vicio en la vida privada indicio seguro de la ligereza de ánimo; mas nunca aparece tan feo como cuando se hace el compañero obligado del que ejerce el mando supremo en la república. Difícil es a la verdad mudar la condición del hombre, principalmente cuando por su posición tiene para todo una libertad ilimitada; difícil torcer del todo nuestras inclinaciones naturales; mas a fuerza de persuasión y de preceptos es indudable que puede corregirse la aspereza de carácter, sobre todo en los primeros años. Persuádase al príncipe que el dejarse vencer por la ira es la mayor prueba que pueda darse de un ánimo débil y abatido; manifiéstesele que son los más propensos a ella los que menos fuertes son, ya por la edad, ya por el sexo, tales como el anciano, la mujer, el niño. Demuéstresele, por lo contrario, que es de ánimos grandes no irritarse ni darse por ofendido de una injuria. Las vanas e hinchadas olas se estrellan contra los peñascos, las grandes y generosas fieras no levantan siquiera la cabeza por oír ladrar a un perro. Los movimientos del ánimo demasiado vehementes y el excesivo calor en la palabra, no sólo desdican de hombres graves, son contrarios a la dignidad y al mando, porque si es implacable la ira, se atribuye a crueldad; si cede, a ligereza y blandura; que es sin embargo preferible. Reprímase al príncipe desde la infancia, y templará mucho la razón su impetuoso carácter; condesciéndase con sus antojos, y se hará de día en día más irritable y duro. Sirve de mucho al iracundo familiarizarse con hombres de ánimo tranquilo; robustécense las fuerzas y la salud del cuerpo bajo un cielo benigno y puro; hácense más humanas las fieras cuando viven con el hombre, pues con el frecuente roce cogen todos los días algo de la naturaleza y condición humana. Hágase principalmente observar que entre hombres buenos y moderados no se ofrecen casi nunca motivos de exasperar la ira. El que desde su más tierna edad está acostumbrado a quebrantar su voluntad y a romper con sus deseos no es fácil que se irrite; mas el que no ha sido domado en la niñez es facilísimo que se deprave, aun cuando haya nacido con un carácter lleno de paz y de dulzura. No dañó poco a Jaime de Aragón haberse dejado llevar de la ira hasta el punto de hacer cortar públicamente la lengua al obispo de Gerona por haber violado el secreto que le había confiado de que en otros tiempos diera palabra de casamiento a Teresa Vidaura, hecho impío que fue castigado con el anatema y con una gran multa por el pontífice Inocencio.

Va unida la mansedumbre a la elocuencia, que es la más excelente de las virtudes, la que más hace semejantes a la divinidad los príncipes, nunca mejor y más alabados que cuando disimulan las faltas de los hombres. No sin razón se ha dicho que si se hubiesen castigado todas las faltas cometidas, hace ya tiempo que la humanidad no existiría. Debe el príncipe acordarse de que es

hombre, de que todos los hombres incurrimos en errores, de que el que no siente una pasión se deja llevar de otra. No se esfuerza en averiguar todos los delitos ni se muestra inexorable con las faltas ajenas, pues con verdad se dijo: el que aborrece el pecado, aborrece los hombres, y nunca debe ser más alabada la clemencia que cuando son más justos los motivos de ira. Debe a la verdad evitarse que no sea tanta tampoco la benignidad que todo el nervio de la severidad quede cortado, pues un castigo a tiempo es muchas veces preferible al deseo de aparentar clemencia. Hay para esto como para todo ciertos y determinados límites; mas será siempre mejor que el príncipe aparezca a los ojos de la república dispuesto a ser benigno; y si conviniere castigar los crímenes, infundir temor, dar algún ejemplo de severidad, procúrese que vean todos que se inclina sólo al castigo y a la venganza impelido por la fuerza de las cosas, y en cuanto lo permitan las circunstancias se retraiga de tomar una parte directa en esos juicios y los entregue a otros magistrados. Platón, siguiendo la costumbre de los egipcios, quiere, con razón, que el rey sea una especie de sacerdote, y como tal no intervenga en negocios relativos al destierro, encarcelamiento o muerte de los ciudadanos. Acostúmbrese el príncipe desde su primera edad a mostrarse benigno con sus iguales y a no castigar con su propia mano a nadie, cosa que sería altamente vergonzosa. No imite la conducta de Pedro de Castilla, que mató con sus propias armas a Mahomat, rey de Granada, a pesar de ser inocente, y no contento con matarle, lo insultó con durísimas palabras; no imite la de Pedro de Portugal, que hirió con su propia mano al obispo de Oporto, reo de adulterio. Lejos del príncipe ese feo destino de verdugo.

No debe tampoco el príncipe reprender a nadie con descompasadas voces; antes si ve que se trata de castigar a alguno de sus compañeros o de sus empleados de casa y corte, por merecido que sea el castigo, ha de procurar librarle de él, ya valiéndose de su autoridad, ya apelando a súplicas y ruegos, pues con tales y tan buenos principios adiestrará el ánimo para mayores y más grandes cosas. Añada a la clemencia y mansedumbre la liberalidad, es decir, el deseo de hacer bien, si no a todos, a los más, procurando ser como una divinidad a quien dirijan incesantes oraciones y votos personas de toda edad, condición y sexo, procurando ser una fuente abundantísima donde todos aspiren a beber en su adversidad honores y riquezas. Es claro que todos los tesoros del imperio no bastan para satisfacer a todos; mas con sólo que ayude a muchos y reciba a todos con igual amor y con palabras blandas, logrará que su cortesía pase ya por un gran beneficio y sea toda dádiva, aunque pequeña, tenida por una muy singular y estimable gracia. Los que no vean satisfechos sus ruegos, echarán la culpa a los ministros, o dirán cuando menos, atendida la benignidad del príncipe, que habrán faltado medios, pero no la voluntad de concedérsele. Servirá de mucho que el príncipe se acostumbre desde sus primeros años a otorgar mercedes a sus súbditos, pidiendo para esto dinero, que podrá repartir entre sus iguales, según los

méritos de cada uno, o emplear para aliviar una que otra vez con su propia mano la indigencia de sus súbditos. Movidó por la dulzura de dar, será, al llegar a sus mejores años, más y en mayores cosas dadivoso.

Désele bien a entender que nada hay más regio que poder hacer beneficios a sus súbditos, tanto, que esta facultad viene a templar y sazonar los graves y enojosos cuidados del gobierno. Imite sin cesar a Dios, que ni de día ni de noche deja de hacernos en todas partes beneficios, y hace brotar espontáneamente de la tierra yerbas y todo género de granos y de frutos, y cubre el suelo de árboles fructíferos, que pagan donde quiera tributo a la especie humana. A imitación del mismo Dios, no debe atender a los frutos que recogerá de sus beneficios, sino a la hermosura de la beneficencia misma, haciéndose siempre cargo de que es preciso dar mucho a ingratos, y por consiguiente, perder mucho para que llegue a colocarse bien un beneficio. Dé algunas veces antes que se lo pidan, y no demore nunca otorgar la merced solicitada, pues nada hay más caro que lo que ha debido alcanzarse a fuerza de súplicas e importunidades. Sea, sin embargo, discreto en dar; reserve lo más escogido para los más dignos, y sea siempre más frecuente que espléndido en sus dádivas, a fin de que no agote el erario público, que es la fuente misma de la liberalidad. Aun cuando esté dispuesto a negar, procure recibir siempre a todos con blandas y obsequiosas palabras, que no pueden en ninguna ocasión faltarle; así cuando menos creerán que si niega es contra su voluntad, y que si pudiese lo concedería con el mayor gusto. Es muy pernicioso acumular en uno solo o en pocos todos los honores o riquezas de que dispone, pues agotada la esperanza de alcanzar mayores obsequios, pierden aquellos su actividad, y no queda, por otra parte, con qué recompensar a otros, que serán más merecedores. Dé pues de manera que quede siempre a la esperanza de mayores dones si mayores servicios se recibieren de los ciudadanos. Con estas virtudes crece no poco la grandeza de alma de donde toman origen, y conviene esto mucho al príncipe, que nunca parece peor que cuando es de alma pusilánime y mezquina.

Aprenda sobre todo el príncipe a despreciar vanos temores, luche con sus iguales, hable en presencia del pueblo, no huya de la luz, no se aísle del público, no se acostumbre a una vida retirada. Aprenda a refrenar, dirigir y revolver al indómito caballo, tire con otros el florete, hiera en la estacada al toro, al jabalí en los bosques, acostumbre el oído al estrépito de las máquinas de guerra y al sonido del tambor y la corneta, procure guardar serenidad en medio del estruendo de la guerra. Corregirá así con el frecuente ejercicio sus vicios naturales, y sobre todo la atrabilis, si por acaso levanta ante sus ojos sus variadas imágenes y espantosas figuras. No de otro modo creo que llegó a ser tan gran varón García, rey de Navarra, llamado el Trémulo porque al empezar la batalla se estremecía todo; echó fuera de sí el miedo, y se mostró al fin tan valiente y esforzado en todos los combates, que hay muy pocos que con él puedan siquiera compararse. Es el miedo la mejor señal de un ánimo abatido,

así que desdice del todo de la dignidad del príncipe y es del todo contraria a la majestad de los reyes. Deben exponerse todos los esfuerzos posibles en alejarle y fijar con ahínco en el ánimo del futuro monarca la idea de la infamia y mengua que consigo llevan, a fin de que rechace el miedo al miedo. Es sabido lo que sucedió con los condes de Carrión, que después de haber pedido por esposas las hijas del Cid doña Elvira y doña Sol, y celebrado con regio aparato sus bodas en Valencia, fueron llevados a la crueldad por la ignominia con que manchó su frente un vergonzoso miedo, cosa que casi siempre hacen los cobardes. Educados aquellos jóvenes más con halagos femeniles que con palabras y hechos propios de ánimos varoniles y dados a la guerra, no pudieron acreditar sus costumbres a los ojos de su suegro. Saltó un día un león de la jaula, no sé si por casualidad o por intento, y fueron a esconderse vergonzosamente, y otro día en una batalla que tuvieron con los moros temieron la lucha y apelaron a la fuga. Quedaron feos con tanta cobardía y tanto miedo, mas en lugar de haber procurado borrar con otros hechos de valor la deshonra que sobre ellos había caído, se vengaron infamemente matando a sus esposas, crimen que fue más tarde la causa de su ruina.

No se ensoberbezca, por fin, el príncipe al ver el fausto de su palacio ni al recibir el homenaje de sus criados, que le adoran casi como un dios sobre la tierra. No desprecie nunca a los ciudadanos; aprenda a vivir con sus iguales bajo un mismo derecho, ya haya de tratar de cosas serias, ya buscar expansión en el juego; nada se arrogue nunca en virtud de los poderes que le están confiados. Aborrezca con toda su alma la costumbre de los persas, que se prosternan ante sus príncipes y les tributan honores debidos sólo a los dioses; no lo consienta ni lo tolere nunca, por más que le digan sus aduladores que la majestad real es la salvaguardia del imperio, que los hombres más eminentes han de aspirar a lo más alto, que es de ánimos mezquinos repudiar los honores que se le tributen. Acuérdesse siempre de que no hay nada más terrible que esas torpes adulaciones. Próximo Ciro a la muerte, quiso dar sus mejores preceptos a sus hijos, y aseguró que se había ceñido tanto a las costumbres de su patria, que había cedido siempre el paso, el asiento y el uso de la palabra a los mayores de edad, bien fuesen estos sus hermanos, bien sus últimos súbditos. A buen seguro que no hubiera caído tan pronto aquel imperio si hubiesen seguido sus hijos este aviso y no se hubiesen dejado corromper por la adulación y los placeres. Teodosio el Grande llamó a Roma a Arsenio para que instruyera a sus hijos en las artes liberales, y habiéndole un día visto de pie delante de sus hijos, mandó, encendido en ira, que los hijos estuviesen de pie y su profesor sentado, y le dio amplias facultades para que les castigase siempre que le pareciese justo, encargándole que no cerrase sus ojos sobre sus menores faltas. Si sus hijos hubiesen sido educados conforme a este precepto, ¿se cree tampoco que hubiera venido abajo por su culpa el imperio romano? Ha de conservar cuidadosamente el príncipe la majestad real, pero ha de estar persuadido de que los imperios descansan más en la

opinión pública que en las fuerzas, y si ha de creerme a mí, no adoptará nunca costumbres extranjeras. Cuantos más grandes obsequios exija de sus inferiores, con tanto mayor respeto ha de tratarles, sobre todo si son estos sacerdotes, a quienes nunca dará a besar su mano ni consentirá en que le hablen de rodillas. Cuantas más consideraciones guarde a la religión, tanto más será amparado por Dios, y asegurará su gobierno y se granjeará el amor de sus súbditos, a quienes nada cautiva tanto como los hábitos y costumbres religiosas. Hablaremos en otro lugar sobre este punto y explicaremos cuánta necesidad tienen de la religión los príncipes, mas antes es preciso que nos ocupemos en la gloria.

CAPÍTULO XIII.

De la gloria.

Díonos el cielo muchos bienes que podrían labrar nuestra ventura, mas nosotros necios e ingratos abusamos de ellos para ejecutar maldades, despreciar a Dios y procurar nuestra ruina y la de muchos, cosa por cierto bien indigna de nosotros y extremadamente lamentable. ¿Qué cosa puede haber ya mejor que esa facultad, por la cual nos distinguimos de las fieras y medimos los espacios del cielo y de la tierra? Gozamos de razón y de libertad, facultades por las que nos acercamos mucho a la naturaleza divina, y lejos de servirnos de ellas para el bien, las convertimos en mal, aventajándonos algunas veces en crueldad a los mismos seres irracionales. Tenemos un cuerpo de dignas y excelentes formas, cuyas partes están todas hermosamente armonizadas, cuerpo que, como declara su misma posición, ha sido destinado a contemplar el cielo. ¡Cuántos, sin embargo, y son los más, se arrastran por el suelo, consagrándolo sólo a los deleites y revolcándose en el cieno de los vicios! Hemos recibido de la naturaleza cierto instinto religioso, por el cual nos sentimos movidos a reconocer la naturaleza divina y a venerarla con el más puro y piadoso culto; y la locura de los hombres ha hecho luego que de aquel mismo impulso de la naturaleza hayan brotado terribles supersticiones que esparcidas por todo el mundo, han entorpecido y cegado por mucho tiempo innumerables naciones. No hay bien por grande que sea ni don tan insigne que la maldad humana no convierta muchas veces en deformidad y ruina. Necia y temerariamente obra quien aprecia las cosas de esta vida por nuestros abusos y no por su naturaleza propia. Debemos contar en este número todos los afectos de nuestra alma, el amor, la ambición, la ira, el temor, la esperanza, dados por la naturaleza para que anduviésemos en busca de lo saludable, allanáramos todo género de obstáculos, conserváramos nuestro estado con hechos conformes a la índole especial de nuestra vida.

¿Esos mismos afectos no los convertimos acaso muchas veces en crímenes y en actos que destruyen nuestra misma existencia? Del amor nacen perniciosísimos deseos; de la ambición, el afán por acumular riquezas, sin atender para nada a la virtud, sin reglas, sin medida; de la ira, injurias, ultrajes y hasta asesinatos; con el temor y la esperanza o se entibian los ímpetus del alma para aspirar a cosas grandes, o nos hacemos crueles y soberbios. ¡Cuán poco saben apreciar las cosas los que sin atender a que están depravados por culpa de los hombres, condenan estos afectos y se esfuerzan en que hemos de arrancarlos y extirparlos de la vida humana! Vemos un árbol lleno de vida que extiende por todas partes sus frondosos ramajes, ¿lo arrancaremos y no lo castigaremos antes con el hierro? Tenemos un caballo indómito y brioso: pudiendo aplacarle y domarle con el látigo y el freno, pudiéndole acostumbrar a que lleve en sus lomos al jinete, ¿hemos tampoco de matarle? Está llagado uno de nuestros miembros, ¿le cortaremos sin que hayamos agotado antes todos los remedios del arte? Es necesario de toda necesidad que en todas las épocas de la vida sepamos distinguir lo honesto y lo saludable de lo que es en sí vicioso. Mas no nos hemos propuesto hablar aquí de un asunto de tanta trascendencia; nos basta dejar consignado que es preciso que desde los primeros años dirijamos nuestros impulsos naturales y los llevemos de manera que sirvan para hacernos buenos y templados, no malos ni dados a ilícitos placeres. Si los desarraigáramos del todo sería mucho de temer que se entorpecieran y languidecieran nuestra actividad y nuestra alma, a la cual sirven como de estímulo y de espuela. Sin un amor sincero, sin afecciones, sin amigos, ¿qué podría haber más triste que la vida humana? ¿Quién, por otra parte, ha de tener un corazón de hierro para no encenderse en ira ni aspirar a la venganza viendo tiranizada su patria y su familia? Dejo aun pasar por alto muchas cosas, cuya explicación sería larga y enojosa. Vamos ahora a lo que constituya el principal objeto de este capítulo.

El amor a la gloria es natural en el hombre y existe en todos, porque ¿quién podrá haber tan humano ni tan fiero que no medite infinitos proyectos para adquirir el aplauso de sus semejantes? Está tan arraigado en nosotros que no hay arte que baste para arrancarle, ni temor que baste para comprimirle ni lo debilitan los años, con los cuales adquiere todos los días mayores fuerzas, al revés de lo que sucede con los demás afectos. Con cuánta razón habló para mí el que dijo que el deseo de la alabanza es el último ropaje de que nos despojamos. Es tan fuerte, tan vehemente, que no deja reposar en lugar alguno el alma y la enciende siempre en más vivos deseos de aspirar a cosas mayores y más altas. Me he propuesto hablar de ella en este lugar y examinar si hemos de contarla entre esos vicios naturales, que con todas nuestras fuerzas debemos arrojar del alma, o si entre esos afectos que nos han sido dados para llevar a cabo grandes y preclaros hechos. Es pues de mucha trascendencia que nos resolvamos por una u otra parte. Muchos jueces severos y graves vituperan el amor a la gloria y lo ponen entre las cosas más

despreciables y viles, considerándolo falso, vano e inconstante, contrario a las leyes divinas y a la humildad cristiana, creyendo que, por lo contrario, debemos ocultar nuestras buenas acciones a los ojos de los hombres para que no se pierdan contaminadas por el pernicioso hálito del pueblo. Gozan de una aventajada fama de virtuosos, y niegan que sea propio del sabio buscar el aura popular en sus acciones y cultivar las virtudes por el afán de alcanzar las alabanzas de los hombres, cuando lo mejor es apoyar nuestra conducta en los bienes internos del alma, que además de ser hijos de la virtud, no hay quien nos los pueda arrebatarse y son eternos. El aplauso popular, dicen, no siempre recae, por otra parte, sobre las verdaderas virtudes; déjase engañar la multitud por falsas apariencias, y celebra no pocas veces con grandes alabanzas a hombres manchados con el crimen. ¿No vemos acaso celebrados por la insensata plebe con aplausos inmortales los más insignes tiranos, los que derivando una guerra de otra guerra ensangrentaron y devastaron la superficie de la tierra? ¿Los celebran como varones esforzados, como reyes clementes, como hombres notables por su amor a la equidad y a la justicia? ¿Qué mayor locura que fundar la esperanza ni confiar en el juicio de una muchedumbre demasiado ligera, de una muchedumbre que en breve espacio de tiempo raciocina y piensa de distintos modos? La muchedumbre, a manera de veleta, se vuelve a merced del viento a uno u otro lado, de modo que por ligeras causas llena a veces de afrenta, y no duda en despojar de todos sus bienes a los que antes ensalzaba con grandes alabanzas. En esta tan voluble voluntad del pueblo, mudada a cada hora por el aura del rumor más leve en tan resbaladizo capricho, ¿diremos que pueda haber algo digno de ser deseado por hombres graves y honrados? ¿Qué puede haber más contrario a la severidad y a la constancia propias del hombre que hacerse esclavo de la opinión de un vulgo antojadizo? ¿Qué más lamentable que fundar alguna parte de nuestra felicidad en la insensatez del pueblo? Todo rumor, toda sombra son de temer para los que ambicionan la gloria, advirtiéndolo, como deben advertir, cuán fácilmente cambian los afectos de la muchedumbre. Y no es tampoco cierto, como algunos dicen, que quitado el estímulo de la gloria, se debilita el amor a las virtudes. ¿Qué clase de virtud sería entonces la que pensaríamos despertar en el corazón del hombre? Una virtud humilde, suplicante, ambiciosa, que había de atender a todos los movimientos del pueblo y solicitar el fallo de una multitud que se deja engañar las más veces por el fraude y la mentira. ¿Van tan bien gobernadas las cosas humanas que sean del agrado de muchos las acciones que están más conformes con los principios de una virtud austera? Hay además gentes que viven en la soledad y en el retiro, que no pueden de consiguiente ser impelidas a la virtud por los vanos aplausos de la muchedumbre; si es cierto que se apaga el amor a la justicia cuando no lo alimenta el fuego de la gloria, ¿no será preciso suponer que han de dejar de cumplir aquéllas con sus deberes? Es muy de temer que mientras revestimos la gloria de falsas alabanzas, despojemos de sus propios adornos la virtud que es libre, no obedece a los vanos antojos de la fama, no

necesita de galas ajenas, lleva en sus mismas dotes, dotes verdaderamente divinas, su mejor adorno y compostura.

Así cuestionan, así hablan, no considerando bastante a la verdad que al fundar su opinión destruyen los fundamentos de la vida humana y debilitan no poco el amor a toda clase de virtudes. Porque ¿quién no ve que por el deseo de ser alabado y aplaudido se mueva vehementemente el hombre a llevar a cabo grandes y preclaros hechos? Si no nos sintiésemos halagados por la esperanza y el amor a la inmortalidad, ¿quién estaría nunca dispuesto a sacrificarse en aras de su patria para sostener su propia dignidad o la dignidad de la república? ¿Quién había de anteponer la utilidad general a la suya? ¿Quién había de despreciar las ventajas de la vida humana para consagrarse al estudio de la ciencia? Abramos los antiguos anales, recordemos las edades antiguas y encontraremos indudablemente que al amor a la gloria debemos la existencia de los más valientes capitanes, de los más prudentes legisladores, de los más sabios filósofos. ¿Quién consagró sus facultades a ninguna arte saludable? ¿Quién creyó deber cultivar con ahínco la virtud que no aspirase antes que a todo a conquistarse un nombre ilustre? El amor a la gloria no está fundado en la opinión del vulgo, sino en la misma naturaleza humana, y esto lo declara suficientemente el hecho de que este deseo lo tenemos todos. No hay hombres de ninguna nación, de ninguna edad, de ninguna clase que no ardan vivamente en ese amor, en ese deseo de alcanzar la gloria. Es admirable cuánto puede la alabanza con los niños, siendo muy de notar que cuanto mejor carácter tienen desde un principio, tanto más dan desde sus primeros años señales de que han de llegar a ambicionarla. Era aun muy niño Ciro, rey de los persas, cuando, según se cuenta, ardía tanta en deseos de verse aplaudido, que por satisfacerlos se sentía inclinado a arrostrar toda clase de peligros. Déseme un niño, dice con razón Fabio Quintiliano, a quien la alabanza excite y la gloria mueva, déseme un niño que vencido llore. A un niño tal deberá dársele más campo del que tiene; la reprensión hará mella en él, el honor le excitará sin tregua, y no serán nunca de temer en él ni la flojedad ni la pereza. ¿Quién habrá pues tan necio apreciador de las cosas humanas que pueda creer vituperable y no digno de las mayores alabanzas un deseo tan natural, tan universalizado, tan propio para juzgar de la buena o mala índole de un hombre? ¿Hay además cosa más honesta que ese deseo con que se conquista el honor mismo, sinónimo de gloria? ¿Hay algo más saludable que una pasión por la cual se alcanzan la autoridad, las riquezas, los honores y hasta los imperios?

Sabemos, por otra parte, cuánto han podido siempre los varones que han gozado de gran fama de virtuosos; su simple presencia ha bastado muchas veces para refrenar los ímpetus de un pueblo alborotado. Muy elegantemente dijo Virgilio:

*Magno in populo cum saepe coorta est
Seditio saevit animis ignobile vulgus,
Jamque facios, et saxa volant, furor arma ministrat:
Tum pietate gravem ac meritis si forte virum quem
Conspexere, silent arrectisque auribus adstant.
Ille regit dictis animos et pectora mulcet:*

Palabras por las que es fácil apreciar cuánta influencia ejerce para apaciguar los tumultos populares la buena fama de probidad y de prudencia, por la cual más que por otra cosa se fundan los imperios. En los primeros tiempos del mundo, cuando los hombres no estaban sujetos aun a determinadas leyes ni vivían bajo el mando de hombre alguno, los que se sentían oprimidos e injuriados por los más poderosos corrían a acogerse a la sombra de algún varón eminente por su lealtad y su justicia, con cuyo valor reprimían la fuerza y el ímpetu de sus enemigos. Andando el tiempo y sabiendo ya el pueblo por experiencia cuán útil le era en momentos de peligro la protección de aquel hombre, no vaciló ya en conferirle la administración y cargo de las cosas públicas. De haber gozado algunos hombres la fama de justos nació pues la institución de los reyes; de este hecho surgieron los grandes imperios, de este otro hecho la obediencia que tuvieron los pueblos a sus príncipes por conocer que la salud común dependía de la autoridad y del saber de aquellos insignes varones. Puede la fama ajena mucho para determinar nuestros actos. Si estamos enfermos, buscamos médicos que pasen a los ojos de los demás por entendidos; si navegamos y nos encontramos en medio de una borrasca, observamos las menores órdenes de los pilotos eminentes; si formamos parte de un ejército, obedecemos con increíble rapidez a los generales que se han alcanzado ya un nombre ilustre por sus hechos de armas: ¿quién pues se ha de atrever a vituperar como afeminada, engañosa y vana la opinión pública, por la cual nos dirigimos en todas las condiciones y edades de la vida? ¿Qué mayor escudo tienen las virtudes que la vergüenza? ¿Sin ella brillarían acaso un solo momento? La vergüenza no es sino cierto temor vehemente de que caiga sobre nosotros la afrenta y la ignominia, y este temor fue llamado justamente divino por ser como la guarda de todas las virtudes. Lo sentimos en todas las épocas de la vida, pero más en la niñez, sobre todo si ya en ella desplegamos una índole notable. No nos contiene ni nos conmueve tanto en aquella edad el miedo del dolor como el temor de aparecer a los ojos de los demás como afrentados e infamados. Enfrena este temor nuestros deseos e impide que se exageren y perviertan, aguza nuestro ingenio, nos hace más aplicados, nos hace dedicar con más ahínco al estudio de las letras. Juzgando, como juzgamos, vergonzoso ser vencidos por nuestros iguales, no hay trabajo que no arrostemos con la esperanza de alcanzar victoria; y mientras procuramos evitar la deshonor, buscamos la virtud y nos sentimos con ánimo para conquistarla. Ya de mayor edad, ¿qué cosa hay que pueda movernos más que el temor de la infamia a ejercer las artes útiles, a tomar a nuestro cargo el

gobierno de la república, a seguir la disciplina militar bajo las banderas de la patria? Está ya pues visto cuán útil es ese odio natural que sentimos hacia la infamia; ¿hay, por lo contrario, cosa más contraria a la vida que la impudencia, de la cual nacen todos los deseos desenfrenados y todos los más torpes y criminales hechos? Se hace ya preciso confesarlo; si es útil el temor de vernos infamados y afrentados, no lo ha de ser menos nuestro afán por alcanzar la gloria. ¿Qué es la vergüenza más que un movimiento del ánimo, por el cual rechazamos involuntariamente la deshonor y aspiramos a la fama y la alabanza? ¿Y no se deriva acaso de aquí que el ejercicio de todas las virtudes estriba en ese deseo de alcanzar un nombre? Ciñéndonos ahora tan sólo a los hombres, ¿quién, a no sentirse atraído por la dulzura de la alabanza y de la gloria, quisiera tomarse trabajo alguno ni rehusar los placeres ni poner en peligro su salud ni hasta su vida? Si sobresale nuestra nación por su grandeza de ánimo y somos temidos en la guerra por las demás naciones, ¿a qué debe atribuirse en gran parte sino a nuestra ardiente ambición de gloria?

Examinando el peso de las razones dadas por una y otra parte y considerando atentamente la relación que guardan entre sí la naturaleza de la alabanza y de la gloria y los movimientos propios de nuestra alma, me parece más verdadera y prudente la opinión de aquéllos que en las cosas humanas se deciden en favor de la gloria, con tal que sea buscada y alcanzada de una manera legítima, es decir, por medio del ejercicio de la virtud y de grandes méritos contraídos en favor de la república. No hay a la verdad nada más vano ni más falaz ni más inconstante que la gloria conquistada por medio de maldades o de cosas de mero pasatiempo; así que es justo que varones prudentes la condenen en todos sus escritos, pues es tanto más perniciosa cuanto que pareciéndose a la verdadera, atrae a sí innumerables gentes que se sienten incitadas por el natural deseo de alcanzar la gloria, y no saben apreciar la diferencia que media entre una y otra. Así como pues el que se deja llevar del encanto de las más hermosas formas se deja engañar más fácilmente de las que sólo son debidas al arte y al afeitte, sintiéndose con mayor ímpetu atraído a esas infames mujeres que venden su cuerpo por dinero; así el que más siente el deseo de gloria, más fácilmente y con más deseo abraza la gloria aparente que la gloria verdadera. Debemos pues amar la gloria, pero reprobamos y rechazar del todo la conquistada a fuerza de maldades. Ha habido en todos tiempos hombres que con sus armas han devastado la tierra y se han hecho un nombre, pero estos han sido más nobles que esclarecidos y han gozado más de fama que de gloria. La fama pues nace de acciones indistintamente buenas y malas; la gloria y la grandeza del nombre, del aplauso y del amor de muchos, y principalmente del de los hombres buenos. Domicio Nerón, cuando alcanzaba que el pueblo le atribuyese el nombre de sus dioses entre otras torpes acciones por la de salir al escenario con traje de histrión y pulsar la lira con diestra mano y cantar a la vez con voz sonora, pudo conquistarse la gloria y el aplauso, pero no la gloria

ni el aplauso verdaderos; porque cuanto más era celebrado en aquel momento, tanto más deforme y lleno de manchas se presentaba a los ojos de las generaciones venideras. Hay que considerar además que entre los vicios de otros príncipes no dejaban de encontrarse huellas de algunas virtudes, tales como la fortaleza y la grandeza de alma, que son precisamente las que la posteridad celebra. Lo que se dice pues de la ligereza e inconstancia del pueblo y todo lo que se ha referido y elegantemente explicado acerca de sus varios y trastornados fallos no nos debe apartar de la opinión que llevamos sentada, porque tampoco dejamos al capricho del pueblo el fruto de la verdadera gloria, sino que creemos que debe apelarse de su sentencia al tribunal de los hombres sabios y prudentes, cuyo juicio, que es verdadero y está apoyado en los principios de la naturaleza, podrá de vez en cuando turbarse, pero no destruirse de manera que una que otra vez no sea justo. Apagada la voz de la envidia después de la muerte o cayendo la venda de los ojos del pueblo, los que poco ha gozaban de gran celebridad como varones aventajados y esclarecidos es muy fácil que merezcan a poco el desprecio, no sólo de los hombres ilustrados, sino también de toda la muchedumbre. Ni somos tan buenos los hombres que admitamos todo lo justo y rechacemos todo lo injusto, ni tan malos que insistamos siempre en un mal juicio y no nos dejemos llevar por el amor a lo bello, detestando los vicios que por lo feos merecen el odio de sus mismos sectarios, y amando la virtud, cuya hermosura es tal que arranca alabanzas hasta de los hombres malos.

Negamos que sea vituperable el amor a la gloria por encendido que esté en nuestros corazones, mas no por esto creemos que debemos dirigir a él nuestras acciones como si fuera la gloria el último término del bien: cosa que sería no menos vergonzosa, mala y de tristes resultados que el desprecio de la alabanza y de la gloria. Esto es precisamente lo que prohíben las leyes divinas, y a obviar esto se dirigen principalmente cuando encargan que practiquemos buenas obras ocultándolas a la vista de nuestros semejantes. Nada malo pues debemos hacer por el deseo de recoger aplausos, antes debemos buscarlos por medio de ilustres acciones, de modo que se refieran siempre a Dios como autor de todo bien, de cuya voluntad debemos hacer depender todos los actos de la vida.

Se ha de procurar además que la gloria y la celebridad del nombre sean un instrumento de la virtud para excitar nuestro ánimo y llevarnos de día en día a acciones más ilustres y más grandes. Sólo así estarán conformes nuestros deseos con la naturaleza de las cosas, que no estableció la virtud para que recogiéramos aplausos, sino que engendró, al contrario, en nuestras almas el amor a la gloria para que alimentáramos la llama de todas las virtudes. Comprendió Dios con su infinita sabiduría la dificultad de ciertos actos, y para hacerlos más suaves y llevaderos imaginó medios que templasen a manera de sales su aspereza. Para que no dejasen de llevarse a cabo las acciones, ya más difíciles, ya más necesarias, creó por ejemplo en nosotros un

manantial de placer, por el cual halagados los sentidos cumpliesen con sus deberes naturales. Así vemos que en la procreación de los hijos para que no se extinguiesen nunca los linajes ni las diversas especies de animales ingirió en el cuerpo de ambos sexos cierto placer infinito para cuyo goce se sintiesen obligados a buscarse y a unirse mutuamente. Como empero ese placer es común a todos los animales y es en su mayor parte puramente corporal y está además situada la virtud en lugares escabrosos y ásperos, creyó prudente excitar los seres racionales al cultivo de las virtudes por medio del amor a la gloria de modo que entendiéramos, no que las habíamos de amar para recoger alabanzas, sino que habíamos de encontrar, por lo contrario, la alabanza para cultivarlas. Corregidos de este modo los estímulos de la gloria, creo que desde los primeros años de la vida debe excitarse el amor a la celebridad en el ánimo de todos los hombres, incluso los magnates y los príncipes, para que les sirva como de espuela y los aguijonee sin cesar a acciones grandes y notables. Gozan fácilmente los príncipes de todo; así que lo único que se ha de mirar atentamente es lo que dice de ellos la fama, y lo único que se ha de procurar con todo cuidado que sea grata su memoria a las generaciones venideras, pues es indudable que tendrán en poco las virtudes si desprecian la fama y los aplausos. A mi modo de ver, nadie, y mucho menos el príncipe, debe transigir con la opinión del vulgo ni retroceder abandonando el camino de la virtud al oír los rumores de un pueblo vano y ligero, en lo que se parecería no poco a los que dejan sus reales y emprenden la fuga por el solo polvo que levantaron los rebaños. Ha de afianzarse más y más en su resolución y no dejar de cumplir con esto su deber, sin que le mueva nunca ni una gloria aparente ni la infamia que proceda de falsedad o de malicia. ¿Qué le ha de importar que le llamen tímido viéndole cauto, tardío viéndole circunspecto, cobarde viéndole prudente? Desprecie siempre esos cargos fútiles, sepa y recuerde que el que desprecia los elogios del vulgo es el que está más próximo a conseguir la verdadera gloria. Busque, sin embargo, con afán la virtud y la celebridad que de ella resulta, gloria no ya vana, sino sólida, no despreciando nunca lo que podrá decir la fama de él después de su muerte, cosa que no sería menos perjudicial ni de menos tristes resultados. Prudente y elegantemente dijo el padre de la elocuencia romana que tanta ligereza hay en buscar vanos aplausos y seguir todas las sombras de la falsa gloria como en huir del resplandor y de la luz y evitar la justa gloria, que es el más honesto fruto de las virtudes verdaderas.

Debe pues ser educado el príncipe de modo que ambicione la gloria, y esto puede conseguirse de tres maneras. Establézcense en primer lugar certámenes, ya militares, ya literarios, en que se prometa al vencedor un premio, con cuya esperanza se inflamarán vehementemente los ánimos de los niños, sobre todo si se añade a esto que el profesor encarezca el mérito de unos y vitupere agriamente a los que se hayan manifestado flojos y cobardes. Cuando el príncipe lo oiga, procure luego ensalzarse el ingenio de varones o

jóvenes que se aventajen en algo y acusarse la torpeza o la maldad de los que realmente las hayan tenido. En verdad, en verdad, podrá decirse, que Fulano no se ensoberbeció en el poder ni se insolentó con las riquezas adquiridas; en verdad, en verdad, que las riquezas o haberes de Zutano no dieron motivo a la bondad ni a la templanza, sino a la crueldad, al deleite, a la soberbia. Si a renglón corrido se hace mérito del fin y celebridad que uno y otro tuvieron, ¿no es de esperar que sirva de mucho para excitar en el príncipe el amor a la virtud y el odio al vicio? Reprende uno a su hijo con estas palabras:

*Nonne vides Albi ut male vivat filius? utque
Barus inops, magnum documentum me patria rem
Perdere quis velit?*

...
*Sic teneros animos aliena opprobria saepe
Absterrent vitiis.*

Brotarán de este modo a cada paso centellas de amor a las virtudes y arderá en el pecho del príncipe una llama grande y duradera. Se procurará, finalmente, que entre los niños compañeros del príncipe se promuevan debates fingidos con la mayor belleza y gracia posible, de modo que ni por ser fingidos se disminuya su gravedad y su importancia, ni deje de ser un motivo de recreo ni pasatiempo por ser ya demasiado grande el asunto y graves las personas de los espectadores. Así cuenta Jenofonte que siendo Ciro muchacho se entablaban delante de él y siendo él parte una especie de procesos en que sólo los niños eran actores y jueces, reprendiendo y hasta castigando al que no se hubiese portado bien o hubiese juzgado mal acerca de la cuestión propuesta. Estos debates sirven mucho para robustecer la memoria y procurar el conocimiento de muchas cosas necesarias para un príncipe, pues es sabido que lo que hemos recogido en nuestros primeros años es lo que más y más tenazmente se arraiga en la memoria. Puede y debe versar la cuestión sobre la excelencia de las virtudes, sobre lo feos que son los vicios, sobre las leyes, costumbres e instituciones adoptadas, ya para la paz, ya para la guerra. Hágase que dos o tres muchachos hablen, ora en pro, ora en contra, y que uno como juez resuelva la cuestión dando el fallo definitivo que le aconsejen su razón y su conciencia. Procúrese que los discursos sean correctos, floridos y sembrados de sentenciosos conceptos, haciendo que los compongan los mismos niños si tienen ya ciencia para ello, o de no que lo corrija atentamente el profesor para que no se fije en la memoria del príncipe ni de sus compañeros nada que no esté conforme a los conocimientos de la época y a las más altas costumbres. Si se repite este ejercicio y se toma con el interés que se requiere sin excusar molestia ni trabajo, no es fácil decir cuántos y cuán grandes y copiosos han de ser en breve los frutos que resulten de tan ventajoso y excelente método. Estén, por fin, persuadidos los que educan a los príncipes de que si es verdad que los consejos dados a los demás

hombres deben referirse principalmente a lo que puede ser a cada cual más útil, no sucede así con los príncipes, cuyas acciones deben dirigirse más que a todo a conquistarse un nombre célebre en la historia.

CAPÍTULO XIV.

De la religión.

Falta que hablemos ahora de la religión, de la cual, aunque ya se ha dicho algo, creo deber decir algo más; pues nunca podrá recomendarse lo bastante el amor al culto, ni pueden inspirar tedio cosas cuyo uso ha de ser saludable, principalmente a los que rigen los destinos de los pueblos. En primer lugar, entendemos aquí por religión el culto del verdadero Dios, derivado de la piedad y conocimiento de las cosas divinas, o por mejor decir, el vínculo que media entre Dios y nuestro entendimiento. Creo pues que la palabra religión puede derivarse mejor del verbo *religare*, como dijo Lactancio, que de *religere*, *relegere* y hasta *relinquere*, como han sostenido autores de no menos peso. La superstición es, por lo contrario, un culto contrario a la religión verdadera que lleva siempre consigo el error, la maldad y la locura, pudiendo consistir, ya en un nimio e importuno afán por adorar a Dios, nacido de temor y encogimiento, ya en ritos o ceremonias destinadas a invocar el auxilio del diablo, cosa que puede hacerse de dos maneras, o bien pidiéndole con palabras expresas que nos ayude y nos manifieste de algún modo que está presente, o bien deseando que nos dé facultades para curar las enfermedades y presagiar las cosas que exceden nuestras fuerzas. Es pues necesario advertir que con esto sólo imploramos el auxilio de un poder oculto mayor que el de los hombres.

No vamos a hablar ahora del impío culto tributado a los antiguos dioses, culto que se extendió por casi toda la tierra y trastornó el juicio de innumerables naciones, hasta el punto de hacerles recibir en su olimpo hombres decididamente malos y levantar templos hasta a los seres irracionales, cosas todas por de contado comprendidas dentro del nombre y del círculo de la superstición. Deseamos que se haga religioso al príncipe, mas no queremos tampoco que, engañado por falsas apariencias, menoscabe su majestad con supersticiones de viejas, indagando los sucesos futuros por medio de algún arte adivinatorio, si arte puede llamarse, y no mejor juguete de hombres vanos, pretendiendo curar las enfermedades, y sobre todo, evitar el peligro, ya con necios y pueriles amuletos, ya con versos mágicos, cosa por cierto ilícita. No voy a presentar más que dos ejemplos de nimiedad y tontería religiosas. Juan II de Castilla, para calmar los ánimos de los grandes en Medina del

Campo, donde estaban reunidos, hizo jurar de nuevo a todas las clases del Estado que trabajarían cuanto pudiesen para llevar a cabo la guerra que contra Aragón tenía, y denunciarían a cuantos en sentido contrario trabajasen; añadió al juramento algunas execraciones, entre ellas la de que si violasen el juramento tendrían que expiar la falta pasando descalzos a Jerusalén, sin pedir nunca que se les relevase de la fe jurada. No hay aquí más que una nimiedad inoportuna, pero es ya más de sentir lo que sucedió a Martín Barbuda, maestro de la orden de Alcántara, que dejándose llevar de las palabras de un tal Juan Sago, que vivía apartado de los demás hombres y le prometía la victoria como aviso del cielo, sin atender a que acababa de firmarse una alianza con los moros, reunida una gran multitud de tropa, pero indisciplinada, rompió contra las fronteras de Granada y circuido por todas partes de enemigos, pereció con todos los que militaban debajo de sus banderas, convirtiendo en negro y desgraciado el día de la resurrección de Cristo y dejando declarado con su noble y funesto ejemplo que hay muchas veces fraude en las formas de una santidad exagerada. No queremos, por lo tanto, que el príncipe preste fácilmente oído a esos hombres vanos, ni tampoco que pase día y noche encogido y rezando, cosa que sería no menos lamentable. Debe llevarlo de modo que ni cuide mucho de lo futuro, ni ponga la esperanza de su salvación más que en la ayuda y misericordia divinas, ni llame para alivio de sus enfermedades más que a los médicos, ni tome otras medicinas que las que estos le receten. Debe dividir además el tiempo de modo que no parezca haber nacido para el ocio, sino para el trabajo.

Por lo demás, la verdadera religión es muy saludable, ya para todos, ya para los príncipes, pues sirve de consuelo en la desgracia, y en la prosperidad de freno para que no nos ensoberbecemos y convirtamos la abundancia en daño propio. Oprímennos por todas partes graves cuidados, graves calamidades cercan nuestra vida, y no tenemos una sola época en que estemos libres de dolor y de molestia ni exentos de inquietud ni de congoja. Lleva el deseo agitada nuestra adolescencia, la ambición y la temeridad nuestra juventud, las enfermedades y la avaricia nuestra vejez cansada. Aprémianos el miedo de la fuerza exterior, y cuando todo fuera de nosotros parece estar más tranquilo, se levantan en nuestra alma más crueles tempestades; cede el ímpetu de los males exteriores y arrecia la borrasca de amargas fatigas interiores; ¡ay! y cuántas veces nos sentimos conmovidos y turbados sin saber por qué motivo. Sería cosa larga descender a pormenores, superfluo por demás explicar los infinitos trabajos que de continuo nos asedian. Mas puesto que no pueden evitarse del todo estos males por ser inherentes a nuestra naturaleza, es indudable que procura cada cual templarlos con algún remedio. Unos andan en busca de los deleites, otros procuran olvidar en la agitación de los negocios su propia desventura, otros sobrellevan la vida corriendo por los campos, muchos pretenden explayar su alma comprimida en conversaciones con sus amigos, cosa por cierto la más dulce; otros divierten el tiempo en la lectura.

Todos, como si desearan aplacar una ardiente calentura, buscan fuera de sí el remedio sin hacerse cargo de que está oculta la fuerza de la enfermedad en sus entrañas. Para tan grande ansiedad concebida en lo más íntimo del alma no hay a la verdad más que un remedio, y este es la religión, es decir, el conocimiento, el temor, el culto de la majestad divina. Nos recuerda la religión el antiguo crimen por el cual hemos sido precipitados a ese abismo de males y tormentos, y los sufrimos con mayor resignación, pensando, por otra parte, en que la divina Providencia nos lo da para bien nuestro, a fin de que, tomados sin tasa los demás placeres de la vida, no degraden nuestra naturaleza, nuestra razón ni nuestro entendimiento. Añádese a esto la idea de una vida futura mucho más feliz que la actual, y sobre todo, la de los diversos castigos con que son expiadas las faltas de los hombres, consuelo increíble para los que sufren. Hemos nacido para la contemplación de las cosas divinas, como manifiesta la misma disposición de nuestro cuerpo levantado al cielo, y hallamos un admirable descanso en el cumplimiento de los deberes religiosos, en la contemplación de la naturaleza entera, en la de la sabiduría y majestad divinas. No sin razón se cuenta que Enós fue el primer hombre que celebró las alabanzas del Altísimo; mas preciso es considerar que significando hombre aquella palabra hebrea, no se ha querido indicar con esto sino que nada hay tan útil ni tan agradable para nosotros como el cultivo de una religión divina. Viene comprendida en aquella misma palabra, no sólo la idea del hombre, sino la del hombre afligido por constantes trabajos y males, interpretación que si es admitida, nos manifiesta también que no puede imaginarse un remedio más eficaz que la religión para consuelo de nuestras amargas desventuras. Gobiérnase además la república principalmente por medio del premio y del castigo, como manifiestan las cosas mismas y confirma el testimonio de grandes varones; en ellos como en sus cimientos descansa la sociedad y la unión entre los hombres. Detiene muchas veces el temor del castigo a los que el brillo de la virtud no serviría tal vez de freno, y no pocas la esperanza del premio excita el ánimo para que no se entorpezca ni afemine. Estos medios empero no tienen nunca tanta fuerza como cuando vienen corroborados por la idea de la Providencia divina y la creencia en las recompensas y en los tormentos que después de la tormenta nos esperan. El temor a los tribunales podrá impedir una que otra vez que se cometa públicamente un crimen; mas a no ser el recuerdo de Dios ¿qué podrá impedir que el hombre no se entregue a fraudes ni violencias ocultamente y en la sombra? Quitada la religión, ¿qué podría haber peor que el hombre? ¿qué más terrible y fiero? ¿qué maldad, qué estupro, qué parricidio no cometería cuando llegase a estar persuadido que quedarían sus crímenes impunes. Por esto comprendiendo los legisladores en su alta prudencia que sin apelar a la religión habrían de ser vanos todos los esfuerzos, promulgaron sus leyes con grande aparato de ritos y ceremonias sagradas, trabajando con mucho ahínco para que se convenciese el pueblo de que los delitos hallan siempre más o menos tarde su castigo, y las leyes son más bien hijas de Dios

que fruto de la previsión y del saber humanos. No por otro motivo se fingió que Minos hablaba con Júpiter en la caverna de Creta, y Numa recibía de noche las inspiraciones de la ninfa Egeria. Procuraban a la verdad obligar a los ciudadanos a la obediencia, no sólo con el poder de que gozaban, sino con la religión que existía ya en el fondo del corazón de todos. El célebre Sertorio, después de haberse apoderado de España, fingía para engañar a pueblos sumidos aun en la barbarie que una cierva acostumbrada ya de tiempo a acercársele al oído le comunicaba lo que debía hacer por orden de los dioses. Son verdaderamente estos recursos necios; mas es indudable que apelaron a ellos justamente por haber comprendido que ni es fácil que los hombres vivan en sociedad sin leyes, ni que las leyes ejerzan sin el auxilio de la religión una influencia decisiva. Pretender borrar la religión entre los hombres sería querer quitar el sol al mundo, pues no reinaría mejor confusión ni habría mayor perturbación en los negocios que si pasásemos la vida en profundísimas tinieblas. Si no hubiese para nosotros Dios ni creyésemos que toma parte alguna en los negocios del mundo, ¿qué fuerza tendrían las relaciones entre los hombres, ni las alianzas que verificasen, ni los contratos que hiciesen? Estamos compuestos de cuerpo y alma; al cuerpo puede hacérsele fuerza y aprisionarle y encadenarle; mas al alma, que goza de una libertad completa, ¿con qué cadena sino es con las de la religión podrá impedirse que se precipite a la maldad y al crimen? Hay en el corazón del hombre muchísimos dobleces, y será tan fácil que prometamos como que faltemos a la palabra cuando hallemos para ello coyuntura, si no estamos firmemente persuadidos de que cuida el cielo de castigar y vengar nuestros delitos. Pruébalo el consentimiento universal de todos los pueblos que no creen asegurados los pactos entre los hombres si no los ven confirmados con la santidad del juramento, ni los pactos públicos sin ofrecer los acostumbrados sacrificios. No por otro motivo pertenecía antiguamente al feal declarar la guerra con el heraldo al enemigo; no por otra razón el caduceador acostumbraba a sacrificar una puerca cuando pasaba a concluir la paz entre pueblo y pueblo; no por otra razón se procuraba santificar con ceremonias sagradas el matrimonio, el nacimiento de los hijos, todos los actos algo importantes de la vida. En el capitolio la fe estaba consagrada junto a Júpiter y adorada con gran fervor y celo; y es evidente que con esto no se quiso dar a entender sino que la fe es tan querida de Dios, que quiere vivir unido con ella y ser con ella objeto de igual veneración y culto. Dejadas empero a un lado estas cosas que no ofrecen la menor duda, tales como que con la religión se endulzan los dolores de la vida, que con ella se sancionan las leyes públicas y los contratos de hombre a hombre, vayamos a lo que es principalmente el objeto de este artículo. No hay para mí cosa que robustezca más los imperios que el culto religioso, ora considere la cosa en sí misma, ora atienda a la opinión pública, en la cual descansan muchas veces las cosas de la vida más que en el poder y en las fuerzas materiales. Nadie duda de que la humanidad está gobernada y dirigida por la inteligencia de Dios, y si hemos

de ser consecuentes, no podemos menos de creer que ha de ser aquella favorable a los buenos, contraria a los malos, vengadora eterna de los conatos impíos de los hombres, amante fervorosa de cuantos imploren su auxilio con sincero culto y puras oraciones, dejando a su voluntad su propia suerte y la de sus familias. Con razón pues los primeros fundadores de las ciudades pusieron en la religión el fundamento de la felicidad pública y castigaron, ya con el destierro, ya con la muerte, a los que miraban con desprecio el culto de los dioses, pues no creían que pudiese ser feliz una república en que quedasen impunes los hombres impíos y malvados que habían de inficionar por fuerza a los demás ciudadanos y encender la cólera de Dios con sus infames y detestables hechos. Y no se contentaron con prescribirlo de palabra, pues dieron de ello ejemplo frecuentando los lugares sagrados y ejecutando por sí mismos las ceremonias religiosas, ya privadamente, ya en público, hasta el punto de llegar a ser en las más de las naciones reyes y sacerdotes, como nos lo indican muchos monumentos históricos antiguos. Aun pasando por alto a los que gobernaron el pueblo judío, sabemos que los príncipes romanos no hicieron nada sin consultar antes los agüeros, que muchos abdicaron el imperio, y otros renovaron los comicios sólo porque así creían haberlo mandado los dioses que adoraban. Se dirá que esto era una necedad y lo confieso, pues nada puede haber más torpe que la religión pagana; mas también sostengo que obraban en esto prudentemente, porque no confiaban el éxito de sus empresas al capricho de la suerte, antes bien creyendo que todo se gobernaba por la voluntad de Dios, le consultaban, así para los negocios de la paz como para los de la guerra, y estaban más dispuestos a hacer ésta con sacrificios religiosos que con la fuerza de las armas. No seguían en esto el ejemplo de Numa, quien, diciéndole uno, los enemigos de Numa están preparando la guerra contra ti; y yo, contestó, estoy ofreciendo sacrificios; indicando con estas palabras que las fuerzas de los contrarios más se debilitan con el ayuda de Dios que con la punta de las flechas y las lanzas. Dios pues favorece a los buenos y es enemigo de los impíos, y el valor con que se alcanza la victoria es otro beneficio que sólo a Dios debemos. En España tenemos aun de más reciente fecha otro ejemplo semejante, que no es menos notable. Cuando se estaban echando los cimientos de nuestro imperio actual, después de la invasión sarracena, Fernando Antolínez permaneció en el templo para implorar el favor divino durante la batalla que tuvo con los moros en Gormaz Fernán García, conde de Castilla, que apenas había sabido la llegada de los infieles les había salido al encuentro, cogido de un repentino temor, con el objeto de libertar a sus pueblos del furor de los infieles. Cuán agradable fuese esta piedad a Dios lo manifestó un milagro evidente, pues en aquella jornada peleó con tanto valor entre los más bravos un genio del bien, muy parecido en la forma a Antolínez, que a este principalmente se atribuyó la victoria de aquel día; creencia confirmada por las recientes manchas de sangre que aparecieron en sus armas y caballo. Descubrióse después la verdad del hecho, y Antolínez, que se ocultaba por temor de verse afrentado, ganó más a los ojos

de todos en virtud, fue más ilustre, y recogió en vez de ignominia las mayores alabanzas. Tal fue el fruto de su singular piedad, sin que podamos atribuirlo a fábula ni a deseo de aparentar milagros, pues ha sido escrito y atestiguado por nuestros antepasados, que toman de esto motivo para dar a conocer que Dios tiene muy en cuenta la religión y la virtud de los hombres verdaderamente piadosos.

No nos queda ya que hablar sino de cuánto sirve la religión para procurar a los príncipes el amor de sus súbditos y excitar en estos los deseos de servir a aquellos. Los pueblos creen generalmente que es superior a los demás hombres, y por lo tanto inaccesible a toda injuria y asechanza, el que más brilla a sus ojos con la luz de la religión y el claro resplandor de las demás virtudes. ¿Quién pues se ha de atrever a oponerse al que por su gran piedad creen firmemente que tiene a Dios por escudo? La reconocida bondad del príncipe conmovirá todos los ánimos y atraerá también hacia él la voluntad de todos. Circuido de la protección de Dios y de los hombres, estará entonces fuera de los azares de la suerte y podrá arrollar y vencer todo género de dificultades. Conocieron esto los grandes príncipes, y cuidaron principalmente de la religión, hicieron más, ejercieron con sus propias manos el ministerio sacerdotal, ofrecieron con sus propias manos y con solemnes ritos cruentos e incruentos sacrificios. Por esto en las historias divinas y profanas llevan los príncipes y los legisladores el título de sacerdotes y pontífices, por esto Hesiodo supuso a los reyes descendientes del Padre de los dioses, por esto Homero a los héroes que más quiso immortalizar les fingió queridos especialmente de ciertos dioses, suponiendo siempre que estaban bajo la tutela y salvaguardia de las divinidades a que se mostraban más afectos. Sabemos que Escipión, llamado el Africano, acostumbó a frecuentar el capitolio y los templos de Roma, y que con este celo religioso, ya sincero, ya acomodado a las circunstancias de los tiempos, alcanzó entre los ciudadanos una gran fama de probidad y se conquistó un nombre inmortal por sus hazañas. Podría citar muchísimos ejemplos de otros que siguiendo las mismas huellas consiguieron una gran gloria y riquezas no menores, mas deseo ya poner fin a mi discurso.

Ten pues, ¡oh dulcísimo príncipe! por firme y seguro que en el cultivo de la religión se encierra el más cierto y el más constante apoyo para todos los negocios de la república, no admitas otra religión que la cristiana, ni permitas que la adopte ninguno de tus ciudadanos, si no quieres ver castigada esta falta con calamidades públicas; porque nada hay más aparente ni engañoso que las falsas religiones, nada más disolvente que dejar de adorar a Dios como le adoraron nuestros padres. Evita toda clase de superstición, ten por fútilísima y vana toda arte que pretenda aprovecharse del conocimiento del cielo para indagar lo futuro, no emplees nunca en la ociosidad ni en la contemplación el tiempo debido a los negocios. Implora con puras y ardientes oraciones el favor de Dios y de todos los santos, principalmente de los que son nuestros

tutelares; aparta tu entendimiento del camino que sigan tus sentidos y elévale a la contemplación de las cosas divinas; frecuenta los templos, guarda en ellos moderación, silencio; viste en ellos con modesto traje para que te tomen tus ciudadanos por modelo, procura que no profanen la casa de Dios con imprudentes cuchicheos, con impudentes carcajadas, con hechos lascivos, que sería aun más triste y repugnante; ve que en vez de alcanzar el patrocinio de Dios, que es a lo que se aspira, no se llame la cólera de Dios sobre tu frente y la frente de tu pueblo. No porque estés sin testigos faltes nunca a lo que te exige la conciencia; ten horas determinadas para pensar con Dios, para pensar contigo, ya en tu gabinete, ya en tu lecho; considera todos los días la enorme carga que pesa sobre tus hombros y las faltas que llevas cometidas; examina atentamente lo que has de enmendar y corregir mañana. Te servirá de mucho ese cuidado para que gobiernes bien tu vida, para que gobiernes bien tu imperio. Debes, por fin, portarte de manera que todos comprendan que nada hay mejor que la religión, que es la que nos instruye en el culto del verdadero Dios, refrena nuestros deseos, suaviza los dolores y trabajos de la vida, da fuerza a las leyes, conserva las sociedades humanas, procura el cumplimiento de los contratos, hace agradables los príncipes a Dios y a los hombres, les colma de bienes, les proporciona una gloria inagotable, eterna.



ACABÓSE DE DIGITALIZAR ESTE ESCRITO EN LA
CIUDAD DE VALENCIA DE LOS EDETANOS
EL DÍA 19 DE FEBRERO DE 2013,
FESTIVIDAD DE SAN BONIFACIO
DE LAUSANA. LAUS
DEO VIRGINIQUE
MATRI.

